

GUÍA DE LA JUVENTUD



BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA
PARA NIÑOS

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA PARA NIÑOS

XVIII



LA INMACULADA CONCEPCIÓN

MADRE DE LA JUVENTUD

20.163

GUÍA

DE LA

JUVENTUD

EN SUS RELACIONES RELIGIOSAS Y SOCIALES

POR EL

Rdo. P. TOMÁS PÉNDOLA

DE LAS ESCUELAS PÍAS

TRADUCCION DEL ITALIANO, CON UN PRÓLOGO

DEL

EMMO. Y RMO. SR. CARDENAL MONESCILLO

ARZOBISPO DE VALENCIA

Con la aprobación de la Autoridad eclesiástica.



MADRID

SATURNINO CALLEJA

Calle de Valencia, núm. 28.

MÉXICO: HERRERO HERMANOS, SUCESTORES

ES PROPIEDAD.

Eugenio Caldeiro de la Inmaculada Concepción, Préposito Provincial de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías de las dos Castillas, Andalucía, Murcia y Galicia.

Por cuanto por mandato nuestro ha sido examinado por el R. Padre Carlos Lasalde de la V. de la Paz, Maestro de Novicios en nuestro Colegio de Escuelas Pías de Getafe, el presente libro, titulado *Guía de la Juventud*, compuesto por el R. P. Tomás Péndola, de las Escuelas Pías, y traducido por el R. P. Anastasio García del Dulce Nombre de Jesús, Sacerdote de nuestro Colegio de San Fernando de esta Corte; y de su examen y censura resulta no contener cosa alguna que esté en oposición con los dogmas de nuestra santa y católica Religión, ni que desdiga de las más puras costumbres, máximas y prácticas religiosas, antes por el contrario, su lectura puede ser utilísima á toda clase de personas, damos nuestra licencia para que pueda darse á la prensa, estampando al frente este nuestro permiso, seguido de la censura del mencionado P. Carlos Lasalde.

Y para que conste lo firmamos en este nuestro Colegio de Escuelas Pías de San Fernando de Madrid, á 19 de Junio de 1886.

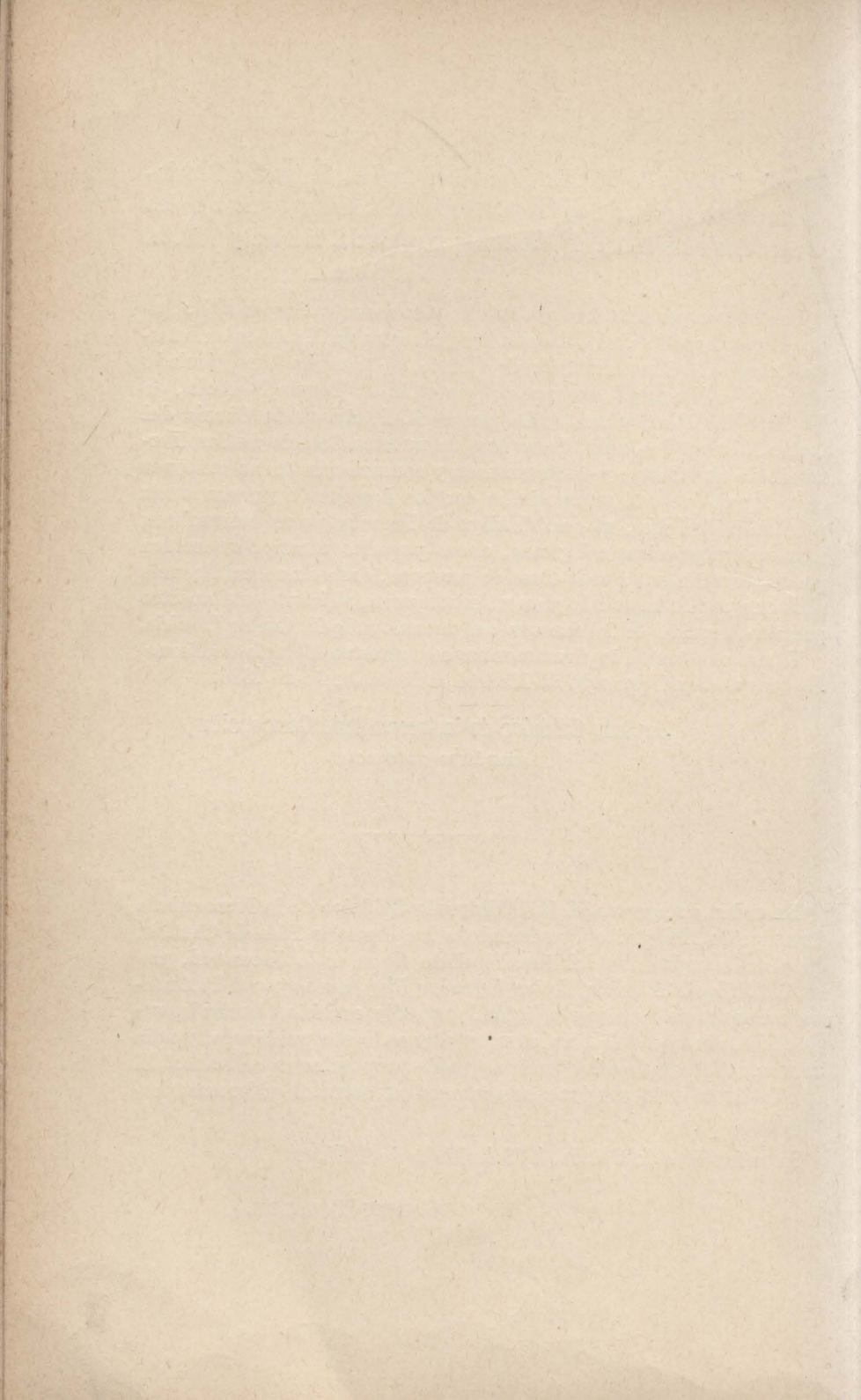
Eugenio Caldeiro de la Inmaculada Concepción,

PREPÓSITO PROVINCIAL

De orden de nuestro M. R. P. Eugenio Caldeiro de la Inmaculada Concepción, Prepósito Provincial de las Escuelas Pías de Castilla, he visto la traducción del libro titulado *Guía de la Juventud*, por el R. P. Tomás Péndola, de las Escuelas Pías, hecha por el P. Anastasio García, de la misma religión, y no sólo está bien hecha la traducción, sino que el libro es muy digno de ser publicado, por la mucha utilidad que á las familias puede proporcionar su lectura. El citado libro nada contiene contra nuestra santa fe y buenas costumbres.

Escuelas Pías de Getafe, á 23 de Mayo de 1886.

CARLOS LASALDE.





PRÓLOGO

El Padre Tomás Péndola, Escolapio, Director del Real Instituto Toscano de Sordo-Mudos en Sena, ha dado á luz en esta ciudad un librito, que ahora se imprime traducido al castellano por el Padre Anastasio García, también religioso de las Escuelas Pías, Profesor del Colegio de San Fernando en Madrid.

No se han de medir las producciones literarias por el número de sus páginas, ni los volúmenes se han de pesar como las mercancías, pues hay artículos de vara y media que dicen poco, y no suelen decir lo que es útil, ni cómo se deben decir las cosas; y también los hay de quince líneas que expresan por completo una idea fecunda. Los libros dedicados especialmente á los niños y á los jóvenes han de tener señalado carácter de precisión y de claridad, de manera que el lector no tenga necesidad de preguntar qué es lo que el libro dice ó quiere decir.

Parécenos que el Padre Péndola ha dictado y corregido una y muchas veces su obrita, á juzgar por la sencillez y exactitud con que expone sus bellas enseñanzas y preceptos sublimes. Débese creer que el autor se ha propuesto llevar á las escuelas un tratado de jurisprudencia natural, donde se aprendan, más que derechos quimé-

ricos, que engendran arrogancia, deberes positivos según los cuales se arregla la conducta religiosa, intelectual y moral de la juventud. Pues consultando el plan del librito, su distribución, y cada uno de los asuntos que con admirable precisión y exactitud en él se tratan y aclaran, allí se ve como en espejo limpio quién es Dios, quién es el hombre, quién es la familia, qué es la sociedad, y cómo se dirigen las acciones humanas con sujeción laudable á buen consejo y á inspiraciones rectas y santas.

Bien es menester se inculquen tales máximas, y que familiarizadas en las escuelas sean base fija y segura de los conocimientos humanos y de su aplicación á la vida práctica, pues suele acontecer que muy brillantes ingenios y clarísimos talentos dan en lastimoso extravío, sólo con dejarse llevar de la imaginación, ó más bien, sólo con hacer regla de entendimiento una fecunda inventiva. Á prevenir ostos males, y á evitar semejantes escollos, se encamina el propósito del erudito Escolapio Padre Péndola, bien logrado por cierto, como es de ver en todos y cada uno de los capítulos de su preciosa obrita dedicada á la juventud.

Maestros de primer orden enseñaron siempre que se pintan bien las costumbres cuando se conoce bien el corazón humano, y también dijeron que se reformaría el mundo, en el buen sentido de la palabra, reformando, esto es, formando de nuevo el corazón de los jóvenes por medio de una educación esmerada y de una instrucción sólida (1). Que esto se propusiera el sabio Escolapio Padre Péndola, diciénlo las breves y hermosas páginas que nos envía desde su Colegio de Italia, y lo muestran á las claras el espíritu y la letra con que se alienta el espíritu del Escolapio, para luego enamorar el corazón de quien lea atentamente.

Fiesta de los Dolores de María Santísima, Abril 1886.

El Cardenal Monescillo y Viso

ARZOBISPO DE VALENCIA.

(1) San José de Calasanz, Constituciones, proemio.



PREFACIO

De boca de los impíos se oyen algunas veces las siguientes palabras, que pone en sus labios el divino libro de la Sabiduría: Hemos nacido de la nada, y pasado este tiempo, quedaremos como si no hubiéramos existido. Gocemos de los bienes presentes, y gocemos presurosos de las criaturas ahora que somos jóvenes. Saciémonos de vinos generosos y perfumes, y no dejemos pasar la flor de la juventud. No quede entre nosotros alguno sin participar de nuestros placeres. Oprimamos al hombre de bien, si es pobre; no tengamos compasión de la viuda, ni respetemos las venerables canas del anciano. (*Sap.*, 2 y sig.)

Pues bien: estas palabras se oyen por desgracia repetir en nuestros días á gran parte de los jóvenes inspirados en la escuela del sensualismo y racionalismo, que devoran la sociedad actual; y mientras esta juventud se nutre de imágenes, se alimenta de sensaciones y se embriaga de sentimientos, quiere tomar parte en ese movimiento general de tendencia á lo mejor, á lo progresivo y á lo perfecto, que agita á los pueblos.

Pero ¡buen Dios! ¿cómo conciliar la tendencia de hacer cosas gran-

des en las ciencias, en las letras, en la industria, en las artes, en la sociedad, con un sensualismo, que es fuerza retrógrada, destructora del carácter y del sentido, y con un racionalismo incapaz de crear en las inteligencias la certeza absoluta? Dios ha dicho que la sabiduría no entraría en alma malvada, ni habitaría en cuerpo vendido al pecado. (*Sap.*, 1-46.)

Yo siempre he creído que la juventud, aunque extraviada, no lo está en el fondo del corazón, sino sólo en la superficie; y por propia experiencia lo he comprobado yo mismo en el largo transcurso de mi vida, consagrada á los cuidados de la educación. Llevado por mi afecto á la juventud, no pocas veces he tenido necesidad de hablar con paternal ternura á jóvenes en quienes las costumbres y la fe habían recibido profundas heridas, y he visto renacer bien pronto en sus corazones aquella docilidad valerosa, aquella confiada generosidad, aquel entusiasmo religioso que los hicieron amantes sinceros de la verdad y de la virtud. Sí; siempre he visto que la juventud es la edad espléndida, noble, flexible, cuando la palabra del sabio acierta á inspirar en ella nobles afectos, dirigir sus esfuerzos, gobernar sus pasiones, corregir sus defectos y prevenir sus extravíos.

Pero de esta flexibilidad y docilidad de la juventud se aprovechan hombres corruptores, parricidas de la patria, para seducir la inexperiencia con vanas ilusiones y destruir en aquellas almas todo principio de moral y religión; y quizá no pasará mucho tiempo sin que los propagandistas de la ciencia del sensualismo recojan los frutos de la semilla por ellos esparcida.

Animado de deseos bien distintos escribía un célebre publicista francés contemporáneo las siguientes palabras, que encierran una verdad profunda: «Si un hombre procurase hacerse escuchar y persuadir á los jóvenes que la *virtud* es tan necesaria como el pan, este hombre haría grandes cosas, puesto que la sociedad no necesita reforma política, sino moral.»

Sé muy bien que no pertenezco al número de aquellos que Dios cría y arroja en medio del mundo para hacer cosas grandes; pero amo con toda sinceridad y de lo íntimo de mi corazón á la juventud, á la religión y á la patria, y estoy convencido de que todo buen

ciudadano debe poner á contribucion sus talentos y sus luces, para traer á mejor consejo á la juventud de nuestra nación y preparar un porvenir que sea provechoso al bien de la patria, á la cual quisiera ver pacífica, tolerante, religiosa y encaminada hacia aquel progreso moral, sin el cual los demás progresos no son otra cosa que pasos más ó menos rápidos á la decadencia y la barbarie.

Con este fin he escrito las siguientes páginas. Tal vez no me lean aquellos jóvenes que han perdido por completo todo sentimiento de dignidad moral y de fe; pero no lo he escrito para ellos: quizá se burlen de mí aquellos hombres que son la admiración del presente y la esperanza del porvenir en lo que toca á difundir y propagar doctrinas erróneas; pero no temo sus burlas, porque sé que en medio de su prosperidad y de su orgullo perecerán ebrios, como Baltasar, con la copa de oro en las manos. He escrito estas páginas para los jóvenes en que está aún viva la fe en Dios y la esperanza en el porvenir; á éstos ofrezco mi libro. En él encontrarán modo de navegar en medio de las tumultuosas olas del tiempo, y conocerán el puerto en que se halla el refugio y la tranquilidad. Á éstos, pues, les digo: creced con profundos estudios en la ciencia; pero unid la ciencia á la religión, la piedad para con Dios con el amor al prójimo, y seréis en su día los hombres del verdadero progreso.



GUÍA DE LA JUVENTUD

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo debe presentarse el joven para vivir en el mundo.

SUMARIO: La juventud es la edad de la inexperiencia.—Necesidad que tiene el joven de recurrir á Dios.—Debe implorar su ayuda en los estudios.—Imitar á Cristo.—Habituarle á la vigilancia sobre sí mismo y á la vida austera.

La juventud es la edad de las ilusiones; la mente divaga sobre un campo florido; el corazón se abre incauto á todos los afectos: no ve que la serpiente insidiosa se esconde bajo la belleza de las flores; no teme la tempestad que surge en el lejano horizonte. Pero en la vida real del mundo la serpiente puede inocular el veneno en su ánimo; la tempestad puede estallar sobre su cabeza y herirle con el rayo destructor de todo bien.

El hombre que no sabe nadar, no debe arrojarse con temeraria imprudencia á las olas; el joven inexperto en los peligros de la vida no debe exponerse á perder la virtud al entrar en el gran mar so-

cial. Milicia es la vida del hombre sobre la tierra (1), y el soldado no va sin armas al combate; prepárese, pues, la juventud á combatir en el mundo, que el tiempo de la vida no es tiempo de libertad, de reposo, de paz, sino de sacrificio, de guerra; tiempo de pruebas, de peligros y de fatigas.

El hombre es débil por naturaleza, y más aún lo es la juventud, falta de experiencia y arrastrada á los placeres y diversiones exteriores. Por consiguiente, debe convencerse el joven de la necesidad de recurrir al cielo para obtener de la misericordia divina auxilios que le fortalezcan y le unan á Dios con el vínculo de un amor inseparable.

En los estudios debe tener puesto el ánimo en Dios, de quien recibirá la luz de la inteligencia, y entonces verá que es verdaderamente docto el que hace la voluntad de Dios y no la suya. En las Sagradas Escrituras encontrará el joven la verdadera ciencia, leyéndolas humilde, sencilla y fielmente.

Estando en comunicación con el cielo, no se avergonzará de servir á Cristo; no se gloriará en las riquezas, por muchas que posea, ni en los amigos, por poderosos que sean, sino sólo en Dios, que puede dar todas las cosas: no se engreirá por la belleza corporal, que se marchita con cualquier enfermedad. No se complacerá en la habilidad de su ingenio; no se tendrá en más que los otros, para no hacerse peor que todos; ni se envanecerá por las buenas obras, porque con frecuencia desagrada al Señor lo que agrada á los hombres.

Pero sobre todo debe habituarse á vigilar de continuo sobre sí mismo y armarse con fervientes plegarias, para que la concupiscencia de la carne no le revuelque en el fango de la tierra. Los placeres desordenados no están exentos de amargura y dolor, al paso que la pureza del alma trae consigo la gloria y la alegría. Si la carne se resiste, refrénala el joven con el fervor del espíritu, y si la antigua serpiente le molesta, arrójela con frecuente y devota oración.

Todo esto obtendréis, amadísimos jóvenes, si os habituáis á la

(1) Job, cap. III.

una austera: con esta palabra no os exijo como ley de vuestra vida lo que fué practicado por los más ilustres cristianos; no os invito á que os vistáis de sayal, de cilicios y hierro; no trato de templar la energia de vuestra alma en la sangre de vuestras heridas, á semejanza de los héroes de pasados tiempos; sólo os digo con un ilustre filósofo de nuestros días: sed solícitos en renovar en vosotros las costumbres de vuestros piadosos abuelos; atended sin descanso á los estudios: huid de la ociosidad, de los espectáculos frívolos, livianos tratos con mujeres, y tumultos civiles; acostumbraos por la meditación á poder un día trabajar con provecho; endureced vuestro cuerpo para hacerle obediente al espíritu, fuerte en las acometidas, sufrido en las privaciones, indomable en los trabajos; conquistad en todo el dominio de vosotros mismos, para ser de hecho, y no en el nombre, la esperanza de la patria.

La enervación casi universal de los espíritus que hoy se observa, se ve aumentada por el raquitismo del cuerpo: en efecto, esos cuerpos encorvados por una vejez prematura, esos seres desfigurados y enfermos, que pasan á nuestra vista, y van á caer desde el teatro del mundo al fondo de los hospitales, triste mansión de todos los dolores, ¿son acaso víctimas de una vida moral y cristiana? Crec poder afirmar que ni uno solo.

El Apóstol ha pronunciado una verdad inmortal y sentida por todos en el fondo del alma, cuando dice: la carne está en continua lucha con el espíritu, y éste con la carne (1); pero añadía que si el hombre vive del espíritu, en espíritu debe caminar á su fin. Mas ¿cómo conseguir la victoria en tan terrible lucha? El gran secreto consiste en tener la carne continuamente sujeta al espíritu con la austeridad de la vida.

¡Oh, jóvenes! sean éstos los pensamientos que os preparen para entrar en el mundo; y haciendo de ellos el alimento de vuestros días, hollaréis las flores y perfumes que han esparcido en vuestro camino una poesía, literatura y filosofía sensuales, y reconoceréis que el placer es retrógrado y la austeridad progresiva.

(1) Gal., v, 17.



CAPÍTULO II

De los peligros que encuentra el joven en sus relaciones con el mundo.

SUMARIO: La confianza en las propias fuerzas produce funestas consecuencias en la juventud.—El mundo retrae al joven poco á poco del bien.—Artes del mundo para llevar al joven al mal.—Los apóstoles de la independencia.—Los placeres sensuales son otro peligro para la juventud.—Un consejo á los jóvenes.

El error funesto en que de ordinario cae la juventud, es la temeraria vanagloria que la tiene segura de sí misma y de estar libre de caer en cualquier peligro, desorden ó vicio. Pero llega un día en que la esfera de la propia actividad se ensancha, hay superabundancia de vida, y el instinto de dominación se despierta. Entonces el joven, transportado por una ciega viveza de carácter, obra al acaso, sin previsión alguna; juzga sin sentido de las cosas; y la prudencia, virtud que requiere reflexión, es denominada por él debilidad y miedo. De este modo el joven, caminando entre tinieblas, cae fácilmente en el precipicio; y embrutecido por los apetitos carnales, no puede soportar la luz de la verdad.

Entre los muchos peligros que el mundo presenta al joven, el primero es el de retraerle poco á poco y con astucia del camino de la virtud, de la religión y del bien. Si la virtud ha echado profundas raíces en el joven merced á una educación cristiana; si se presenta

en la sociedad pertrechado con las buenas costumbres y la fe, no puede menos de sentir horror al ver las orgías de la inmoralidad, y al oír la palabra que destruye toda creencia, y sume el alma en el fango de la negación y la duda. Por esto no es siempre de temer que estos ataques venzan de un golpe el juvenil corazón alimentado en una atmósfera purificada por Cristo.

Pero el mundo se aprovecha de su inexperiencia, ofrece á los sentidos seductores halagos, y se vale del ridículo y del desprecio; y éstos son desde luego los ingeniosos artificios con que procura atraer á un joven al mal, cuando aquél entra en el círculo de la vida social.

He conocido jóvenes, salidos de nuestros colegios, llenos de la fe que une el humano entendimiento á la inteligencia divina y les hace gustar las alegrías de la verdad; armados de la esperanza que acude á las miserias de la vida con la ilusión de un seguro y alegre porvenir; llenos de la caridad que eleva el corazón á Dios, para traernos las llamas del amor que nos une en la tierra con todos en la paz, hasta con nuestros enemigos. Al cabo de poco tiempo algunos perversos compañeros habían arrojado de aquellas almas ingenuas toda creencia, y las habían sumido en las más torpes obscenidades. Aquel edificio rico de preciosas piedras había sido destruido desde los cimientos por una fuerza vandálica.

Se lee en la fábula que las sirenas atraían á los caminantes con la dulzura de sus cánticos, y después los mataban; tal es el artificio empleado por el mundo. Comienza por insinuar en el joven la máxima de que es posible llevar una vida honesta omitiendo los ejercicios de la piedad practicados en la casa paterna, porque Dios quiere ser honrado con el corazón; que la frecuencia de los Sacramentos es una obligación de los eclesiásticos, y que todo lo que es sobrenatural no puede ser regla infalible del pensamiento, porque no es comprensible á la razón. Este atrevido modo de hablar no podrá tal vez echar por tierra de repente las convicciones de un joven cristianamente educado; pero cuando se encuentre con frecuencia en estas peligrosas ocasiones y oiga á muchos repetir estas máximas, su espíritu cae poco á poco en una tibieza que es principio de su moral ruina. La oración, que une el alma á Dios, languidece y se dismi-

nuye ó se descuida; los lugares de la diversión apartan el corazón del templo, y cualquier duda respecto á las consoladoras verdades aprendidas en la escuela ó bajo el techo paterno, comienza á alterar la mente. El primer paso está dado, y á éste sucede un segundo más peligroso.

El joven salido de las aulas encuentra en el mundo apóstoles de la independencia que le embriagan con el derecho que tienen de rechazar todo gobierno que no sea el propio. Siente primero los vínculos que le unen á la casa, á la Iglesia y á la patria, y no se atreve á romperlos; pero los ataques se repiten y mil veces le provocan á sacudir el yugo bajo el cual vivió en la adolescencia.

Entonces aparece pesado á su corazón lo que le cohibe y domina; pronto llega el momento en que rompe toda cadena que lo ligara á sus padres, á la religión y hasta á la sociedad; y arrastrado por la violencia de las pasiones, corre á través del mundo, como el árabe nómada corre á través del desierto. De este modo arroja lejos de sí los tesoros de la inteligencia, del amor y del genio, que quizás le fueron dados por la Providencia. Pero no se limita á esto el mundo en su apostolado de corrupción.

Después de haber aniquilado en el joven, merced á los más atrevidos halagos y burlas, todo sentimiento de lo que es grande y bueno en la vida, el mundo se esfuerza en hundirle en las fáciles y resbaladizas corrientes de los placeres sensuales; y ora pone en sus manos novelas que pintan á la fantasía del joven risueñas perspectivas; ora le transporta á seductoras representaciones teatrales, donde sólo se respira una atmósfera voluptuosa; ora le mezcla en reuniones de jóvenes corrompidos, en las que el ardor de la sangre y la viveza de las imaginaciones acrecienta la fuerza contagiosa del mal; ora le conduce á festines, donde el demonio de la impureza inocular en su corazón el torpe veneno, y ora, en fin, le abre las casas de seducción, en que á la total ruina del alma va unida la ruina de la salud del cuerpo. Entonces el joven, engañado en su mente, pervertido el corazón por las pasiones, rechaza por sí mismo la palabra católica, los libros católicos y toda enseñanza de la doctrina católica. Este joven está perdido, y quizá perdido para siempre; y he aquí un ár-

bol que, fecundado por el sol, bañado de lluvia restauradora y cuidado por la mano de diligente agricultor, debía producir frutos nutritivos y sabrosos en la familia, en la Iglesia y en la patria, está hoy lánguido, mañana estará árido, y en breve caerá consumido, seco y podrido.

¡Oh jóvenes! mientras aun es tiempo, guardaos de esos peligros; tened conciencia de la dignidad de vuestra naturaleza; cumplid la grande y benéfica misión recibida de Dios; caminad hacia vuestro destino común é inmortal, y pensad que sois la esperanza del porvenir. Sí; vosotros debéis ser un día la fuerza y la gloria de la patria, la corona y el honor de la familia, la tutela de la Iglesia y la bendición de Dios. No despreciéis mis palabras; yo os enseñaré el camino que os llevará á ser los bienhechores de vuestros semejantes en lo porvenir. No hay necesidad de que os retiréis del mundo para sepultaros en un desierto; todo lo contrario: el mundo debe ser para vosotros un campo en el cual debéis arrojar la semilla que, con el auxilio divino, producirá frutos de vida.



CAPÍTULO III

De los deberes de los jóvenes para con Dios.

ARTÍCULO 1.º

Del culto interno.

SUMARIO: División de los deberes del joven.—El primero es la adoración de Dios.—Máximas del racionalismo.—Cómo debe entenderse que el mundo fué hecho de la nada.—Dios espíritu pudo criar la materia.—El mundo no es efecto del acaso.—El mundo no es eterno.—Excitación al joven á conservar el Credo católico.

En un tiempo en que la palabra *derecho* anda en boca de todos, no debe causar maravilla que yo hable aquí de los deberes. Pues mientras todo el mundo trata de sostener sus propios derechos, se olvidan aquellos deberes de donde justamente nacen los derechos.

Hablando á jóvenes católicos, debo suponer que ninguno de ellos ignora las relaciones que nos ligan á Dios, á nuestros semejantes y á nosotros mismos; relaciones que dan lugar á una triple división de los deberes.

Pero quiero recordarlos aquí, porque del cumplimiento de estos

deberes depende que el espíritu viva con tranquilidad de conciencia, se cumpla la ley del respeto, y la sociedad camine pacífica á su destino. No tengo, pues, otra intención al repetir lo que ya en la escuela y en sus estudios científicos ha aprendido el joven; pero quisiera que mis palabras penetrasen eficaces en el corazón de la juventud cristiana, á fin de infundirla el valor necesario para despreciar los dichos y ridículo del mundo y animarla al cumplimiento de estos deberes.

El principio supremo de toda independencia en el orden de naturaleza, es el que une la naturaleza humana con Dios criador; pues en Dios sólo se encuentra la razón suma del respeto que el hombre debe á todas las cosas salidas de sus manos. De donde nace que el primero de los deberes del hombre es el de adorar á Dios, adoración que consiste en la más profunda postración del hombre ante la más excelsa grandeza que puede ser revelada y sentida por el alma humana.

En la magnificencia de la creación se descubren los rayos de la grandeza sempiterna. Todo en ella nos habla de Dios. Los esplendores del cielo, los espectáculos de la tierra, la inmensidad de los mares, el fragor de la tempestad, el perfume de las flores, la claridad del día, la majestad de la noche, todo nos revela aquellas palabras: *sean hechas todas las cosas.*

Vosotros ¡oh jóvenes! encontraréis en el mundo el moderno racionalismo, que se burla de estas divinas palabras, y repitiendo añejas objeciones, os dirá que el mundo no pudo ser hecho de la nada, que se formó al acaso, ó que la materia es eterna. Vuestro deber ¡oh jóvenes! es no dejar quebrantar vuestra fe, y sostener la verdad con valor.

No: aquel Dios que debemos adorar no hizo el mundo de nada, porque la nada no puede ser causa del ser. Pero la hipótesis de un mundo sin Dios es una hipótesis desmentida por la razón. Cuando el hombre considera la facultad de que está dotado, reconoce que su fuerza intelectual pudo crear un sistema, que su fuerza motriz pudo crear un movimiento en todo su cuerpo, que una fuerza inspiradora pudo crear las obras maestras del arte; y por consiguiente, que una

fuerza creadora infinitamente poderosa pudo querer y decir con admirable efecto aquel sublime *fiat*.

Pero no deben confundirse las creaciones humanas con la creación divina. La potencia de crear del hombre consiste sólo en dirigir las fuerzas; al paso que sólo Dios crea el ser, la substancia, la fuerza, la vida, y la vida vegetal, animal, intelectual y libre. Por consiguiente, al decir que Dios hizo el mundo de la nada, queremos significar que no existiendo antes el mundo, Dios lo hizo existir en sí mismo por un acto de su energía omnipotente.

También ¡oh jóvenes! oiréis decir que siendo espíritu perfectísimo el Dios que nosotros admiramos, no pudo crear la materia, pues los efectos deben ser del mismo género que la causa. Esta objeción es grave, pero queda destruida por el razonamiento.

Y ante todo, considerad. y no perdáis de vista esta verdad, que Dios, que es el Ser supremo, es la energía y la actividad infinita. Considerad también que cuando se dice que Dios es espíritu, no se dice, ni puede decirse, en el mismo sentido que lo decimos de los espíritus que caen bajo nuestra experiencia. Dios es el Espíritu supremo, porque es el Ser supremo, esto es, actividad infinita, y por tanto, sumamente inteligente. que por virtud de su inteligencia pudo hacer existir en sí mismas las cosas que antes no existían. Reflexionad que si Dios es actividad infinita, pudo también hacer existir en sí mismas cosas diferentes de Él, las cuales, por lo mismo que son diferentes que Él, no podrán menos de ser finitas y limitadas. Entre los diversos seres finitos que pueden existir en sí mismos por virtud del omnipotente acto de Dios, que es el Ser supremo, la inteligencia concibe también el ente material; y si lo concibe, no es absurdo; y si no es absurdo, puede extenderse también á Él la suprema energía creadora, la cual no encuentra otro límite, si es que lo es, que la contradicción, que es lo imposible. Y si se quiere encontrar imposibilidad en que la materia proceda de Dios por vía de creación, es porque se quiere ver una oposición radical entre el ente material y la suprema y omnipotente causa. Pero ¿quién ha dicho á tales razonadores que la materia sea justamente en sí misma como la concibe el común de los hombres? Y ¿qué competencia tiene

el vulgo para juzgar de la naturaleza de la entidad metafísica, que no cae bajo la experiencia sino por su lado fenomenal? Y ciertamente, los hombres razonan de la materia en cuanto la conciben por su sensación; pero fuera del acto en que es sensitivamente percibida, ¿qué otra cosa es la materia? Aquí enmudece la experiencia para dar lugar al razonamiento teosófico, que no encuentra en ella sino una entidad enteramente relativa, un fragmento del ente, que nada es sin el ente con el cual existe y del cual es un término propio, en el cual se completa, y es verdadero ente. Y cuando el razonamiento ha llegado á este punto, ¿quién podrá con razón redargüir al que establezca que el ente material existe por una inteligencia que le produce inmediatamente, y que en las condiciones que tiene por conveniente le da también á percibir á otros sujetos por vía de sensación, como término extraño? Puestas las cosas en estos términos, á nada se reduce la dificultad sacada del dicho vulgar, que los efectos deben ser de la misma naturaleza que la causa.

Para hablar con mayor sencillez, ¿quién puede decir con verdad que el efecto ha de ser de la misma naturaleza que la causa? Si esto fuera verdad, tendría en contra suya la experiencia y el hecho que se verifica en cada uno de nosotros cuando sentimos nuestra materia corpórea movida por un principio que nada tiene que ver con la materia, en cuanto á su naturaleza.

Y cuando el ateísmo y el racionalismo os repitan que el mundo es obra del acaso, no debéis responder sino con una sonrisa de desprecio. Si la unión fortuita de los átomos, decía Cicerón, ha podido formar este universo, ¿por qué no pudo crear un templo, un pórtico, una casa, una ciudad, obras mucho más fáciles y menos importantes? El acaso es una palabra y nada más; es la *x* de nuestros cálculos, es la incógnita puesta por nosotros cuando ignoramos la verdadera causa. La armonía tan bella que reina en todas las partes del universo, dice Maedler, demuestra, y es imposible desconocerlo, la obra de una voluntad inteligente y libre en su operación.

Pero razonemos. Es una verdad, que el buen sentido no puede menos de admitir, que todas las cosas tienen un fin propio, que se manifiestan en su misma naturaleza. Con el fuego se calienta, con

el agua se moja. Y el fin de las cosas, manifestado por ellas á la inteligencia humana, que se dé cuenta de él, constituye el objeto de la ciencia que tiene el hombre del universo y de sí, y el criterio de sus operaciones. Nadie habrá que meta un paño en el agua para secarle, ni en el fuego para lavarle. El fin de una cosa denota una mira determinada que se debe realizar, y demuestra la intención de la mente que ejecuta una acción. Al ver una rueda, arguye el alma que el fabricante tuvo intención de construir un instrumento que girase. Esta sencilla consideración debe bastar para destruir la irracional hipótesis de que el mundo sea efecto del acaso, como sostenía la filosofía del siglo XVIII. Pues admitida la hipótesis de que el mundo fué producido por el acaso, sin disputa cae por tierra el principio de que todas las obras tienen un fin propio. Pues el acaso, por el hecho de ser fortuito, no puede tener un fin á que se dirija.

Estas razones bastan seguramente para destruir el sistema de *necesidad*, sacado á plaza por los panteístas modernos, pues la necesidad incluye el concepto de una fuerza ciega, que fatalmente se desenvuelve sin conocimiento de lo que hace.

Por lo cual, si queremos ser razonables, debemos reconocer que el mundo es obra de una Mente suprema, inteligentísima, que dispone los seres según los fines que á cada uno ha señalado, y los llama á adorarla. Por eso cantó Dante (*Paradisso*, canto primero):

..... *Le cosse tutte quante*
Stanno in ordine tra lor, e questa é forma.
Che l'universo a Dio fa somigliante.

Ahora bien: ¿quién de vosotros, jóvenes salidos de una escuela sabiamente cristiana, podrá abandonarse á una filosofía decrepita, que en su vejez renueva los delirios de su infancia, y no ve en el universo sino átomos aglomerados al acaso para formar, sin saber cómo ni por qué, esta armonía que llamamos mundo?

También esta filosofía os dirá que el mundo no tiene origen, en cuyo caso es preciso admitir la eternidad del universo. Pero ¿cómo explicar en este caso aquella serie no interrumpida de hechos, que

se manifiesta sin un primer hecho? ¿De dónde proviene aquella cadena de efectos y de causas que se observa, sin una causa primera? ¿Cómo dar una explicación de tantos seres finitos que se suceden unos á otros, sin uno infinito? El ateo y el materialista, ni responden, ni pueden responder á esta pregunta.

¡Oh jóvenes! conservad con fidelidad y perseverancia aquella fórmula católica, que es la única aprobada por la razón: *Creo en un Dios Padre omnipotente, Criador del cielo y de la tierra*. Con este himno armonioso de la creación conservaréis aquella ciencia que echa por tierra y destruye la ciencia del mundo.

En consecuencia, si es cierto que existe un Dios, y existe como padre del hombre, el alma del joven debe elevarse á él con espíritu de fe, y su inteligencia debe someterse á la palabra que Dios ha revelado. Y puesto que el alma del joven siente que todo lo ha recibido de Dios, tiene el deber de volverse hacia Dios con todas las facultades de su ser, y con aquel amor que no tiene otra medida que el amor del mismo Dios al hombre.

¡Oh jóvenes! en la fe y en el amor de Dios encontraréis los verdaderos goces del pensamiento y del corazón; en la vida moral, los verdaderos progresos.

ARTÍCULO 2.º

El culto externo.

SUMARIO : Razones para adorar á Dios también con el cuerpo.— Respuesta del joven á los que sólo admiten el culto interno.— El cristianismo nos hace sensible á Dios.— Invitación al joven para recordar los días de su inocencia.— No se pierda esta memoria, y no se tema el ser motejado.— Respeto al clero.— Ejemplo de Cristo.— Consecuencia de la falta de respeto á Dios y á la Iglesia.

No solamente debemos adorar á Dios con espíritu de fe, de esperanza y de amor, sino tambien con el cuerpo que él mismo nos ha dado.

Los ojos que se levantan al cielo, las manos que aun involuntariamente se juntan en ademán de súplica, las rodillas que pueden

postrarse en tierra, todo esto nos indica que nuestro ser corpóreo debe estar al servicio del alma para adorar á Dios.

Á los jóvenes no debe serles difícil meditar en un hecho que por sí mismo se manifiesta. Cuanto las emociones son más fuertes, misteriosas y profundas, tanta mayor necesidad se siente de manifestarlas. El sentimiento religioso es el más profundo y el más natural del alma humana, porque la acción de Dios, su principio, es más análoga á su naturaleza, más íntima y más vivificante. Por consiguiente, el alma debe sentir el deseo de manifestar este sentimiento por medio del culto externo.

Los jóvenes, por consiguiente, podrán responder, á quien intente reducir el culto de Dios al culto interno, que es un ciego que no ve la luz, ó un imbécil que no conoce la naturaleza del alma humana, ó un falsario que trata de depositar en el alma la duda y el error.

Y para avivar el culto externo, sólo el cristianismo es el que nos presenta más sensiblemente á Dios. Empieza por educarnos desde nuestros primeros años presentándonos un Dios encarnado en Belén, un Dios crucificado en el Calvario, un Dios convertido en alimento del alma sobre los altares. Así es que siempre tenemos á Dios presente, mediante Cristo nuestro Señor.

Queridos jóvenes, yo quisiera que recordaseis aquellos días en que sentisteis á este Dios presente en vuestra alma por medio de los Sacramentos. Postrados en tierra con arrepentimiento y humildad, sentisteis en la absolución del sacerdote la impresión de un Dios que perdonaba vuestras culpas. Y cuando por vez primera os alimentasteis en la sagrada mesa de aquel pan celestial que da la vida eterna á las almas puras, vuestro corazón sintió la impresión de la gracia. Aquel día salisteis del templo con vuestro Dios en el corazón, y transformasteis vuestro hogar doméstico en un santuario.

¡Ay de aquella juventud que al entrar en el mundo permite que la impiedad y la irreligión borren en sus almas los sentimientos de piedad que aprendió en la escuela! La inteligencia entonces se obscurece, el corazón se seca y encenaga en las pasiones, y el joven pierde aquellos sentimientos que conducen á las grandes acciones y forman las almas elevadas.

La juventud cuya fe aun no se ha extinguido, medite las palabras en que Jesucristo promete defender delante de su Padre á quien con palabras y hechos le confesare delante de los hombres. No tema, pues, el ridículo; no tenga respeto humano la juventud que entra en el mundo. El ridículo es el arma de quien no sabe razonar; el respeto humano es un enemigo del alma, que alucina con vanas esperanzas y desanima con necios temores.

Que la fe, la esperanza y el amor guíen á los jóvenes en los días festivos al templo, lleno de la majestad del Dios de los cielos; invóquenle por su nombre, porque bueno es Dios, y ha prometido oír la súplica humilde de su pueblo; pero nunca se inspiren en el ejemplo de los profanadores, á quienes el Señor juró no escuchar cuando le invocasen en el día de su aflicción.

No deben temer el ridículo los jóvenes para dejar por eso de purificar y santificar sus almas con los Sacramentos. El joven que por el orgullo ó la voluptuosidad ha perdido á su Dios, le encontrará en el Sacramento de la Penitencia; y cuando con él su frente se torne más serena y su corazón tranquilo, la sociedad, que ha visto entrar en el templo un hombre pecador, podrá abrazar en su seno un hombre justo.

No puedo expresar con palabras la alegría que siento en mí cuando veo á un joven frecuentar los Sacramentos de la Iglesia. Entonces digo entre mí: este es un joven que con toda su fuerza trata de refrenar sus malos instintos, y que, practicando animoso el culto exterior debido á su Dios, quiere conquistar entre los hombres un puesto eminente en la jerarquía del progreso y de la civilización. El joven irreligioso ni sabe ni puede dominar el egoísmo, el orgullo, la insubordinación, la ira, la sensualidad, y arrastra una vida que carece de su verdadero elemento.

El culto que se tributa á Dios en el templo con las públicas oraciones y con la frecuencia de los Sacramentos, debe conducir á los jóvenes á venerar las augustas personas que representan á Jesucristo, y en diverso modo participan de la majestad que de él emana. Estas personas son el Pontífice, el Obispo, el Párroco y el Sacerdote, cuyo ministerio es poner las almas en contacto inmediato

con la dignidad del mismo Cristo. Y no se tenga por humillación venerar esta jerarquía de la Iglesia, besar la mano consagrada del ministro de Dios, é inclinar su frente cuando le bendice.

Tiempos ha habido, y entre ellos deben contarse los nuestros, en que la tierra ha sufrido tremendas catástrofes, movidas por quienes con desprecio han intentado abatir aquella grandeza que, como antorcha sobre candelabro, ha sido puesta por Dios para iluminar el mundo. Pero vosotros, jóvenes cristianos, no os avergoncéis de respetarla, no perdiendo jamás de vista aquellas palabras de Jesucristo: «El que á vosotros oye, á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia.» (Luc., x, 16.)

Cristo os ha dado un ejemplo que podéis imitar. Cuando se acercaba el tiempo en que al sacrificio antiguo y á la antigua Pascua había de substituir un nuevo sacrificio y un nuevo altar, se sintió tocado de un respeto divino hacia aquellos pescadores sencillos, pobres y pequeños á los ojos del mundo, á los cuales llamaba al honor de sacerdotes suyos. Se levantó delante de ellos, como delante de otros tantos príncipes; se ciñó un lienzo, puso agua en un baño, tomando la forma de un siervo; y él, el Dios criador, se arrodilló delante de aquellos hombres, les lavó los pies y se los enjugó con una humildad de que todos se maravillaron.

La juventud que no respeta á Dios, á la Iglesia y á sus ministros, tampoco tiene respeto á la autoridad civil, ni á las leyes, ni á las instituciones, ni á los hombres, ni á las mismas cosas; echa por tierra todo lo que es grande, envilece todo lo que es noble, profana todo lo que es sagrado, degrada todo lo que es sublime, y ella misma se sumerge en el fango.

ARTÍCULO 3.º

El racionalismo y la fe en el misterio.

SUMARIO: Prepárese el joven á fortificar su corazón contra las doctrinas racionalistas.—Sin lo sobrenatural no se pueden explicar los fenómenos del orden físico ni los del orden moral.—El racionalismo hace esclavos del pensamiento.—Los misterios no son la negación del sentido común.—No están en lucha con la ciencia moderna.

Al salir el joven de la escuela y entrar en la sociedad moderna, se encuentra con un enemigo que combatir—*el racionalismo*;—que intentará con sofismas apartarle del culto religioso y sumergirle en el error, ó por lo menos en la duda.

Y no se haga la ilusión de vencer á este enemigo combatiéndole. El racionalista ha abrazado su sistema para justificar con él los desórdenes de una conducta viciosa. Al luchar con él el joven, debe nacerlo para impedir que entren en su corazón unos principios que se dirigen á obstruir la doctrina católica, substituyéndola con una filosofía enteramente humana, fundada en la absoluta independencia de la razón.

La juventud no se verá arrastrada á los absurdos de esta filosofía, siempre que su vida sea pura y sus pasiones estén en calma. Sin lo sobrenatural no se puede explicar el origen de la naturaleza; pues hacer derivar el orden primitivo de sus leyes contingentes de las mismas leyes, como hacen algunos cosmólogos, es una manifiesta petición de principio. Sin lo sobrenatural no se puede explicar el origen del lenguaje, ni de la civilización, ni los puntos que constituyen el orden moral, es decir, la ley, la pena y la expiación.

¿Comprendéis ¡oh jóvenes! lo que pretende de vosotros ese racionalismo, que grita hoy en día, de un extremo á otro del mundo, en las escuelas, en las academias, en los libros, en los periódicos? Quiere la absoluta independencia de la propia razón; quiere al hombre libre, independiente de la verdadera ciencia, de la fe, de la Iglesia y de Dios. Penetrad ¡oh jóvenes! las intenciones del racionalismo.

lista, y veréis que quiere hacer al hombre esclavo de otro hombre, porque esta doctrina consagra el egoísmo intelectual, y este egoísmo forma por un lado tiranos del pensamiento, y esclavos por otro. Así es que el racionalista, proclamando vuestra independencia, intenta astutamente privaros de vuestra libertad.

Para ser verdaderamente libre es necesario encadenarse, por decirlo así, á una regla. La libertad, tratándose del entendimiento, es la regla del amor, y la de la voluntad es la regla que dirige al bien.

Pero no es en estas reglas en las que se apoya el racionalista. Dirigiéndose á los jóvenes, les dice con engañosas palabras: á vosotros os han dicho en la escuela cristiana que es necesario creer los misterios de la religión y adorarlos; pero tened entendido que el misterio es la negación del sentido común, y está condenado por la ciencia como absurdo y contradictorio.

Si el misterio es absurdo y contradictorio, ¿por qué tantos y tan grandes ingenios cristianos abrazaron los misterios de nuestra religión, sin verse precisados á despreciar la ciencia y á renunciar á la razón?

En Dios, en el mundo, en la naturaleza humana hay verdades ocultas, y también misterios. Los misterios del mundo y del hombre son reconocidos y aprobados por la ciencia; ¿por qué, pues, han de ser absurdos y contradictorios los misterios de la religión, en cuanto son verdades que se refieren á la divina inmensidad, y nos han sido revelados por su palabra infalible?

El universo todo está lleno de misterios. Misterios son una semilla que germina, una flor que se abre, una planta que vegeta, un animal que se mueve y un hombre que piensa. Misterio es la misma palabra del hombre, pues es un misterio que un débil sonido salido de los labios pueda desde un lugar remoto unir millares de entendimientos; y mientras en mil inteligencias produce la identidad de la idea, puede producir al mismo tiempo en mil corazones la identidad de los afectos. No: el misterio no es una cosa absurda; es una necesidad del espíritu humano, es un progreso de la ciencia. Queridos jóvenes, la ciencia que niega el misterio y pretende conocer todas las cosas con toda claridad, es la ciencia de los necios.

Si el mundo todo entero está lleno de misterios, ¿no tendrá también misterios la religión, que es Dios mismo que habla y obra en el género humano? Para explicar los misterios se necesita una inteligencia igual á la de Dios, lo que es imposible. Para nosotros es suficiente que el misterio cristiano no esté en lucha con la ciencia moderna; y la ciencia debe convenir en que, existiendo misterios en el mundo y en el hombre, deben existir también en la religión.

ARTÍCULO 4.º

Los milagros.

SUMARIO: El racionalismo niega los milagros.—Opinión de Rousseau.—Razón y prueba de los milagros.—Refutación de la duda acerca de si son hechos milagrosos los que registra la historia de la Iglesia.—Invitación á los jóvenes á permanecer firmes en sus creencias.

Un joven que pasa de la escuela cristiana á la sociedad, se encontrará acaso maravillado cuando oiga á los filósofos racionalistas repetir los argumentos de Voltaire, que haciendo coro con los discípulos de Spinoza, niega formalmente la posibilidad de los milagros. ¡Quiera Dios que los principios de esta filosofía no se apoderen del espíritu de la juventud! Á éstos podrá el joven oponer al momento la autoridad nada sospechosa de Rousseau, quien en su carta de la Montaña escribía: «Un milagro es cualquier acto inmediato del poder divino, cualquier cambio sensible en el orden de la naturaleza, cualquiera real y visible excepción de sus leyes en un hecho particular. ¿Puede Dios hacer milagros? Esta cuestión, tratada seriamente, sería impía, si no fuera absurda; al que la resolviese negativamente, se le haría mucho favor castigándole; á un hombre tal bastaría encerrarle.»

Escúcheme el joven todavía el siguiente razonamiento para no caer víctima del error y perder su fe.

El deísta, que admite la providencia, ó sea la acción perpetua de Dios en el universo, no puede, sin contradecirse, negar la posibilidad de esta acción. Un milagro no es otra cosa que esta misma acción,

manifestada, como dice Rousseau, *en un hecho particular*. Este hecho particular, ¿es acaso menos creíble que los hechos generales, que son *actos inmediatos del poder divino*? Dios da la vida á todos los hombres; éste es un hecho general: la vuelta de un muerto á la vida por un fin desconocido de nosotros; éste es un hecho particular. El deísta no puede quedar sorprendido.

El ateo, que no reconoce un legislador inteligente del universo, no puede asociar una idea racional á la palabra *ley*. En todo lo que leyere sus sentidos deben ver una sucesión fortuita de fenómenos determinados por aquel incomprensible poder que se llama *acaso*, *necesidad*, *destino*. Un hecho, por nuevo que sea, no debe parecerle increíble. El hecho existe; debe, por consiguiente, creerle, aunque no se conozca su causa.

Lo mismo debe decirse al racionalista, el cual admite la absoluta independencia de la razón. No podrá, por consiguiente, negar un hecho particular, aunque nuevo, incomprensible, sorprendente.

Al mismo tiempo que Rousseau admite en Dios el poder de hacer milagros, duda que sean hechos milagrosos los que ofrece la historia de la Iglesia. He aquí cómo se expresa: «Puesto que un milagro es una excepción de las leyes de la naturaleza, es necesario conocer todas estas leyes para estar seguros del milagro. ¿Y quién es el mortal que pueda conocer todas estas leyes? Luego es imposible asegurarse que un hecho es milagroso.»

Es una verdad que no podemos vanagloriarnos de conocer todas las leyes de la naturaleza; pero nosotros llamamos *ley* á toda causa permanente que se manifieste con efectos constantes. Ahora bien: los milagros son hechos verdaderos, extraordinarios, opuestos á todos los efectos que se presentan en las mismas circunstancias; luego los milagros no son efectos de una causa permanente, es decir, de una ley de la naturaleza; luego bien podemos asegurarnos, sin conocer todas las leyes de la naturaleza, de que un hecho es verdadero milagro.

Curar en el acto las enfermedades mediante un acto de la voluntad, multiplicar un corto número de panes para saciar á una muchedumbre, caminar sobre las aguas del mar, resucitar muertos:

estos son los principales milagros del Salvador. Y también prometió á sus discípulos y á otros que los harían semejantes y aun mayores. Y estos hechos, ¿no son acaso excepciones de la naturaleza? Y ¿cómo asegurarnos de ello? La historia nos dice que estos hechos tuvieron lugar en presencia de numerosos testigos, en las circunstancias más imprevistas, en que era imposible sorprender la credulidad. Los mismos pontífices judíos y fariseos, al verlos, no pudieron menos de reconocerlos como prodigiosos.

Negarse á reconocer los milagros de Jesucristo, de los Apóstoles y de los héroes del cristianismo, depositarios de un poder divino, es lo mismo que negar la existencia de los hechos históricos más ciertos y caer en el escepticismo más vergonzoso.

Queridos jóvenes, conservad la fe que se os comunicó en el bautismo; venerad la verdad que aprendisteis en la familia y en la escuela cristiana. El hombre abandonado á su propia razón y no sostenido por la fe, es conducido por el orgullo al borde del abismo. No cambiéis á todo viento de doctrina, sino permaneced firmes en las creencias invariables que existen en la fe de todos los lugares y de todos los tiempos. El que no cree, está ya juzgado.

ARTÍCULO 5.º

De la Magia, del Magnetismo y del Espiritismo.

SUMARIO: Todos los hechos prodigiosos no son milagros.—Principios para combatir los hechos prodigiosos de la Magia, del Magnetismo animal y del Espiritismo.—Causas á las cuales pueden atribuirse los hechos que parecen prodigiosos á la muchedumbre.—No pueden ser causas físicas.—No las almas de los muertos.—No los ángeles buenos, sino los espíritus malignos.—Invitación á los jóvenes para que se atengan á la razón y á la fe.

Ya lo hemos visto: los milagros sólo pueden ser hechos por Dios, como Autor de las leyes de la naturaleza, y por aquellos que, unidos á Dios por la santidad de su vida, recibieron de él un poder sobrehumano. Pero en la serie de los siglos aparecieron hombres que adquirieron celebridad y sometieron á su autoridad las muchedumbres, deslumbradas por hechos prodigiosos.

En la historia de los pueblos vemos la *Magia* dominando en todas las falsas religiones de la antigüedad é introduciéndose entre los Israelitas y entre los Cristianos primitivos. Entre los pueblos modernos vemos suceder á la *Magia* el *Magnetismo animal*, y después el *Espiritismo*. Y estos sistemas han sido y son sostenidos por hombres que, burlándose de la credulidad de los antiguos, han visto levantarse á su alrededor los hechos de la *Magia*.

Queridos jóvenes, para manteneros firmes en el camino de la razón, de la ciencia y de la religión, os invito á meditar cuidadosamente sobre algunos principios cuya aplicación servirá para manteneros lejos de las prácticas supersticiosas. Estos principios están consignados en los escritos venerados por los hombres más esclarecidos de nuestros días, en los escritos del gran filósofo y teólogo Santo Tomás de Aquino.

1.º El hombre fué criado por Dios en la inocencia y en la santidad; pero cayó de este feliz estado y perdió los dones sobrenaturales juntamente con la inocencia. La libertad de obrar quedó restringida, y encontró obstáculos en la ignorancia, en el error y en el mal moral, que de continuo le tiranizan.

2.º Dios crió también á los ángeles; pero de éstos, unos le permanecieron fieles, y otros fueron rebeldes á la gracia y *fueron entregados al abismo, atados con amarras de infierno y reservados para el juicio*. (San Pedro, II, 2, 4.) Los mismos antiguos, aunque desconocedores de la revelación, confesaron que el mundo estaba lleno de espíritus, divididos en dos clases, es á saber: buenos y malos.

3.º Pero los ángeles, lo mismo los buenos que los malos, no pueden mudar la voluntad del hombre, la cual siempre es libre (1); ni pueden hacer milagros, sino sólo producir efectos prodigiosos superiores á nuestra inteligencia (2). Pues el milagro, según Santo Tomás, no es sólo un hecho maravilloso, sino que debe estar también fuera de toda la naturaleza creada. Y así como no nos es conocida toda la virtud de una naturaleza creada, así también, cuando

(1) Santo Tomás, q. 111, art. 2, p. 1.^a

(2) Santo Tomás, q. 110, art. 4, p. 1.^a, y q. 114, art. 4, p. 1.^a

sobreviene un acontecimiento por medio de una virtud desconocida á nosotros, superior al orden de la naturaleza creada, que conocemos, es un milagro para nosotros, pero no en el sentido de ser superior á todo el orden de la naturaleza creada. Y aun cuando este hecho maravilloso sea superior á nosotros, y acaso incomprensible, no lo es para un espíritu superior, como son los ángeles (1).

4.º Estos ángeles, sean buenos ó malos, pueden, como causas superiores, obrar sobre las cosas corpóreas (2).

5.º Pueden, por consiguiente, producir en las cosas naturales algunos efectos, para los cuales no bastarían los agentes corpóreos (3).

6.º Pueden, por último, hacerse obedecer de los cuerpos en el movimiento local, porque pueden servirse de otras causas, como el herrero se vale del fuego para trabajar el hierro; y porque la virtud de estos espíritus no está circunscrita á cuerpo alguno, por eso pueden mover de un lugar á otro los cuerpos que no les están unidos (4).

Yo podría aquí, mis queridos jóvenes, trazaros un compendio de la historia de la *Magia*, que después se transformó en el *Magnetismo animal*, y por último en el *Espiritismo*; pero esto me obligaría á ser extremadamente difuso, y, por otra parte, podréis encontrarla difusamente expuesta en diversos artículos de la *Civiltà Cattolica* en el año de 1866. Paso, pues, á indagar á qué causa pueden atribuirse aquellos hechos que parecen maravillosos á las muchedumbres y aun á la ciencia humana.

Tened bien fijos los principios establecidos antes, y veréis que estos hechos no pueden llamarse milagrosos, porque no son hechos fuera del orden de toda naturaleza creada, como lo fueron la división en dos partes del mar Rojo, el sol que se detiene para prolongar el día, el andar sobre las olas del mar y la resurrección de Lázaro.

La causa que se busca debería encontrarse, ó dentro de los límites

(1) Santo Tomás, q. 110, art. 4, p. 1.^a, y q. 114, art. 4, p. 1.^a

(2) Santo Tomás, q. 110, art. 2, p. 1.^a

(3) Ibid.

(4) Santo Tomás, q. 110, art. 3, p. 1.^a

de las causas meramente físicas, ó fuera de estos límites; es decir, en las causas suprafísicas, ó lo que es lo mismo, en los espíritus.

Pero ¿es posible que los hechos de la *Magia*, del *Magnetismo* y del *Espiritismo* dependan de una fuerza que obra con arreglo á las leyes de la naturaleza física? Vamos á verlo.

Según el orden establecido por la divina Providencia, esta fuerza debe ser:

1.º *Una fuerza determinada á un efecto único.* Así, por ejemplo: el efecto de la fuerza expansiva del calor es siempre dilatar. Pero en los fenómenos magnéticos y espiritistas encontramos tan inmensa variedad, que no se pueden reducir á un solo efecto. En ellos encontramos fenómenos mecánicos, psicológicos, físicos y fisiológicos.

2.º *Una fuerza constante en el obrar.* Esta es una ley demostrada por la ciencia. En los fenómenos magnéticos y espiritistas en vano se buscará esta fijeza. Cada operador tiene su método, y todo método sus variedades, al paso que en las ciencias de la naturaleza se admite universalmente que toda fuerza tiene leyes estables é invariables.

3.º *Una fuerza que obra necesariamente cuantas veces se aplica.* Lo vemos por experiencia. La pólvora aproximada al fuego se inflama; la sal sumergida en el agua se disuelve; un vidrio produce electricidad si se le frota. No sucede lo mismo en el magnetismo animal y en el espiritismo. Aunque se reproduzcan las mismas circunstancias, no se reproducen los mismos efectos. Esto lo dicen los mismos espiritistas cuando se ven obligados á observar que los espíritus no están dispuestos á responder á sus preguntas, y dejan para otra mejor ocasión sus experiencias.

4.º *Finalmente, una fuerza privada de libertad y de elección en sus efectos.* En el magnetismo y en el espiritismo vemos, por el contrario, el predominio absoluto de una cierta voluntad que produce, suspende ó modifica todo hecho.

Ahora bien: si entre las leyes de las fuerzas físicas y los fenómenos de la magia, del magnetismo animal y del espiritismo, hay evidentes contradicciones, preciso es admitir que el principio agente de estos fenómenos no puede ser una substancia corpórea, sino que

debe ser necesariamente una substancia espiritual dotada de un vasto dominio sobre la materia.

Este agente no puede ser el hombre, compuesto de las dos substancias, espiritual y corpórea, porque también el hombre mismo está sometido á este agente. Cuantas veces está sujeto á su influencia, sus facultades quedan inertes, sus sentidos inmóviles, su inteligencia y libertad suspendidas. La persona *magnetizada* ó el *medium* efectúan con toda facilidad operaciones superiores á sus facultades y á sus condiciones. Teniendo los ojos cerrados, ver á enormes distancias, penetrar los pensamientos de otras, comunicar con seres lejanos, conocer ciencias nuevas, entender y escribir lenguas desconocidas, y obrar otros hechos maravillosos, son indicios de seres dirigidos y patrocinados por agentes superiores á ellos. De donde debe concluirse que los fenómenos de la magia, del magnetismo animal y del espiritismo nos demuestran que el agente que los produce debe ser espiritual y dotado de una fuerza superior á la naturaleza corpórea y á la humana. Sigamos con el razonamiento.

Tres hipótesis pueden hacerse con relación á las tres clases de espíritus que existen fuera del mundo corpóreo, es á saber: las almas de los condenados, los ángeles y los demonios.

El primer maestro y sostenedor de la primera hipótesis fué Swedenberg, que hacia la mitad del siglo XVIII enseñó ciencias naturales y misticismo espiritista en Inglaterra. Éste tuvo secuaces en Francia, según se decía, y las mesas giratorias en América y en otras partes eran puestas en movimiento por las almas de los condenados evocados por los *medios*.

La segunda hipótesis tuvo por primer defensor en 1829 al doctor Billot, en Francia, y también éste tuvo partidarios.

La tercera ha sido sostenida por los más sabios y más profundos escritores católicos, y entre éstos por Orient, Mirrille y Des Monsseaux, los cuales, aunque no eran eclesiásticos, estudiaron la cuestión de propósito con maravillosa perseverancia, habiendo sido testigos oculares de los hechos; estaban instruídos en las ciencias físicas y naturales, y fueron perspicaces indagadores de cuanto se había escrito en la antigüedad sobre este asunto.

Pocas palabras bastan para excluir la primera hipótesis. Para que las almas de los condenados pudieran ser causa de los efectos espiritistas, sería necesario que comunicasen con los hombres y con el mundo externo, y tuvieran dominio sobre las fuerzas de la naturaleza. El mundo de los espíritus puros no es accesible á nuestros sentidos, y por consiguiente no puede estar á nuestra disposición. Y las almas de los condenados despojadas de los cuerpos no pueden tener trato con los vivientes, sino sólo con las substancias espirituales (1), y no pueden tener dominio sobre las fuerzas naturales de la naturaleza, porque al separarse del cuerpo no han cambiado de naturaleza, sino de modo de ser y de obrar.

Podrá decirse que Dios, en su omnipotencia, puede conceder por un privilegio á estas almas, tanto la facultad de comunicarse con nosotros, cuanto el dominio sobre la naturaleza, como lo prueban las visiones y milagros atribuidos á los santos. En este caso se necesita recurrir á la posibilidad de los milagros. Pero Dios no querrá ciertamente suspender las leyes de la naturaleza para servir de pábulo á vanas curiosidades, para favorecer bajas pasiones y para propagar por su medio los errores, como sucede muy frecuentemente con los fenómenos del espiritismo. Dios puede hacer milagros *cuando quiere*, no cuando nos agrada á nosotros dar espectáculos en días fijos y á horas determinadas. Dios puede hacer milagros, pero por medio de hombres de viva fe, de corazón puro y de humildad profunda; no por hombres de pensamientos, de afectos y de obras enteramente mundanas, como son por regla general los que hacen profesión de *medios* para evocar los espíritus.

Para examinar la segunda hipótesis se han de tener presentes los *principios* anteriormente establecidos. He dicho que los ángeles, sean buenos ó malos, tienen verdadero y natural poder de obrar sobre la naturaleza material y sensible, imprimiendo á los cuerpos movimiento extrínseco y de traslación, y poniendo también en contacto aquellas fuerzas que pueden engendrar movimiento extrínseco

(1) Santo T. más, p. 1.^a, q. 89. art. 8.

y cambios substanciales. Teniendo esto en cuenta, veamos si el *modo* de obrar del espiritismo, los *efectos* que produce y el *fin* que se propone, pueden atribuirse á los ángeles buenos.

Los que admiten que los ángeles son la causa de los fenómenos espiritistas, fuerza es que admitan la revelación, sólo por la cual hayan venido á conocer su existencia. Para convencerse que los ángeles buenos no pueden ser los autores del espiritismo, basta conocer el *modo* de obrar de éste, en el cual los *medios* tienen un verdadero dominio sobre los espíritus, á los cuales llaman á su placer, dan sus órdenes y exigen obediencia. ¿Es, por ventura, éste el *modo* de obrar de los ángeles, que tan superiores son á los hombres por naturaleza, y sólo dependen de Dios?

Si el ministerio angélico procede de Dios como primer principio, no puede producir sino efectos saludables al hombre y conducentes á Dios, como á último fin del hombre mismo (1). Y ¿cuáles son los efectos del espiritismo? Pura frivolidad y puerilidades, falsas enseñanzas ante la ciencia, torpeza ante la moral, discordias en el hogar doméstico, locuras incurables, suicidios funestos.

Examinemos, por último, el fin de las operaciones del espiritismo, y veremos que unas veces se propone dar pábulo á estéril curiosidad; otras, excitar esperanzas de mayores comodidades en la vida; otras, presentar la religión como necesitada de reforma en sus más santos principios. Por el contrario, si los ángeles buenos *son mandados por Dios para el ministerio de nuestra salvación*, el fin de sus obras debe ser siempre alto, solemne y conforme á su misión. En las sagradas páginas vemos al ángel guardando á Judit en el campamento Asirio; al ángel guiando á Tobías; al ángel exterminando el ejército de Sennaquerib; al ángel defendiendo á Daniel; en una palabra, á los ángeles ministros de la justicia ó de la misericordia divina. ¿No quedaría, pues, este ministerio envilecido y manchado con las operaciones del espiritismo, por más que sean maravillosas?

Por consiguiente, si las dos primeras hipótesis no son suficientes

(1) Santo Tomás, p. 1.^a, q. 92, art. 2.^o

á explicar los fenómenos de la magia, del magnetismo animal y del espiritismo, necesario es convenir en que la causa de dichos fenómenos debe atribuirse á la intervención satánica, es decir, á los ángeles réprobos y malignos. Ni se burle nadie de esta consecuencia, pues está deducida por un razonamiento irrecusable y de toda evidencia.

Ahora, queridos jóvenes, podréis comprender la razón por qué Dios condenó estas prácticas supersticiosas y las llamó *maldades de las naciones que él había de exterminar*, pues las tiene en abominación (1). *Y si os dijera*, añadía él mismo por boca de su profeta, *consultad á los Pitones y á los adivinos*, vosotros responderéis: *¿Acaso no preguntará el pueblo á su Dios por los vivos, y sí á los muertos?* (Isaías, cap. VIII, v. 19.)

Tened por guía la razón y la fe, las cuales, derivándose de la única invariable fuente de verdad y retenidas por vosotros en indisoluble armonía, pueden derramar en vuestra inteligencia el más luminoso resplandor. Ahora bien; la razón os ha dicho que aquellos hechos maravillosos tan celebrados de la antigua magia, del magnetismo animal y del espiritismo, no son obra de las fuerzas físicas de la naturaleza, ni de los ángeles buenos, y sí de los espíritus condenados. La fe os enseña que tenéis á Moisés y á los profetas, á los cuales y no á otros debéis escuchar (2); que el poder de los milagros está sólo en la mano de Dios, y que Jesucristo, que fué ayer y es hoy, el mismo será por todos los siglos. (Hebr., XIII, 8.)

Permaneced firmes en los principios de la doctrina católica y de una filosofía cristiana, y veréis la verdad, que á vuestros ojos se presentará pura como el azulado cielo, y resplandeciente como el sol, y reconoceréis que la magia, el magnetismo y el espiritismo no son milagros, sino sistemas fundados sobre arena movediza; son los sueños del ebrio, son los delirios de hombres ilusos en su ignorancia ó pertinazmente soberbios.

(1) Deuteron., cap. XVIII, v. 12.

(2) San Luc., cap. XVI, v. 29.



CAPÍTULO IV

Deberes del joven para consigo mismo.

ARTÍCULO 1.º

Tendencia del alma á su perfección.

SUMARIO: La naturaleza humana tiende al infinito.—Nuestro espíritu debe subir de virtud en virtud, para conseguir su perfección.—Esto no se puede alcanzar sin el auxilio divino.—Para alcanzar este auxilio debemos emplear la oración y el trabajo.—Remedio contra las caídas.

De la fe, que es el sentimiento fundamental de la vida del espíritu, porque pone al hombre en relación con Dios, se deriva el sentimiento de lo infinito, el cual se manifiesta bajo tres formas distintas, que son: *el sentimiento del Bien supremo*, de la *Verdad universal* y de la *Belleza absoluta*. Pues la idea *única* del Ser Supremo, hija de la luz divina y madre de la ciencia humana, se descompone, por decirlo así, en el espíritu del hombre en tres ideas principales, correspondientes á la triple manifestación de Dios en sí mismo y fuera de sí. Estas tres ideas, idénticas entre sí por la unidad del infinito que representan, son distintas la una de la otra, en atención á las diversas relaciones en que expresan su objeto. Lo mismo podemos decir con respecto á los sentimientos que despiertan en nosotros, por los cuales nos hacemos capaces de gustar y de

apreciar el bien, la verdad y la belleza en los seres de la creación. La humana naturaleza, pues, tiende al infinito.

Esta tendencia hacia el infinito es un continuo aguijón que nos guía á la perfección humana. Pero ¿cómo alcanzar esta perfección? El Salmista lo ha dicho: que el hombre que no se detiene, sino que se apresura á caminar continuamente, enriquecese de méritos, crece de virtud en virtud, será perfeccionado por la gracia divina, y el Dios de Sión, que es el infinito, se le revelará, y en esta revelación será eternamente feliz (1).

No creáis ¡oh jóvenes! que el camino de la perfección es escabroso ó imposible de recorrer. El medio es fácil, y basta creer, pero creer eficazmente. No consiste la perfección en muchas, ni singulares, ni extraordinarias cosas; sino en las ordinarias, en las que son propias de nuestro estado y conformes con el destino que el cielo nos tiene señalado. Esta perfección edifica, hace apreciable la virtud, conserva el orden, no despierta el orgullo, aleja la vanidad; mas para alcanzar este fin se requieren algunas condiciones; lo enseñó Cristo, que *todas las cosas hizo bien*. Hacer bien las acciones, consiste en hacerlas con exactitud, es decir, en el tiempo determinado, en el lugar conveniente, en el modo prescrito; en hacerlas con fervor, venciendo toda repugnancia ó disgusto; en hacerlas con perseverancia, no distrayéndose, sino teniendo fijo el pensamiento, porque sólo á los perseverantes se les dará la recompensa. No es esto solo. La vida y el alma de nuestras acciones es el fin que en ellas nos proponemos, que no es otra cosa que la consecución del infinito. Obrar por genialidad, por capricho, por costumbre, por respeto humano, por ostentación, por interés, es lo mismo que perder de vista á Dios. Si el hombre viene de Dios, y á Dios ha de volver, sus acciones, como otros tantos radios de círculo, deben dirigirse á Dios, como á su centro. Está escrito que la sabiduría conduce al hombre justo por caminos rectos (2), pero tiene de continuo fija su vista en el reino de Dios.

(1) Ps. 83.

(2) Ps. 126.

Vosotros, mis queridos jóvenes, os engañáis si pensáis que podéis hacer el bien y alcanzar vuestra perfección con solas vuestras fuerzas. Si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente vela el que la guarda (1); si creéis estar fuertes en vuestros propósitos, caeréis; pues son muchos los enemigos interiores y exteriores que rodean á la juventud. Un solo asalto de ellos puede echar por tierra los fundamentos de una casa edificada con fuertes sillares, y el soplo de una violenta pasión puede reducir á la nada la constancia de la virtud. Sin Dios nada puede hacerse; sin Dios no hay consejo que pueda ayudar, ni ayuda que sea útil, ni remedio que sea duradero. El joven, á fin de conseguir su perfección, debe acercarse al trono de la gracia, no con tímido corazón, sino con libertad de espíritu y confianza santa, á fin de obtener misericordia y recibir socorros siempre oportunos, porque siempre son necesarios. Este era el consejo de San Pablo á los Colosenses (2), cuando les recomendaba, no sólo la frecuencia, sino la constante firmeza de ánimo en pedir.

Dios da á quien pide; pero como la juventud, por ligereza de carácter, es inclinada al ocio, debe unir á la súplica el trabajo de la vida para conseguir la perfección. Escrito está que donde hay trabajo hay virtud, pues en el trabajo se encierra un misterio grave y profundo, siendo un medio de educación fundamental. El trabajo es escuela de parsimonia y de templanza, aplacando las tempestades de la imaginación, disipando las vanas ilusiones, cultivando la atención y acostumbrando al orden, á la perseverancia y á la precisión. El trabajo sujeta con saludable freno aquellos deseos que no pueden ser refrenados por la razón, y establece la paz interna, el equilibrio de las facultades y de la salud del alma. El trabajo es escuela de paciencia; nos recuerda lo que debemos á los demás; nos enseña que la vida humana es una prueba y una preparación para altos destinos. No suceda, mis queridos jóvenes, que, siguiendo los ejemplos y las insinuaciones de los ociosos, os abandonéis á su mala costumbre. El ocio condujo á la idolatría al más sabio de los reyes,

(1) Sap., x.

(2) Cclos., iv, 2.

y al adulterio á David. No es, pues, de maravillar si una gran parte de la juventud de nuestros tiempos, como enojada de la vida y pasando largas horas en vergonzosas reuniones, pierde la religión y la fe, y se sumerge en la voluptuosidad más abyecta y repugnante.

Pero, á pesar de una constante laboriosidad y una fervorosa oración, no es imposible que la naturaleza, debilitada por el pecado original, sea arrastrada alguna vez á culpables extráños que interrumpen el camino de la perfección. Si eres hombre y no Dios, escribía Gersón en su precioso libro de *La imitación de Cristo*; si eres carne y no ángel, ¿cómo podrás permanecer en un mismo estado de virtud, cosa que no pudo hacer el ángel, ni el primer hombre en el Paraíso, donde no permaneció por largo tiempo? Mas si por desgracia habéis caído, levantaos pronto para que Dios os alargue la mano; si os despierta el grito de la conciencia turbada, presentaos al sacerdote con la humildad del arrepentimiento, y él lavará vuestra culpa en la sangre del divino Cordero. Si tardáis, debéis temer que una nueva culpa, sin advertirlo, os conduzca á un camino de peligros, del cual acaso no podréis salir. Sí, mis queridos jóvenes; las recaídas son nuevas heridas que aumentan la llaga abierta por la herida precedente, y no tenéis más remedio para su cura que la oración, los Sacramentos y una gran fuerza de voluntad para volver al camino de la perfección.

ARTÍCULO 2.º

El sentimiento de la propia dignidad.

SUMARIO: Del sentimiento de la propia dignidad. — Es necesaria la conducta exterior para conservarle. — Las amistades. — Las lecturas. — Las diversiones.

Uno de los medios que debe emplear el joven para cumplir con el deber que tiene de caminar á la perfección, como quiere Dios y la razón se lo prescribe, es sentir su propia dignidad, no practicando acciones que lo degraden. Adquiriendo el hombre la conciencia de sí mismo, debe gobernar su persona, pues siente en sí un principio

activo, una fuerza propia capaz de dirigir sus actos; pero el hombre, como ser libre, está sometido, como todos los demás seres, á leyes, de las cuales no puede sustraerse. Los seres físicos guardan la ley sin conocerla y sin poderla violar; el ser moral conoce su ley, siente la obligación que le liga á ella, y por consiguiente tiene el deber de emplear su inteligencia y voluntad en seguirla, y del cumplimiento de este deber nace precisamente la dignidad personal.

El joven que siente la propia dignidad, debe conservarla, no sólo en sus actos internos, sino también en todo su exterior, con una moral que á todos demuestre que es hijo de Dios. Un alma noble y un corazón puro prueban una cierta estima de sí mismo para no degradarse y para hacerse estimar y respetar de los demás. Es éste un sentimiento que en el trato civil nos proporciona una posición estimable y nos constituye en estado de obrar con edificación. Pero ¡ay de vosotros, oh jóvenes, si esta estima os exaltase, degenerando en un orgullo y una vanidad que os hiciera presuntuosos! Seríais insoportables á vuestros semejantes, y acaso también ridículos. El talento, la ciencia y todo lo que influye en haceros útiles á la sociedad deben ir acompañados de la humildad, virtud predicada por Jesucristo y fruto de una gracia eficaz y de una modestia que, unida al ingenio y al mérito, nos hace amables á cuantos nos observan.

Mas para no perder este continente digno, dulce y modesto, póngase el joven en guardia á fin de no caer en brazos de aquellas amistades que, á manera de serpientes, infunden en el alma el veneno que produce la muerte. Los amigos de esta clase empiezan por secundar los principios de un joven religioso y virtuoso; después le seducen con un ideal que anonada sus sentidos; pero todavía no corrompen su corazón; le conducen después á aquellas reuniones en que la burla, las palabras indecentes y el ridículo sobre las cosas santas son la profesión de aquellos desgraciados, y acaban por corromper sus costumbres y hacerle perder la fe. Entonces el sentimiento de la dignidad personal desaparece del alma de un joven que antes era piadoso, y la marcha hacia la perfección queda cortada para siempre. ¡Oh! si es cierto que la amistad entre personas virtuosas y sinceras, pero cristianas, es santa y divi-

na, también lo es que se encuentra muy raramente un amigo. El mundo ha encontrado el secreto de corromperlo todo, y ha pervertido aquel poderoso aliciente que arrastra al hombre hacia los que simpatizan vivamente con sus sentimientos y sus ideas. ¡Cuántas personas esconden bajo el velo de la simpatía designios perversos ó el puñal de la traición! ¡Cuánta perfidia se cubre muchas veces con la máscara de una graciosa y complaciente sonrisa! ¡Oh jóvenes! si el cristianismo ha sabido daros principios sólidos de virtud, no descubráis jamás los secretos de vuestra alma á las superficiales simpatías de una frívola y pasajera amistad. Antes de confiaros á un amigo, aseguraos bien de su fe religiosa, de su inteligencia y de la invencible firmeza de su carácter. Si observáis que no os adula en vuestros errores, que combate vuestros defectos, que ama en vosotros las dotes de una recta inteligencia y los sentimientos religiosos de vuestro corazón, tendedle la mano, porque no os asiréis á una caña que doblega el viento. Las almas privilegiadas que tienen lágrimas para el dolor, palabras de consuelo para la desgracia, advertencias severas para la culpa, son almas dignas de la simpatía de un joven cristiano que desea caminar á la perfección.

¿Y cómo conseguir esta perfección si un amigo seductor pone en manos de un joven libros en que se adulan las pasiones más viles, se condena á muerte el pudor, se escarnece la virtud y se conducen los corazones á la depravación? Juzgo que no serían tan temibles en las manos de los niños los venenos, los puñales y las armas de fuego, como en las de un joven los libros llenos de galanteos é intrigas amorosas. Pero no es esto solo. Un joven salido de la escuela cristiana para consagrarse á las ciencias, encuentra muchos libros en que no se emplean para el raciocinio otras armas que el sofisma. ¡Dios preserve á la moderna juventud de los sabios sin virtud y de los filósofos sin conciencia! Los escritos de estos hombres la conducirán al borde del abismo para precipitar sus inteligencias en los más espantables errores. ¡Plegue á Dios que los jóvenes arrojen lejos de sí estas infernales producciones de la impiedad, estos imprudentes predicadores del deísmo, del ateísmo y del racionalismo; estos enemigos de los hombres, de los gobiernos, del bien público

y de la paz doméstica! Busque el joven los progresos de la ciencia, pero de aquella ciencia en que el estudio de la naturaleza no mata el estudio del alma, el conocimiento del mundo no oculta el conocimiento de Dios, y la materia no sofoca al espíritu. Conságrese á las buenas letras, pero reciba sus inspiraciones de aquellos clásicos que pueden formar hombres de espíritu grave, alto, magnánimo, y seguramente cristiano. Tenga con preferencia vueltos sus ojos á las sagradas páginas de la Biblia y á los cánticos de Dante, y sentirá aquellas sublimes bellezas de la palabra inspirada y aquellos magníficos sentimientos del poeta acerca de la razón y de la fe, los cuales le conducirán, como por la mano, al fin que debe proponerse en su perfección.

Con lo que he dicho no he tenido intención de encerrar al joven en una vida solitaria, apartándole de todo recreo del espíritu y descanso del cuerpo. Condeno aquellas diversiones que precipitan en los desórdenes, en la disipación y en el sensualismo. Las diversiones en la vida deben ser como la sal en los alimentos: mucha, los hace insufribles; poca, insípidos. La verdadera sabiduría puede dar la medida de los placeres y de las diversiones, y hacerlos puros y durables, contribuyendo de esta manera á alcanzar la perfección. ¡Ay de vosotros, jóvenes, si prestáis oídos á la doctrina del racionalismo, que, pintándoos con amargo desdén la profunda austeridad del Evangelio, os ofrece la copa impura de Babilonia! ¡Cuántas almas jóvenes y sin experiencia han visto destruido todo su porvenir en este sendero cenagoso, seducidas por un sueño pasajero, y han corrido por él hasta la tumba! Mil veces he seguido con triste mirada á algunos marineros que, alegres sobre una nave, se preparaban á emprender un largo viaje sobre el infiel y proceloso mar. Acariciaban la risueña idea de visitar nuevos países, conocer nuevas costumbres y hacerse ricos con nuevo comercio. Pero no pensaban en la inconstancia de las olas, en los peligros de los escollos, en la terrible desgracia de perder la vida sepultados en las ondas. Después he seguido con el pensamiento sobre las olas tempestuosas del mundo á los jóvenes corazones que, con la sonrisa en los labios, hacen su entrada en la vida. También éstos

pensaban entre sí coronar su frente de rosas y pasar alegremente aquellos años que el mismo Horacio llamaba fugitivos. Si ahora pudiera yo preguntarles lo que hicieron en aquel tiempo, qué verdades adquirieron, qué servicios prestaron á la religión y á la patria, qué virtud prepararon para los días de la vejez, ¿qué me podrían contestar? Por ellos me responderá San Agustín en el libro II de las *Confesiones*, capítulos II y III, confesando sus intemperancias y sus dolores.

¿Queréis, amados jóvenes, dirigiros á la perfección? Conservad el sentimiento de vuestra dignidad; sea siempre moral vuestra conducta; estén vuestras amistades fundadas en la caridad cristiana; sean vuestras lecturas útiles y buenas, y vuestras diversiones legítimas y honestas.

ARTÍCULO 3.º

El ejercicio de la virtud.

SUMARIO: La justicia.—La prudencia.—De qué manera degenera ésta en vicio.—La templanza.—Los ayunos de la Iglesia.—La pureza cristiana.—El sensualismo.—La fortaleza.

Si el alcanzar la perfección el hombre consiste en avanzar de virtud en virtud, como queda dicho, necesario es que el joven que entra en el mundo conozca y practique por lo menos aquellas cuatro virtudes principales, de que se derivan las demás, y que han sido consideradas por todos los sabios como *bienes divinos*.

Entre éstos ocupa el primer lugar la justicia, que tiene por fórmula estas solemnes palabras: *á cada uno su derecho*. No hablo aquí en términos filosóficos ó jurídicos. Ruego al joven que tenga presentes en su espíritu á todas horas las palabras que resuenan en su corazón: *Trata á los demás como quieres que te traten á ti: no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti*. Estos principios eternos, generales, positivos, no están sujetos á convenciones humanas; pero tan luego como entre el joven en sociedad, encontrará hombres pervertidos por el error ó de malas inclinaciones, que lo

olvidan, y verá hombres de mala conducta en este punto, que andan con la cabeza erguida insultando á la religión y la virtud. No se inspire en los ejemplos de éstos, sino siga constante en todas sus acciones lo lícito y lo honesto. Sí, mis queridos jóvenes; si ambiciones internas ó insinuaciones exteriores os incitasen á cometer acciones injustas é ilícitas, pensad que de hacerlo tendréis amargos remordimientos, porque el sentimiento de la justicia emana en vuestro corazón de Dios; pensad que hay también una justicia humana que fulmina contra la ambición de César, que maldice la tiranía de Nerón, que condena la política de Tiberio; pensad, en fin, que cuando concluya el tiempo y se hayan de abrir las puertas de la eternidad, Dios borraré del libro de los vivos á los que durante su vida hubieran postergado la religión, el deber y el honor.

También hay otra virtud que el joven cristiano debe considerar como su guía celestial en esta tierra de peregrinación; ésta es la prudencia: Dios dió al hombre esta virtud para gobernar las pasiones que le agitan y trabajan de varias maneras, y para evitar sus efectos. La razón y la experiencia vienen en su auxilio, y con estos medios puede el hombre calcular la decencia, el decoro, el honor ó el desdoro que puede provenir de sus acciones. De este modo puede evitar el mal y abrazar sabiamente el bien. Abrid, mis queridos jóvenes, la historia, y veréis que el Espíritu Santo en los sagrados libros no se desdenó de elogiar al Senado romano, que en los tiempos de la república conservó, por medio de la prudencia, la frugalidad, el amor al trabajo, el odio al fraude, aun en guerra, y la censura severa de las costumbres. Aprended de aquí cuánto debéis amar el ejercicio de la virtud, que por su parte puede guiarnos á la perfección.

La prudencia, que en los hombres de bien es origen de acciones generosas y benéficas á la sociedad civil y á los particulares, en los perversos y soberbios degenera en vicio. Vosotros ¡oh jóvenes! oiréis algún hombre que blasona de practicar esta virtud, mientras con insaciable ansia amontona riquezas, y cierra su corazón al pobre, á la viuda y al huérfano. Esta es avaricia, no prudencia. Observaréis que hay quien procura por medios ilícitos alcanzar empleos,

honores, ganancias, mientras huella sin remordimiento cuanto se opone á sus desmedidos designios. Esta es ambición, no prudencia. Hallaréis quien reduce todos sus pensamientos al ámbito de su propia morada, y no se cuida de la utilidad ni de la honra de la patria. Esta es pobreza de corazón, no prudencia. La amistad misma, sentimiento de las almas honradas y nobles, es con frecuencia corrompida y amortiguada por la falta de prudencia, ayudando al amigo en sus desórdenes por no causarle disgusto.

Es, pues, falsa prudencia callar á otro la verdad, ó no tener valor para confesar la propia religión por temor del ridículo y de la crítica. Tened entendido, mis queridos jóvenes, que las suertes humanas se volverán cada vez peores si la fe, la sabiduría y una sabia precaución no levantan el velo que esconde á los hombres la verdadera prudencia, y no alejan el fantasma que usurpa su nombre y se cubre con su manto.

Á la justicia y á la prudencia debe el joven que entra en el mundo unir aquella virtud que modera todos los deseos y cuidados de la vida. ¡Cuántos y cuán grandes atractivos le presenta la sociedad para seducirle! ¡Cuántos asaltos le preparan los malvados, que tanto abundan hoy en la tierra! ¡Ay de él, si la templanza no se encarna, por decirlo así, en su espíritu y en su cuerpo! Con el abuso de cuanto dice relación al alimento, al sueño, al ejercicio, se viene á destruir en flor la vida del hombre, apareciendo en él anticipadamente las señales de la vejez, presagios de ruina y de muerte. La templanza es madre de la salud y de la sabiduría. Los antiguos Persas, los Espartanos y los Romanos, debieron á esta virtud la actividad, el vigor y la victoria, que por tanto tiempo engrandecieron sus nombres.

Sin duda oiréis bien pronto en el mundo la voz de algunos hombres ebrios de placeres, que no piensan sino en arrastrarse de fiesta en fiesta, de espectáculo en espectáculo, de banquete en banquete, de placer en placer, con perjuicio del reposo y de la sobriedad, y gritando contra los ayunos dispuestos por la Iglesia. Para hacer callar á éstos, dejaré que hable por mí la ciencia. «Á los Sacramentos y á las oraciones, dice el Dr. Descuret, une la religión la

abstinencia ó el ayuno, como medios oportunos para modificar la violencia de las pasiones: en su profunda sabiduría los prescribe más largos y más severos precisamente en la estación en que la naturaleza empieza á cobrar nueva vida. Por lo demás, las leyes eclesiásticas acerca de la abstinencia y el ayuno fueron establecidas con el doble objeto de la higiene y de la expiación, y muestran, al mismo tiempo que la sabiduría y la prudencia del que las hizo, la ignorancia y la ligereza de aquellos llamados espíritus fuertes que las censuran». (*Medicina delle passioni*.) Vengamos á hechos. ¿En qué estado, fuera del sacerdocio y monacato, escribe el mismo autor, se encuentra tanta longevidad? No son las abstinencias y los ayunos los que acortan la vida, sino las pasiones que agitan al mundo y la intemperancia que le destruye.

Uno de los elementos de la templanza es la pureza cristiana. Bien sé yo que se reirán de estas palabras los hijos del siglo; y todos aquellos que tratan de extirpar del corazón de la juventud la inocencia y las buenas costumbres, gritarán que el gozar es una aspiración de la naturaleza humana. Convengo en ello; pero no puedo aprobar aquellos goces que pueden atraer la confusión y aun la muerte hasta en las últimas profundidades del espíritu. Lo mostraré dentro de poco; pero entretanto, sabed ¡oh jóvenes! que censurar la pureza es condenar la perfección del espíritu y el vigor del cuerpo. Pero cuando el corazón del joven es puro como en los primeros días de su infancia, la verdad entra en él como en su propio lugar, los esplendores de la fe brillan en él como la luz del sol, y las enseñanzas de la Iglesia se unen en aquella alma envolviéndola en el misterio de una virginal pureza. Mirad al semblante de un joven casto, y veréis que la belleza de aquel alma se deja ver en aquel cuerpo. Su mirada es viva y centellante, su sonrisa amable é ingenua, su palabra pura como su corazón. La gracia, la gallardía y la majestad se transparentan en todo su ser.

Dios os preserve ¡oh jóvenes! de caer en la impureza y en el sensualismo. La pura luz de la fe se haría para vosotros importuna; arrojaríais lejos de vosotros con desprecio la palabra católica. los libros católicos, la enseñanza de la Iglesia católica, y cuantas veces

concedieseis un deleite á vuestro cuerpo, condenaríais vuestro espíritu á la ignorancia. ¡Oh desventurados! en este miserable estado, en vez de sentir en vosotros el movimiento regular de la vida, la viveza y la fuerza, perderíais el rosado color que comunica la pureza, y no experimentaríais otra cosa que abatimiento, languidez y remordimientos, viendo aunarse la primera vejez de los años y la primera muerte de la vida.

Para prevenir tanto estrago, podéis, mis queridos jóvenes, valeros de aquella virtud que se ejercita obrando y resistiendo, de la que nacen los nobles designios y los firmes propósitos. La verdadera fortaleza consiste en saber gobernarse á sí mismo. Esta virtud no huye del dolor, sino que le recibe, le siente y le acepta con resignación: no se esconde ante el peligro, sino que le ve, le mide y le afronta, y en las terribles luchas de las pasiones combate con magnánima tranquilidad, y triunfa. Sin la fortaleza seréis víctimas del mundo. El sensualismo os asaltará, y quedaréis presos en sus lazos si no fijáis vuestros ojos en la bandera de la cruz, y recordáis que no debéis arrastrar por el fango vuestra dignidad personal. Os asaltarán las codiciosas ambiciones, las locas especulaciones, los sueños de fortuna, y caeréis en el egoísmo y en la injusticia, si con toda la fuerza de vuestra alma no tratáis de conquistar grandeza de corazón, severidad de carácter y elevación de sentimientos. Os asaltará la irreligión, y seréis arrastrados al más tumultuoso escepticismo si no os atrevéis á profesar á la luz del día la verdad depositada en vuestra cristiana familia por la revelación del divino Verbo y por su Santa Iglesia. No vivimos en aquellos días en que se probaba con sangrientas persecuciones la constancia de los generosos soldados de Cristo. No: la tiranía no puede hoy, sin provocar solemnes protestas, atar con unas mismas cadenas los cuerpos y los espíritus. Los asaltos á vuestra fe vendrán del racionalismo, del ridículo y del insulto. Tenéis, pues, necesidad de ciencia para combatir al primero; de fuerza de alma para vencer á los segundos. Continúad con vuestros estudios; pero hacedlos en las obras de aquellos grandes hombres del cristianismo, que forman la más bella reunión de grandes ingenios, el más grande concurso de nobles inteligencias, la más

prodigiosa academia de ciencia, erudición y literatura que han visto los siglos. Y cuando la ciencia haya depositado en vuestro espíritu aquellas verdades que pertenecen á la vida intelectual, moral, religiosa y aun civil, sentiréis crecer en vosotros mismos el valor de ánimo, y oiréis la voz solemne del Verbo, que os dirá: no temáis, porque yo estoy con la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

ARTÍCULO 4.º

El suicidio.

SUMARIO: Instinto de la propia conservación.—Éste se opone al suicidio.—Indiferencia en las creencias religiosas.—Consecuencias del suicidio.—Suicidio indirecto.—Pensamientos de Rousseau y de Napoleón I.

¿Para qué ha dado Dios al hombre el instinto de propia conservación? No ya para que la vida sea, durante su peregrinación sobre la tierra, el bien á que debe aspirar, sino para que el cuerpo, unido al espíritu, sea el instrumento de acción intelectual y moral, y el medio para que ambos ejerciten los elementos materiales y espirituales que á su perfección conducen. Así, el cuerpo conservado sano y en un estado normal, conduce al espíritu á hacer el bien en la sociedad y á poder caminar á aquella perfección para la que Dios mismo ha criado al hombre.

¡Amados jóvenes! si una educación cristiana ha echado profundas raíces en vuestro corazón, en cualquier ocasión de la vida que hayáis de sufrir una grave prueba, no olvidéis la palabra vivificante de Cristo: *Por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos.*

El olvido de esta celestial máxima ha producido en la sociedad gravísimos males; entre ellos, el *suicidio*.

El suicidio, pues, que es la muerte *intencionada* de sí mismo, y que desventuradamente vemos multiplicarse de día en día, y del modo más espantoso, en todas las clases sociales, es un delito que trae tristísimas consecuencias para el individuo y para la sociedad.

El hombre se suicida porque su desordenada voluntad no ha sido satisfecha en sus deseos de gloria, de honores, de riquezas; se suicida por haber sido desairado en sus fanáticos amores, contrariado en sus desordenados deseos; se suicida por no haber podido soportar, por falta de resignación, los dolores y las miserias. Mas ocasionándose la muerte del cuerpo, no ha podido conseguir la del alma, que Dios ha creado inmortal.

Otros sufrimientos encuentra aún el suicida que violentamente abandona la tierra, puesto que el alma, creada para el bien, no puede encontrarlo más que en Dios, y no puede encontrarlo en Dios sino después de la expiación del mal cometido, y en la vuelta á Dios de una voluntad purificada por el arrepentimiento sincero. El racionalista moderno procurará borrar de sus libros esta terrible consecuencia; mas no podrá arrancarla de la conciencia y del sentimiento unánime del género humano. ¡Oh jóvenes! grabad en vuestra alma las grandes verdades del cristianismo; estudiad cuáles sean vuestros deberes como hombres y como ciudadanos; y debéis reconocer que la vida es un depósito de que el hombre no puede disponer sin hacerse culpable ante Dios, ante la sociedad y ante sí mismo. También los gobiernos, si quieren poner un dique al espantoso progreso del suicidio, deberán consagrar una grande atención á la educación de la juventud y á la moral pública; procurar el bien de la nación con sabias instituciones; multiplicar los recursos de la industria; favorecer el mérito, reprimir el desorden, y atender con recursos á los que sufren, para salvarlos de la desesperación. Piensen que todo hombre está obligado á prestar á los demás los deberes de la justicia y de la caridad, y recuerden que el suicidio corta una vida que, en el caso más triste de una larga enfermedad, de miseria y de acerbos dolores, puede dar ejemplos de paciencia, de resignación y de constancia.

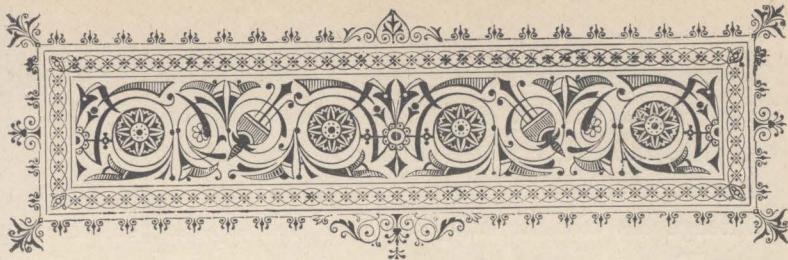
Pero hay un suicidio indirecto, del que vosotros ¡oh jóvenes! podéis haceros culpables ante Dios y ante la sociedad. Quien atentamente observe, no puede menos de encontrar un perfecto paralelismo entre los sufrimientos y las pasiones, la intemperancia y los desórdenes de los sentidos. Una muerte prematura es de ordinario triste

consecuencia de los vicios, porque los imprudentes no se aplicaron en tiempo oportuno á moderar la violencia de los deseos.

¡Amados jóvenes! oid sin desagrado las palabras de un hombre que á los más profundos estudios de medicina ha sabido unir los santos y fecundos principios del cristianismo; éste es el Dr. Descuret, ya citado. «Á más de los Sacramentos, dice este ilustre sabio, que santifican el alma, á la vez que mitigan los dolores del cuerpo, prescribe la religión el uso diario de la santa plegaria, cual poderoso escudo contra los continuos asaltos de las pasiones. No conozco medio más oportuno para alejar estos peligrosos enemigos de nuestro reposo, que la frecuente comunicación del hombre con su Criador. Á los Sacramentos y á la ferviente plegaria une también la religión la abstinencia y el ayuno. Por tal medio, abrazando la virtud, disfrutaréis con largueza de los triunfos de una voluntad que ha marchado siempre al bien y á su perfección.»

Á estas santas máximas deseo unáis los pensamientos de Rousseau y de Napoleón I. Escribía el primero: «Joven insensato! siempre que seáis tentado á suicidaros, deciros á vos mismo: hagamos antes de morir un obra buena; y muy presto os veréis obligado á buscar, cual indigente la protección, cual desventurado el consuelo, y cual oprimido el socorro. Si esta consideración te preocupa hoy, te preocupará mañana, después de mañana y por toda la vida.» Y Napoleón, sobre el escollo de Santa Elena, exclamaba: «Quitarse la vida por amor es una locura; por desgracias y reveses de fortuna, una cobardía; por haber perdido el honor, una debilidad.»

¡Quiera el cielo que estos pensamientos disipen en la juventud la fatal manía de privarse de una vida que está destinada á sufrir, pero también á merecer en el ejercicio de las virtudes religiosas y civiles!



CAPÍTULO V.

Deberes del joven para con sus semejantes.

ARTÍCULO 1.º

La palabra.

SUMARIO : La palabra es un don de Dios.—Su destino.—Bienes de la palabra.—Males que hoy causa.—Discursos obscenos y la blasfemia.—Un llamamiento á la juventud.

La palabra resume en el hombre todos los dones divinos. Pensamiento viviente y articulado, eco del pensamiento de Dios, soplo del divino Verbo. Nuestra madre la depositó, por decirlo así, en el fondo de nuestra alma, y como ángel celestial la colocó en nuestros labios con la leche de su ternura y besos de sus amores.

Es, por lo tanto, la palabra algo sagrado que se destina á educar al hombre para la verdad y virtud; para que reúna con tiernos afectos la familia, gobierne con la ley de la justicia la sociedad y difunda la ciencia en las escuelas, elevando al mismo tiempo las almas á su destino eterno en la Iglesia, transportando los corazones al trono de Dios y esparciendo por doquier el consuelo de la vida y la esperanza del porvenir.

La lengua se ha dado al hombre para que con el amor estreche

á la familia; con la mansedumbre sufra los defectos de sus semejantes; con la caridad corrija ajenos vicios; con la prudencia devuelva la amistad; con la honradez termine sus contratos; con el sentimiento religioso respete las cosas más sagradas; con la pureza mantenga las costumbres, y con la lealtad exprese pensamientos justos. De esta manera es posible la sociedad y la familia; sólo así será imperecedera una nación formada de hombres observantes de la justicia y santidad.

Pero volved la vista, mis buenos jóvenes, á la condición actual de las sociedades. ¡Qué espectáculo tan doloroso ofrecen tantos males producidos con la palabra! ¡Cuánto ha influido en la depravación de las costumbres sociales! En ocasiones vivimos estrechamente unidos con otras personas, habiendo la lengua separado y dividido nuestras almas. Ella ha llevado su maléfico germen al seno de los parlamentos, á los municipios, á las ciudades, á las escuelas, y, por último, á la misma familia. Descubre la paja en el ojo de nuestro hermano, sin observar la viga en el nuestro; con doblez indigna alaba en presencia mientras lacera y muerde por la espalda; y enemiga de la paz, dulzura y honradez cristiana, sacrifica los lazos de la amistad más sagrada en aras de la venganza y del odio.

Observad, mis queridos jóvenes, cómo una baja envidia, ofendida del talento y prosperidad ajenos, zahiere con sangrienta crítica, y con disfrazado rencor derrama con la palabra la oculta amargura del corazón. Entre literatos y sabios, en quienes la palabra debiera ser una potencia para esparcir en la muchedumbre lo bueno y lo verdadero, es de ordinario arma de mutua ofensa, veneno que mata los gérmenes de la virtud en el corazón de los pueblos. En el trato social es muy frecuente el uso de palabras equívocas, alusiones y deshonestas metáforas. La murmuración y la calumnia no son cosa rara en las costumbres y tratos de hombres de condición civil; como si no pudiera recrearse el espíritu agradablemente sin pasar revista por los defectos de los demás, ya exagerando, ya fingiendo aventuras hasta de personas de probidad notoria.

Pero lo que más contrista es su tendencia á destruir los fundamentos de la sociedad, á desarraigar de las almas el conocimiento

de los grandes principios y leyes sobre que se asientan los elementos de la vida intelectual y moral. El sacerdote es hoy objeto del ridículo de doctos sin conciencia y de literatos sin principios, peste de los pueblos y azote de nuestros tiempos; la verdad, á la que nuestros padres sometieron el entendimiento y fueron por lo mismo grandes, se halla destruída por el escepticismo, privado de fe, de creencias y convencimiento; la humilde doctrina de Cristo se ha substituído con una artera doctrina, ruina del corazón, de la conciencia y de los sentidos; espantosa ruina de las inteligencias, aturridas con miles de sistemas.

Mas no es esto todo. Inspirado el pueblo con tan tristes ejemplos y pervertido con las máximas lisonjeras de su pasión, presta su cooperación á la obra devastadora. ¿Qué son esos obscenos cantos que en el silencio de la noche resuenan en las calles, sino frutos de doctrinas deletéreas y de depravación de costumbres? Grande es el número de estas canciones que el vulgo ha compuesto con palabras tan asquerosas y feas, que deben sonrojar á toda persona honesta. Entretanto los jóvenes de la plebe aprenden parte de estas canciones, y con malicia insidiosa se las cantan á las doncellas, que beben inadvertidamente el fatal veneno. Pues esta es una generación desdichada que arroja la flor de los años en el fango de la tierra, haciéndose inútil para ser en la edad madura el sostén y ejemplo de la patria. Porque siendo la civilización una nueva expansión de la vitalidad ó un perfeccionamiento siempre creciente de un pueblo, en los expuestos hechos sólo vemos un síntoma siempre alarmante de decadencia social.

¿Y qué diremos de las conversaciones torpes y de la blasfemia, que diariamente va extendiéndose en las ciudades, en las pequeñas poblaciones y hasta en los campos? Lo primero es indigno de un pueblo culto; lo segundo rebaja al hombre al nivel de los brutos, que ignoran la existencia de la divinidad, de sus atributos y derechos. Es verdad que la blasfemia, como toda palabra irreverente contra Dios, no llega al cielo hasta el punto de que ultraje la majestad omnipotente del Eterno; pero es no menos cierto que viene á caer sobre el pueblo, infiltrándose en sus entrañas, para quemarlo

y devorarlo. No lejos de nosotros hay de ello ejemplos tristísimos.

En el siglo pasado la blasfemia se enseñoreó de Francia; se insultó y se motejó á Cristo, á la Virgen, á la Iglesia. De los filósofos, académicos y magistrados, pasó á invadir el santuario doméstico, produciendo las palabras impías los más funestos efectos, y la patria de la virtud y de la ciencia degeneró bien pronto en el reinado del terror con el triunfo de lo monstruoso. Ya lo había dicho el Señor: los pueblos que violan el segundo de mis preceptos escritos en las tablas de piedra, han caído en la fosa que habían preparado para hacerme perecer, cayendo su pie en el lazo que me habían tendido.

Ved por qué todo legislador que procura sostener el decoro y la vida de su nación, escribe en sus códigos penas gravísimas para castigar la blasfemia. Moisés estableció *que el que blasfemase el nombre del Señor, sea condenado á muerte; lo apedreará todo el pueblo, sea ciudadano ó forastero* (1). Justiniano, en su antigua legislación, castigaba la blasfemia con pena de azotes y mutilación de la lengua. Y no porque en los modernos códigos no se halle semejante pena aparece menos grave la culpa de la blasfemia ante un Dios ultrajado, ante la razón y el creciente progreso humano.

¿Y cuál será el porvenir de nuestra nación, si los pueblos continúan escarneciendo lo más sagrado y ridiculizando los celestiales consuelos y las instituciones patrias? Tiemblo al pensarlo, y llamo la atención de la juventud estudiosa, que en su día ejercerá los poderes públicos, á que medite sobre estos males; porque pueden ser destinados á servir de parricidas de la patria. Piense que las instituciones de un país cambian con el curso de los tiempos; que la verdad y la religión son inmutables y eternas, y que los verdugos del alma son más infames y abominables que los del cuerpo.

Sí, mis queridos jóvenes; acostumbraos con tiempo á sentir vuestra dignidad; que vuestra palabra sea cual conviene á vuestro ser, el cual debe dirigirse á su perfección moral; palabras de respeto y de amor; palabras de conciliación y de paz; palabras de verdad y de bien; palabras de virtud religiosa y civil.

(1) Lev., XXIV, 16.

ARTÍCULO 2.º

El duelo.

SUMARIO: La ley de la justicia prohíbe matar.— La legítima defensa es un derecho.— El duelo no puede considerarse como defensa legítima.—Facilidad con que se lleva á cabo.— Causas ridículas que lo provocan.— Razones para oponerse.— Recomendación á la juventud.— Pensamiento de Rousseau.

La ley de la justicia, fundada en la del amor, de lo que cada uno debe á su semejante, prohíbe matar y dañar directa ó indirectamente el cuerpo de otro, pues la destrucción del cuerpo es lo mismo que poner término al perfeccionamiento del alma, impidiendo que cumpla sus destinos en la tierra, y poner obstáculos á la ejecución de la voluntad providencial sobre el hombre.

Pero la misma ley de la conservación autoriza á la defensa de injusta agresión contra la libertad, dignidad propia y la vida, desde el momento en que el hombre se ve obligado á rechazar la fuerza con la fuerza. Mas aunque en tal caso el derecho está siempre de parte de la necesidad, se debe, no obstante, salvar la vida del agresor, mientras sea posible su conservación.

Pero el duelo no es una legítima defensa; es un atentado contra la vida del hombre, y un delito. Esto es tan cierto, que en todas las legislaciones está prohibido. Su origen histórico se encuentra en la barbarie, sostenido en la imperfecta noción del valor, y alimentado por la superstición. Sin embargo, en nuestros días de consumada civilización ha venido á ser tan frecuente, que hace temer una vuelta á la barbarie.

Las razones que lo provocan no pueden ser más ridículas: una palabra involuntariamente injuriosa, una mirada de desprecio, un empujón poco atento, una pasión contrariada: tales suelen ser los motivos que dan lugar á los duelos, desolación y ruina de las familias. Aun conviniendo que debe cederse á la opinión pública, que reclama la defensa del honor, si se reflexiona, no puede menos de comprenderse la imposibilidad que hay de defender el honor con un

acto de suyo injusto. Examinar el duelo como acción gloriosa, es grande inmoralidad y error deplorable.

Si los hombres apreciaran la razón y la virtud, pronto reconocerían que el duelo es delito de lesa sociedad. La primera condición de todo estado social es que la existencia y derechos individuales sean protegidos por la ley y por la fuerza pública. Mas dos individuos que se provocan para terminar una cuestión ó vengar una injuria, se ponen voluntariamente fuera de la ley, ultrajan la autoridad establecida, atentan á la dignidad social, desprecian las leyes, y creyendo recobrar su natural independencia, vuelven á un estado salvaje, en el cual el cuidado de su propia conservación sólo depende de ellos mismos.

¿Y qué relación puede existir entre la verdad, la justicia y el honor verdadero, y la fuerza corporal, destreza en el manejo de las armas y azar del combate? Porque un individuo tenga de su parte la razón, ¿acaso es motivo para matar ó hacer matar á su adversario? Y aun partiendo del agravio, ¿podrá demostrarse de quién es la razón por la muerte del adversario? Este breve razonamiento basta para probar el absurdo del duelo, en el cual la equidad se coloca en la punta de una espada. Pues constituido por este medio el derecho en la fuerza, la moral, la razón y la civilización quedan destruidas.

Mis queridos jóvenes, no os dejéis seducir por las teorías de los actuales tiempos, si no queréis caer en un precipicio, del que saldríais con dificultad. No os entretengáis en largos coloquios con compañeros cuya fe, costumbres y caridad están vendidas. Tened entendido que los duelos tienen su origen en el orgullo, vanidad y falta de aquella cristiana educación que se funda en la humildad. El hombre honrado obedece á la religión, que prohíbe volver mal por mal, y que manda amar á los que nos odian.

Si vosotros, mis queridos jóvenes, leéis el libro de la humanidad, encontraréis páginas enteras de divisiones, servidumbres, odios y asesinatos. Mas leed el gran código del Evangelio de Cristo, y hallaréis páginas llenas de amor, de perdón y de paz. Este es el libro en que debéis inspiraros, y que yo os recomiendo. Animados de esta

inspiración, no temáis al duelo, porque vuestro corazón será manso, humilde, amoroso y perfecto. Leed libros inspirados en estos principios, pues en ellos encontraréis máximas que os alejarán del duelo. El mismo Rousseau escribía: pienso que el duelo es el último grado de brutalidad á que puede llegar el hombre. El que sin remordimiento va á batirse hasta con cierta satisfacción, es, á mi ver, una bestia salvaje que se abalanza para desgarrar á la primera presa que encuentre. ¿Quién podrá compadecer al vencido? ¿quién estimar al vencedor? Los duelistas, decía Bacon de Verulamio, deben señalarse con infamia.

ARTÍCULO 3.º

La caridad.

SUMARIO: Palabras de San Juan.—El paganismo sintió su influencia.—Nuestros tiempos la han olvidado.—Exhortación á la juventud para que excite la memoria con las obras.—La caridad debe gobernar la tierra.

Un vivísimo sentimiento de consuelo y esperanza he experimentado siempre con la lectura de San Jerónimo, de la narración de los últimos momentos del apóstol San Juan, discípulo amado de Jesús.

La caridad, dice el santo Doctor, era el solo pensamiento, el único discurso del extático de Patmos. Reducido por su extremada vejez á no poder acudir á las reuniones de los cristianos, se hacía conducir á ellas, y allí no cesaba de repetir estas palabras: *Hijos míos, amaos los unos á los otros.* Y como sus discípulos desearan que les dijera más, el santo viejo volvía siempre al mismo tema: *Amaos los unos á los otros. Este es el precepto del Señor, y si lo cumplís, no hace falta más.*

Y antes de morir pudo ver el santo Apóstol que la caridad comenzaba á transformar un mundo que lo insultaba persiguiéndole. El mismo paganismo sentía su influencia, pues los filósofos, escritores y oradores de aquel siglo llegaron á conocer que el amor del hombre por el hombre penetraba en su espíritu. Séneca habla de

amar al genero humano como lo habría amado San Pablo. Epicteto preconizó la vasta y primitiva unidad de todos los hombres en una familia, de la que Dios era el padre. El áspero genio de Juvenal se suaviza demostrando que el alma se ha dado para poder amarse mucho los unos á los otros. Y con la palabra *amar* se produce una revolución en las costumbres. La venganza, que era el placer de las almas grandes, es considerada por el poeta como pasión de corazones débiles y mezquinos espíritus. En el orden social, el esclavo vino á ser libre. Se piensa en los obreros, y se honra el trabajo. Se celebra la honestidad conyugal, y los príncipes se ocupan de abrir asilo á los pobres, á los niños abandonados, á los huérfanos, ancianos, sordo-mudos, y en general para toda desventura.

¡Ah! son muy admirables los efectos que la caridad produce en el mundo. Pero al ver que en nuestros días el egoísmo ha penetrado en la ciencia y en las letras, en el arte, en la industria, en la economía y en la política, destruyendo lo más sagrado de la vida humana, preciso es confesar con dolor que la caridad, cual la Astrea de la fábula, ha dejado la tierra para trasladarse á los cielos. ¿Cabe, pues, decir que la caridad sea la reguladora de los corazones, fecundadora del bien y de la paz, viendo el cuchillo fratricida vertiendo tanta sangre, guerras destructoras inmolando tantas víctimas á la ambición, y siendo el oro el rey de los hombres, término de su carrera y suma de todos sus honores?

Mis queridos jóvenes: siendo vosotros la esperanza del porvenir, sed fuertes en los principios de aquella religión que desde vuestros primeros años os reveló cuanto hay de más puro, noble y sublime, y sentiréis entonces cómo la caridad es el vínculo que reúne en Dios y en una sola familia á todos los hombres, despertando el espíritu de beneficencia y de sacrificio. No prestéis atención á los que pretenden sustituir la palabra *caridad* con la de *filantropía*, llamándose *filántropos* algunos modernos pensadores, para dispensarse de los deberes de caridad, que es Dios que ama y obra en el hombre, olvidándose éste á sí mismo para consagrarse al bien de los demás. Esta es vuestra misión. La caridad cristiana os conducirá á encontrar alivio para todo dolor, bálsamo para toda herida y consuelo

para toda desventura; y con los milagros del sacrificio sabréis destruir el egoísmo del fondo del corazón humano.

Sí; la caridad debe gobernar el mundo, á fin de que el mundo sea imagen del Paraíso; y el apóstol San Juan la considera como el compendio del Evangelio en aquellas palabras: *Amaos los unos á los otros*, aprendidas de Cristo. Ha demostrado también que la caridad es la luz, cuando dice: *Aquel que pretenda ser iluminado, y odia á su hermano, está siempre en tinieblas*. Que es la justicia, en estas otras: *Sepamos que fuimos transportados de la muerte á la vida, para que amemos á nuestros hermanos*. Que es, en fin, el valor mismo, ofreciendo como ejemplo la intrepidez de la virtud; porque no cabe temor en el amor, y el amor verdadero nada teme; el temor revela imperfecta caridad.

Siendo ésta la verdadera ley moral, ley del progreso y ley del porvenir, hagamos porque los pueblos caminen en el orden y en la paz. Insinuémosla, por consiguiente, en los corazones; inoculémosla en las costumbres; escribámosla en los códigos y leyes; pero no la mutilamos desnaturalizándola, separando la caridad para el hombre de la de Dios: no prediquemos una estéril fraternidad humana, separándola de la paternidad divina, que es el tronco del árbol de la vida. No aislemos á capricho la ley de la religión de la de la sociedad, sino preparemos con solicitud la unión de las almas en la tierra, de tal manera, que viva en armonía con el alma que vive inmortal en la esfera celeste.

Entonces veremos que la tierra se dirige al cielo, reinando en ella la paz, la alegría y la felicidad de la familia, que tiende á salvarse más bien que á destruirse, y transformado el mundo por la caridad hacia Dios, que es principio y fin del amor.

ARTÍCULO 4.º

El respeto.

SUMARIO: El respeto se deriva de la caridad.—Dios es la causa uel respeto debido á las cosas creadas.—Hemos perdido su imagen sobre los hombres y cosas.—Á la presente joven generación corresponde restaurarlo.—Cómo debe cumplirse con este deber.

Cuando la caridad ha tomado posesión del corazón de un joven, no puede dudarse, y es natural que sienta el debido respeto á la autoridad divina y humana. Pero enfriada hoy la caridad entre los hombres, el respeto ha venido á menos, y nos lamentamos que falte del seno de la familia, del santuario de la Iglesia y de los palacios reales. Y ved por qué yo me dirijo á los jóvenes de nuestros tiempos, llamándolos á formar una generacion de hombres honrados y útiles á su patria, diciéndoles: «Aprended á respetar.»

Para desarrollar el argumento del presente artículo, debía empezarse demostrando que sólo Dios es la causa primera del respeto que se tiene á las cosas salidas de sus manos, puesto que si la imagen de Dios se oculta en los hombres, y el sello del Criador desaparece de las cosas, entonces no hay razón para que exista el respeto que trae su principio del culto de la Divina Majestad. Pero como al tratar de los deberes del joven para con Dios manifesté que, cuando se desprecia la religión establecida por Dios, todas las cosas pierden su prestigio, y ni la dignidad Real, ni las leyes, ni las instituciones, ni los hombres, ni las mismas cosas pueden alcanzar el respeto que les es debido, ahora seguiré otro camino para tratar este argumento.

Hemos olvidado la imagen de Dios en los hombres y en las cosas, y ved por qué el respeto está perdido. Lo digo con dolor que no es posible disimular: una de las llagas más sangrientas de nuestra sociedad es el creciente desprecio en la generación presente. Se insulta la divina grandeza, se lanza de la tierra el ultraje hasta lo más alto del cielo; pero entretanto, no se ve ingenio, autoridad ó

poder que provea á la restauración del respeto. Se desprecia y se celebra el insulto que elude toda represión, daña y envilece á los propios hermanos; pero entretanto, ni una voz se levanta á la defensa del honor escarnecido y del heroísmo humillado. ¿Qué más? Del desprecio de Dios y de los hombres ha aprendido el hombre á despreciarse á sí mismo. No; el hombre no siente ya su propia dignidad, y se arrastra con brutal pasión sobre el fango de la tierra. No se aprecia á sí mismo, y tiene á mucha honra descender del mono. No se avergüenza de vender su propia pluma, su ingenio propio y hasta su mismo pensamiento. No se sonroja adulando el delito, cambiando las más santas convicciones, la más pura doctrina, al viento favorable del porvenir ó al capricho de la opinión.

Mis queridos jóvenes, no os lancéis á esta degradación de la humana naturaleza; antes bien, proponeos de todo corazón vivir y especialmente crecer en la virtud. Sed fervorosos, ávidos de lo grande y bello; trabajad por fortificar en vosotros aquellos principios sobre los cuales se elevan el corazón y el entendimiento; y vuestro ejemplo puede ser ocasión para que otro restaure aquel respeto que hace amar la verdadera virtud, la generosidad desinteresada, el sacrificio heroico, desdeñando y aborreciendo todo lo vil, despreciable y bajo. Educados en la escuela del respeto, seréis modestos en vuestra misma grandeza, y con modos dulces y delicados inspiraréis á las muchedumbres sentimientos de estimación y veneración á Dios y á los hombres.

Á fin de que la juventud aprenda la manera de cumplir este deber, yo no puedo menos de invitarla á que acuda á la escuela de la religión de nuestros mayores. El catolicismo, decía un docto escritor laico, es la mejor escuela de respeto, y no puede menos de serlo. El catolicismo es la religión más angusta que hay sobre la tierra, y la que hace más patente y sensible á Dios en el espíritu humano, y Dios es el principio eterno de todo respeto, debiendo reconocer en él aquella grandeza que hace á todos los seres más ó menos respetables, al imprimir en ellos una imagen más ó menos luminosa de sí. Pero hay más: el catolicismo hace sensible á Dios en Belén, en el Calvario, sobre el altar; y después, con la voz solemne de los

himnos, ceremonias y culto, dice en el templo: aquí está Dios; arrodillaos, gentes, y respetadle presente en este lugar sagrado.

Ni el catolicismo se limita á engendrar el respeto de Dios en el templo, sino que tiende á que nazca en el creyente hacia toda dignidad jerárquica, elegida para hacer palpable á Dios en la tierra con los Sacramentos dentro y fuera del alma. Es más: el catolicismo pone á la vista del hombre el gran libro en el que el mismo Dios escribe estas palabras: *Honra á tus padres*. Y en este mismo grandioso libro le indica cuál debe ser el respeto á los encargados de su instrucción y educación, cuál el del siervo para con su señor, no sólo cuando es moderado y bueno, sino también cuando es intratable, á fin de hacer algo grato á Dios; y en general, qué sumisión y respeto deba prestarse á toda humana potestad establecida entre los hombres.

De lo dicho puede fácilmente inferirse el respeto que debe tenerse hacia aquellas santas y venerables instituciones que por la Providencia, por el tiempo y por los beneficios que han traído al mundo, fueron adornadas con una aureola de majestad y de grandeza. Mas lo que sobre todo debe cordialmente respetar y hacer respetar la juventud, es los grandes principios y sublimes verdades morales sobre los que ha de caminar la sociedad á su fin, sin los cuales se verá disuelta, dividida y perdida su grandeza. Habitúese, en fin, la juventud á respetarse á sí misma, contemplando la bella imagen de Dios impresa en su alma. Y entonces será cuando, habiendo aprendido á no degradarse con viles obras, guarde el debido respeto á Dios, á los hombres y á las mismas cosas.

ARTÍCULO 5.º

La obediencia.

SUMARIO: El sentimiento del respeto es la razón de la obediencia.—Daños que han reportado los apóstoles de la independencia á la sociedad moderna.—La naturaleza enseña al hombre la obediencia.—La obediencia es la ley de nuestra vida.—Es el perfeccionamiento de la voluntad —El ejemplo de Cristo.—Exhortación á los jóvenes.

El sentimiento del respeto es la razón de la obediencia. Mas si el respeto es un sentimiento que nace en el alma de reconocer la superioridad y grandeza de un ser, claro es que á este ser debemos someternos obedeciendo á su voluntad. La desobediencia es un desprecio. No es la obediencia una fuerza débil que cede á otra mayor, y á cuyo poder se somete, sino una voluntad inferior que libremente se une á otra superior; es, en una palabra, un libre homenaje emanado del respeto y rendimiento debidos á la autoridad legítima.

Pero ¿quién lo creyera? la independencia ha encontrado apóstoles, la obediencia detractores, y entre ellos al patriarca del moderno racionalismo, Rousseau, que enseñaba á los encargados de la educación *un arte difícil, el de gobernar sin mandar*. Estos apóstoles son hoy muy numerosos en la sociedad, agotando todo recurso para que la juventud sienta la obediencia como un yugo, y la independencia como una prerrogativa de la naturaleza humana.

Los daños que han producido estas máximas, vertidas en las almas de los jóvenes, son como un tráfago de la civilización moderna, que no es posible desconocer. Se ha puesto el cetro en manos de la juventud, y la corona en su frente; se ha despertado en su corazón el instinto de dominar, y se le ha hecho gustar la necesidad de independencia. ¿Qué ha resultado de esto en nuestros días? La juventud ha roto todos los lazos, ha destruido las barreras más santas; no ha podido soportar freno á su libertad, y haciéndose enemiga de Dios, de su Cristo y de toda autoridad doméstica y social, ha exclamado con insolencia: *Rompamos este lazo, y arrojemos lejos de nos-*

otros todo yugo. Y la tierra ha visto horrorizada echar los cimientos del reino del pensamiento libre, del socialismo y comunismo, como ideal de las generaciones venideras.

Afortunadamente, el daño de este veneno todavía no ha inficionado á toda la juventud. La educación cristiana ha salvado gran parte; y ésta, fecundados los gérmenes de virtud infundidos en su corazón, todavía puede proporcionar remedio á la sociedad enferma. Estudia y aprende en la naturaleza. Desde las alturas del firmamento á las profundidades de la tierra, todos los seres responden á Dios, y nos enseñan á obedecer. Un número infinito de soles traza su órbita señalada por Dios, y moviéndose por obediencia, saluda al Criador. El mundo sidereal canta su gloria y cumple su voluntad. Sobre la tierra, las plantas y brutos no resisten sus leyes. ¿Y el hombre? El hombre, á pesar de su libertad y de su pretendida independencia, está, como los demás seres, obligado á obedecer. Nacido con inclinación al poder, apenas recibe la luz cuando aparece inepto para gobernarse á sí mismo. Crecido en medio de la sociedad, sea cualquiera su condición, ha menester de la obediencia. Por último, el que tiene en la mano el destino de los hombres y el régimen de los pueblos, tampoco puede dejar de someterse al dictamen de la justicia divina. La obediencia ha sido impuesta á toda la naturaleza.

Y si con calma continuamos considerando el orden de las cosas, encontraremos que la obediencia es ley de la vida humana. Sometido el niño á su débil condición, tiene que dejarse conducir y gobernar por otro. Adelantado en años y en la lucha de la juventud, debe seguir los consejos y amonestaciones de la prudencia y de la experiencia, si quiere librarse de profundos y espantosos abismos. En la madurez de la vida, no es dueño el hombre de enseñorearse con tal libertad que no encuentre obstáculos; pues se encuentra ligado en un orden de cosas que, sea cualquiera su jerarquía social, le obliga á obrar de acuerdo con la voluntad ajena. Y en la vejez, ¿qué hombre podrá decir: tengo el derecho de sustraerme al imperio de la ley de la obediencia? Aumentadas sus necesidades físicas, perdida su energía moral, recibirá el homenaje de estimación y respet

de otros; pero observará que su cetro ha pasado á otra mano, y que está en el caso de invocar socorro para sus muchas necesidades físicas y morales. Si, en fin, se dirige una mirada á todos los grados de la vida social, no hallará uno que pueda respirar las libres auras de la independencia.

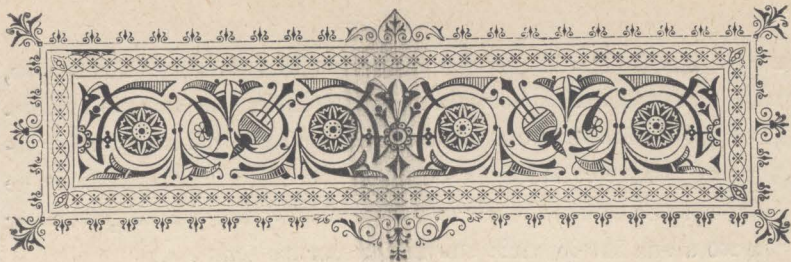
La obediencia es, por lo tanto, ley de la vida humana; pero en cambio produce el beneficio de la perfección de su voluntad. Bien sé que para muchos será envilecimiento y esclavitud; pero no es así considerándolo con la calma de la razón. La voluntad del hombre no se perfecciona siguiendo sus caprichos, fantasías é impresiones, sino con la rectitud de juicio y constancia de bien obrar. Ahora bien: el hombre, en su triple relación con Dios, familia y sociedad, ¿puede estar seguro de la rectitud de su juicio? La inexperiencia, el orgullo, las pasiones, le desviarán del recto fin, y su voluntad, ó débil ó gobernada por el error, le apartará de su ideal y hará imposible que alcance su grandeza, arrastrada hacia el polo del mal. El que obedece no es esclavo de nadie, sino soberanamente libre, porque obedeciendo libremente ejercita el más noble y sublime imperio de sí mismo. Con la obediencia conquista la voluntad, la perseverancia y la fuerza para obrar bien. Y adquirido el hábito viril de conformarse siempre con la ley y con la autoridad que la promulga, sabrá, en la lucha de la vida, conservar la energía moral que hace caminar á la voluntad en dirección al bien, á la justicia, á la verdad y á Dios. No en balde se ha escrito que el hombre obediente vence sus pasiones, domina su voluntad, triunfa de sí mismo, camina de conquista en conquista, y llega el día en que canta y celebra su victoria.

Pues si el joven cristiano dirige su pensamiento hacia aquel modelo en quien la obediencia y la autoridad se confunden en todos los misterios de su vida, se sentirá de seguro inspirado para seguir su ejemplo. Lo verá en Nazaret obedeciendo á una criatura suya durante treinta años; Hijo de Dios, obedeciendo á un hombre humilde, y con la obediencia creciendo en sabiduría y gracia á los ojos de su Eterno Padre y de los hombres. Luego lo verá con una pesada cruz obedeciendo hasta su postrer suspiro. Lo verá, por úl-

timo, glorificado en el cielo, porque había obedecido, y si por desobediencia se perdió el género humano, por la obediencia obtuvo su salvación.

Mis queridos jóvenes, no perdáis de vista tan sublime ejemplar. Conquistad, á imitación de Cristo, con la obediencia y la verdadera grandeza, el verdadero poder; y cuanto más os humilléis obedeciendo, tanto más segura será vuestra exaltación. No temáis la esclavitud siendo obedientes. La libertad sólo existe en el orden, y el orden únicamente se concibe en la obediencia á la autoridad legítima. No deis oído á los apóstoles de la independencia, que predicán una libertad que á todos niegan. Ellos quieren la libertad de su pensamiento y la opresión de cuanto se oponga á su modo de ver.

Al mal de nuestros tiempos coadyuva mucho la falta de voluntades enérgicas y caracteres varoniles, que son el nervio de las naciones, pues hasta los mismos niños han sacudido el yugo de la autoridad. Haced de la obediencia ley de vuestra vida, y vosotros mismos sentiréis la libertad, rectitud y fuerza que dispone al hombre á las grandes obras y á los grandes triunfos.



CAPÍTULO VI.

Medios para el perfeccionamiento de la juventud

ARTÍCULO 1.º

Las tres vidas.

SUMARIO: Cuáles sean las tres vidas del hombre.—La de los sentidos degrada la inteligencia.—Corrompe el corazón.—Arruina el cuerpo.—La vida de la razón es imperfecta.—Es limitada en la inteligencia.—Limitada en la potencia de obrar.—El hombre encuentra el verdadero bien en la vida sobrenatural.

Tres vidas tiene el hombre : animal, racional y sobrenatural. De la libre elección que el joven haga, depende, ó su futura grandeza, ó su degradación.

Es cierto que el hombre necesita del mundo físico para la conservación de su organismo ; pero no lo es menos que si deja predominar en él la vida sensitiva, viene á degradarse en su inteligencia, en su corazón y hasta en su mismo cuerpo.

Dispuesto está en el orden de las cosas que la inteligencia humana dirija los sentidos, obligando al cuerpo á que se someta obedientemente al espíritu, con la sumisión del esclavo á su señor. Mas este bello orden, que constituye la nobleza y grandeza humanas, se altera y destruye en los que se abandonan á la vida de los

sentidos; y á medida que el dominio de la vida animal es mayor, mayor es también la debilidad y degradación de la inteligencia. ¿Por qué en nuestros días tantos renuncian al Cristianismo? Precisamente porque es la gran escuela de los sublimes pensamientos, de los generosos sacrificios, de la doctrina elevada, que no puede dar aliento á una inteligencia subyugada por los sentidos.

¿Por ventura no ha sido creado el corazón humano por el Infinito? ¿No ha sido hecho para un amor inocente y puro? Pero cuando los placeres llaman á la puerta de su corazón, y cuando con dulces lisonjas lo acarician, meciéndole con mil encantos, suele ceder sin resistencia á las exigencias del cuerpo, y entonces sacrifica á la carne los más nobles sentimientos con las más santas inspiraciones del alma. No hay que maravillarse que de un corazón gobernado por los placeres sensuales se aleje la piedad, y que el joven que se sentía poco antes transportado de amor celestial, después se rebaje y revuelva en el fango de la tierra. Pero no es esto todo.

De ruina en ruina, la vida de los sentidos, después de haber degradado á la inteligencia y corroído el corazón, termina destruyendo el mismo cuerpo. Dirigid una mirada, jóvenes, al hombre entregado á los placeres de los sentidos, y en su desarrollo y organismo leeréis la flaqueza y languidez, que son signos ciertos de la decrepitud, presagio de la destrucción y vaticinio de la muerte. Oid el testimonio de un joven que fué víctima de un juvenil desarreglo. «Diez años contaba, dice, cuando un compañero de colegio destruyó mi candor..... Después, ¡ay, cuánto desastre! Hoy cuento diez y ocho años, y me encuentro intranquilo, insomne, privado de alegría..... Sobrevivo, merced á mi robusto temperamento; pero mis compañeros han muerto entre horribles sufrimientos.» Corramos el velo sobre este hecho, y veamos si la vida racional es la sola conveniente á la dignidad de la criatura humana.

Desde luego hay que convenir que la vida puramente racional es imperfecta é incompleta, puesto que está sometida á dos grandes necesidades, á la del conocimiento y á la de la operación: necesidades que no pueden satisfacer al hombre según sus deseos y tendencias.

Vemos los efectos, mas no siempre nos es dado conocer las cau-

sas. El mundo marcha con un orden admirable; pero han pasado muchos siglos desde que lo contempla, lo estudia, observa y discute sus fenómenos el espíritu humano, discurriendo sobre sus leyes, sin que á la fecha sea grande el número de conclusiones por él sentadas como definitivas; ¡qué profundos misterios se presentan á la mente del investigador sabio! Cuanto más se dilata el horizonte de sus conocimientos, tanto mayor son las tinieblas que se condensan en su inteligencia. ¿Quién se explica el pensamiento, la palabra, la vida? ¿Quién puede dar la razón por la que nuestro espíritu obra en el organismo? Confesamos, por lo tanto, francamente nuestra impotencia, conviniendo en que las verdades accesibles á nuestra razón son muy pocas y que la ciencia es incompleta.

¿Y cuál es nuestro poder para obrar en el orden físico y moral? Digamos, sí, que nuestro siglo es fecundo en descubrimientos; que se han multiplicado los portentos de la naturaleza con los del genio; que en alas del fuego y al soplo del vapor podemos visitar en un día los dominios del hombre; que se ha domado el rayo, haciéndole caer inofensivo á nuestros pies; pero confesemos también que á nuestro pensamiento y voluntad no siempre responden nuestras fuerzas físicas.

¿Y acaso es mayor nuestro poder en el orden moral? Nos inclinamos á descubrir la verdad y á practicar la virtud y conquistar el bien; pero ¡cuántos errores no encontramos por medio, cuántas pasiones se despiertan en el corazón paralizando nuestras obras de virtud, y cuántos falsos bienes nos ilusionan! ¿Cuáles son, pues, los goces que disfrutamos en la tierra? Ya lo hemos visto: los que procura la voluntad son abominables; los del estudio, ciencia y genio son incompletos.

Mis queridos jóvenes, salid de esta árida tierra, de estas regiones sin sol, donde la luz falta á la inteligencia y el alimento á la parte más noble de nuestro ser. Elevaos más; entrad en el mundo sobrenatural, donde la fe brilla con todos sus resplandores, la gracia da energía á la voluntad, y Dios se comunica con el alma haciéndola saborear las delicias de la bienaventuranza prometida á los que viven en Él y por Él.

ARTÍCULO 2.º

La autoridad es la ley.

SUMARIO: No se trata de exponer una teoría de la ley.—Dos cosas importantes se han establecido.—Distinción entre el poder espiritual y temporal.—Deberán ayudarse recíprocamente.—Tristes efectos de su colisión. — Libertad de conciencia.—Las leyes de las dos autoridades deben observarse.—Cómo la observancia de la ley sea un medio de perfeccionamiento moral.

No pretendo en este artículo exponer á los jóvenes estudiosos un tratado filosófico de la ley. Ellos han aprendido en el curso de sus estudios que hay una ley eterna, que tiene su raíz en Dios y se realiza en la creación; que la autoridad, la conciencia y la razón prueban la existencia de una ley natural, y que siendo ésta deficiente al individuo como á los pueblos, es necesaria una ley positiva en el orden religioso, civil y político.

En dos puntos importantes creo que debo fijar mi atención en este artículo; esto es:

1.º Dar á conocer la distinción esencial entre el poder espiritual y temporal, y cómo deben á la vez prestarse mutua ayuda.

2.º Determinar el modo de observar las leyes como medio de perfeccionamiento moral.

Cristo, que vino al mundo á establecer la verdadera libertad de las naciones y á garantizar la dignidad del hombre, nos reveló con sus palabras aquella celestial ciudad, aquella patria inmortal, distinta del mundo, que tiene su vida en el tiempo. En ella estableció una autoridad conforme con su naturaleza, y le concedió el derecho de hacer leyes propias. En ella hay aún sobre la tierra un poder espiritual distinto del temporal, con el que no puede confundirse sin daño inmenso de los pueblos y de los individuos.

Estos dos poderes, esencialmente distintos por su naturaleza, difieren también por el objeto sobre que ejercen su autoridad. La temporal se ocupa de los intereses sociales, y á ella concierne la condición civil de los hombres; mientras la espiritual penetra en la

conciencia humana, consagrándose enteramente á su dirección y perfeccionamiento, es decir, á la salvación eterna de las almas.

Mas estos dos poderes no pueden existir separados, porque ambos tienden al bien de la sociedad; ambos conspiran al bien del Estado, de la familia y de los individuos, constituyendo y asegurando la paz pública por la observancia de la justicia.

Pero mientras el poder espiritual ayuda al civil enseñando á obedecer, como dice el Apóstol, no por temor al castigo, sino por la conciencia y sentimiento del deber, la temporal debe estar grandemente interesada en favorecer y extender la influencia religiosa, medio excelente para conservar entre los hombres el respeto á las leyes, el orden y su misión. Sin esta influencia, las naciones no se gobiernan. ¡Oh! sí; grande felicidad es para una nación que exista un perfecto acuerdo entre el poder espiritual y el temporal; por el contrario, es desventura inmensa que influencia tan eficaz para mantener la paz y bienestar de un pueblo, se comprometa y destruya. Así lo prueba la historia.

Pero no recordemos hechos que han dejado en las naciones abundantes rastros de sangre; limitémonos á considerar los males que origina el abandonar á un pueblo á la libertad de conciencia.

Nadie duda que todo hombre puede pensar y creer interiormente lo que le plazca, aunque sus pensamientos y creencias sean contrarios á las leyes divinas y humanas, porque sólo Dios le ha de juzgar y castigar. Pero la libertad que tiene el hombre para pensar, ¿puede extenderse á manifestar en la prensa todo pensamiento malo ó bueno, verdadero ó falso, para que los miembros de una nación se sirvan de él como alimento, remedio ó veneno? Pues lo propio sucede con la libertad de conciencia. El que uno crea ó no interiormente, poco importa á los demás; mas cuando esta libertad se traduce al exterior, preciso es admitir para todos la libertad de profesar toda clase de religiones; y como éstas se hallarían en oposición con la religión del país, ó al menos con la de la mayoría, aceptándola ó tolerándola el Estado, autoriza ó inicia, por decirlo así, la discordia entre los ciudadanos. Guárdeme el cielo de hablar contra las leyes de mi país. Yo las respeto, suponiéndolas justas; pero no dejo de

observar que un Estado en el que se reconoce la libertad de cultos, se coloca sobre todas las religiones, juzgando á todas como buenas, usurpando así los derechos de la potestad individual. Tal vez diga el Estado que no es usurpación, sino tolerancia, y que á él le basta con que haya ciudadanos que pacíficamente observen sus leyes. Yo creo que por este camino va el Estado introduciendo lógica, moral y políticamente el desorden en el seno de la nación. Digo *lógicamente*, porque reuniendo en una sociedad todas las contradictorias opiniones de las religiones, combate la fe, que es vínculo de unión y de paz; *moralmente*, porque con este orden de cosas no es posible que entre creyentes y no creyentes exista perfecta armonía; *políticamente*, porque un gobierno que tolera todas las religiones, sin proteger ninguna, manifiesta hostilidad contra el poder espiritual, arruinando al Estado en su unidad fundamental. ¡Quiera el cielo que no sobrevengan estos males á nuestra nación, á la que célebres escritores han demostrado ser el principio católico inseparable del genio de la nación! El Estado podrá tolerar las religiones falsas donde se hallen establecidas, pero sólo amar y proteger á la verdadera. Basta con lo expuesto sobre esta cuestión que se ha presentado, y volvamos á nuestro argumento (1).

Las leyes humanas, morales, políticas y civiles, no son verdaderamente leyes ni tienen poder legítimo si no están conformes con la ley eterna, de la cual se derivan, como dice Cicerón; porque nada legítimo hace el hombre si no lo hace en nombre de Dios, su único superior natural. Ahora bien: la facultad de dar leyes se llama *soberanía*, y como en la tierra hay dos soberanías, la temporal y espiritual, así hay dos clases de leyes, la civil y religiosa.

No es difícil demostrar que las leyes religiosas obligan á los creyentes; porque debiendo guardarse la justicia, no sólo en las obras humanas, sino también en los pensamientos y deseos, conduciendo el espíritu á su perfección moral, usando medios para conseguir la

(1) Recomiendo á la juventud estudiosa, no ya la simple lectura, sino el estudio y meditación del libro de oro, escrito por el Av. Enrique Cenni, titulado: *De la Iglesia y el Estado considerados en su verdadera naturaleza*.

salvación eterna, no pueden violarlas sin hacerse reos de culpa grave, exponiéndose á que caigan sobre ellos las amenazas que Dios hace á los transgresores.

Pero las leyes civiles y políticas que regulan los tratos humanos entre sí, las leyes de la justicia distributiva y las penales, ¿obligan acaso á la conciencia de los ciudadanos? La respuesta es afirmativa, siempre que tales leyes sean honestas, conformes á la ley divina, natural y revelada, y justas en la forma y fin que se proponen. Esta obligación se halla en las mismas palabras de Cristo, cuando dice: *Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*. César es el soberano, y á la autoridad soberana debemos obediencia. César tiene un derecho, no representando la violencia, sino el poder legalmente constituído, de dar leyes, decretarlas y promulgarlas. Mas lo que en virtud de la palabra evangélica debemos dar á César, es lo que le pertenece; esto es, la obediencia al que da la ley, y por lo tanto, á la ley misma. Las palabras de San Pablo en su carta á los romanos son un comentario de las de Cristo. *El que resista al poder, resiste á la ordenación de Dios*, esto es, á lo que Él ha dispuesto. Y no sólo por temor, sino *por conciencia*. Para esclarecer más este concepto, entra el Apóstol en las leyes particulares, diciendo: es necesario observar las leyes que imponen tributos, impuestos y honores. (Rom., 13.)

La razón viene en apoyo de esta autoridad. Las leyes civiles y políticas (hablo de las justas) son expresión de las eternas, naturales y reveladas. Estas leyes obligan en conciencia; luego también las civiles y políticas participan de la virtud obligatoria de los principios de donde legítimamente se derivan.

Mis queridos jóvenes, someteos á la autoridad de la Iglesia y del Estado; obedeciendo sus leyes tendréis un medio seguro de perfeccionar moralmente vuestro espíritu. La Iglesia, con sus leyes, os conducirá de la mano desde la cuna al sepulcro á conseguir el fin de vuestra salvación, enseñándoos el camino de conservaros firmes en las virtudes morales, y el medio eficaz de dominar pronto las pasiones. y, como tierna madre, os prestará ayuda para que os levanteis de vuestra caída. Por otra parte, la soberanía temporal no puede

impedir que se cumplan dichas leyes, como tutelares que son de los derechos de los asociados, directoras de los hombres al bien común, y causa á la vez de la prosperidad de las naciones, á las que defienden de injusticias extranjeras. La violación continua de las leyes de la Iglesia conduce en primer lugar á la indiferencia en materia de religión, y después al ateísmo; á la manera que la inobservancia de las leyes del Estado conduce á los ciudadanos á la anarquía con todos sus errores.

ARTÍCULO 3.º

La razón y la gracia.

SUMARIO: Poder de la razón.—Tiene sus límites.—Puede errar.—Las pasiones la ciegan.—Necesita de una luz superior.—Esta luz es la gracia.—Sus efectos en el espíritu del hombre.—Es un don que ha de pedirse con la oración.—Condiciones de esta oración.

Grande es el privilegio de la razón. Dotado el hombre de esta nobilísima facultad, á ella debe su preeminencia entre los seres creados. Los otros animales se mueven, es verdad, pero sólo dentro del círculo de las operaciones instintivas; por el contrario, el hombre levanta al cielo su frente, estudia sus fenómenos, con el pensamiento recorre los siglos, y con su inteligencia se eleva al conocimiento de las causas, sintiéndose llamado á mejores destinos.

Sin embargo, con tanto ennoblecerlo esta facultad, no puede menos de confesar que la ciencia humana, como decía Bossuet, es deficiente en todo; pues Dios, que puso límites al mar, también los ha marcado á la humana razón. Pocos ejemplos bastan á probar esta verdad, que humilla al hombre en su misma soberbia. La razón nos conduce al conocimiento de Dios en la grandeza de sus obras; pero ¿caso nos lleva á contemplarlo en los esplendores de su esencia? La razón nos muestra al hombre en sus facultades, necesidades y deberes, que responden á la exigencia de su fin natural; pero ¿puede hacérmolo conocer en las necesidades y deberes que conciernen á su fin sobrenatural? Pues aun hay más.

En el camino que recorre para descubrir la verdad, ¿cuántos

errores no la invaden, alejándola del luminoso foco de la verdad y de la justicia misma? Y no es esto todo.

Las pasiones desordenadas levantan tempestades en el corazón, que, asaltando la razón, la ciegan. Entonces se destruyen los sentimientos que han brotado al calor de la virtud, y la sonrisa que se leía en el semblante del hombre que había hecho recto uso de su razón, languidece en su frente, abatida con el sello de la tristeza.

De donde se infiere que la razón no basta al hombre para obtener su perfección moral, y que necesita una luz superior que desvanezca las tinieblas que embarazan el camino de la vida, y un poder celestial para salvar peligrosos abismos, que frecuentemente se abren á su paso.

Ahora bien: esta luz y este poder consisten en la *gracia*. Comprendo que extrañe esta palabra á los partidarios de la *independencia de la razón*; pero yo les invito á que me sigan con su razón, pues no pienso entrar en distinciones teológicas.

Si yo les pregunto de qué depende la dignidad y grandeza del hombre, seguro estoy que me responderán: del alma. Sí; el alma es el principio del movimiento de los órganos; ella brilla en las facciones del rostro y centellea en nuestros ojos. Esto en el orden natural. Pero el alma tiende á lo infinito, lo cual significa que hay algo en ella que la impulsa hacia este infinito. Pues esta fuerza es la que levanta al hombre de la vida natural á una sobrenatural. Esta dulce fuerza de amor que lo transporta á lo infinito es la gracia que le llama hacia Dios. Por eso dijo el Apóstol que en Dios vivimos, nos movemos y somos. De esta suerte, mientras el alma es la vida del cuerpo, la gracia es la vida del alma; y como ésta es la vida inferior que penetra en nuestros órganos, así la gracia es la vida superior que penetra en el alma, la levanta á un orden más elevado, la pone en relación con Dios; y de este modo, como la dignidad del cuerpo depende del alma, la dignidad y grandeza del alma dependen de la gracia.

Ahora bien: lo limitado ni puede atraer á lo infinito hacia sí, ni producirle bien alguno. Dios es el que atrae al hombre hacia Él, comunicándole con la gracia sus beneficios. Escrito está que todo

don perfecto viene del Padre de las luces, por quien el hombre se hace capaz de todo bien.

La gracia es la luz del entendimiento, por la que el hombre ve en Dios el camino, la verdad y la vida, y que bajo el imperio de esta luz permanece libre; probándose asimismo con hechos innegables que puede seguir ó abandonar su impulso.

Pero sin ella nada puede hacer el hombre en relación á su eterna salvación. «Yo soy la vid, decía Cristo á los Apóstoles, y vosotros los sarmientos; pero sin mí nada podéis hacer, porque sin la gracia el hombre no puede tener fe ni obrar en el orden sobrenatural. Ni se vencen sin ella los males pasivos, ni la debilidad se fortifica.» ¡Oh! sí; el hombre, aunque débil, imperfecto y expuesto á la tentación, podrá repetir siempre las palabras de San Pablo: «Todo lo puedo en el que me fortalece.» Contemplad á los mártires bajo el hierro de sus verdugos, á los anacoretas en los desiertos, á los solitarios y vírgenes en el claustro. Estos son los elocuentes testimonios de la fuerza victoriosa de la gracia. Considerad los hechos brillantes, generosos y heroicos que presenta el Cristianismo, y reconoceréis sus efectos.

La gracia es, además, un don que esparce la alegría sobre los más rigurosos deberes de la vida cristiana y sobre los penosos sacrificios que se hacen á Dios. Es un don que revela lo vano de los placeres y esperanzas de los hombres. Es un don que demuestra la tranquilidad que se goza en la práctica de la virtud. Ella infunde la paz, la verdad y la justicia en el corazón. Hace derramar lágrimas de arrepentimiento sobre las culpas cometidas. Siendo, pues, la gracia un don, un favor, un beneficio que Dios por pura liberalidad suya concede al alma para practicar el bien, así en el orden natural como en el sobrenatural, Dios mismo puede dispensarla á su beneplácito: al hombre corresponde buscar el modo de conseguirla y conservarla hasta el fin de su vida.

Uno de estos medios es la oración. Si; esta aspiración del alma, este grito del corazón, debe subir como perfume de incienso hasta el trono de Dios para implorar esta luz del entendimiento, esta fuerza vivificante de todas las facultades humanas, para practicar el bien

en la sociedad y conseguir la bienaventuranza en la vida futura. El apóstol San Pablo, en su carta á los romanos, desenvuelve admirablemente este pensamiento. El espíritu, dice, de la fuerza y santidad viene en socorro de nuestras debilidades, pidiendo con gemidos inenarrables por nosotros lo que acaso no sepamos pedir. Y cuando postrados con respeto ante Dios en nuestra habitación, ó en el templo, oramos, no es ya nuestra voz débil é impotente sople que sube hasta Dios, sino un sople sagrado de fuerza infinita; es voz divina que pide á Dios por nosotros y con nosotros; es el mismo Espíritu Santo que pone en nuestros labios y presta á nuestras súplicas vigor para que lleguen á Dios. Con la oración y ayuda del Espíritu Santo todo se obtiene. Pero el Apóstol completa este pensamiento diciendo que este divino Espíritu nos muestra al Eterno Verbo de Dios, el cual ruega por nosotros en el cielo. Sí, ¡oh jóvenes! carísimos! El Unigénito de Dios no vive en el cielo sólo por su gloria, sino también como mediador de la humanidad y para ofrecer á su Padre las oraciones de la tierra, revestidas con los méritos de la muerte de un Dios humanado, frutas de su pasión y valor de la sangre vertida en el Gólgota. Así el cristiano, débil por naturaleza, se vigoriza por la oración, relacionándose con el mundo sobrenatural, y obteniendo aquella gracia con la que triunfa de sus pasiones, y obra el bien.

Al considerar, pues, nuestra flaqueza y necesidades, ¿cabe acaso el orgullo en la oración, como si Dios estuviese obligado á escuchar nuestras preces? Tengamos presente que Dios resiste á los soberbios y concede su gracia á los humildes; cuanto más se humilla el hombre delante de Dios, tanto más se inclina hacia él la piedad divina. Un pobre soberbio es despreciable.

Mas no con la humildad solamente debemos implorar la gracia del cielo, sino que también hemos de poner en Dios toda confianza. Como el ave al elevarse á los aires, decía un escritor italiano, bate sus alas, así el hombre, para llegar á Dios en la oración, ha de apoyarse en la humildad y en la confianza. El ejemplo de la Cananea lo demuestra. Dios no atribuye á su bondad y poder la milagrosa virtud de la oración, sino que nos oye y nos salva con la fe y con-

fianza nuestras. *Tu fe te ha salvado*, dice Cristo á la mujer del Evangelio.

Por último, Dios es dueño de sus dones y puede dispensarlos por más ó menos tiempo. Por lo cual necesitamos de perseverancia para vencer toda resistencia. No perdamos el ánimo si al presentarnos ante las puertas del cielo no le vemos instantáneamente abierto. Recordemos la gran máxima del sabio que nos exhorta á *tolerar la lentitud de Dios*, prestando fe á la animosa palabra del Profeta: *Espera, espera todavía*.

Mis queridos jóvenes, no os dejéis guiar solamente de vuestra razón, que, imperfecta y débil, puede llevaros al error. Levantaos y pedid la gracia, que ella os sostendrá en las terribles pruebas de la vida; pero tened muy presente que sólo la concede Dios al humilde, confiado y perseverante.

ARTÍCULO 4.º

Los Sacramentos.

SUMARIO: La gracia no proviene sólo de la oración.—Hay otro medio eficaz: los Sacramentos.—Su íntima relación con la vida natural del hombre.—Por qué se administran con símbolos y cosas corpóreas.—Desprecio que de ellos hace el racionalista, y cómo intenta alejar del Sacramento de la Penitencia á los creyentes.—Razón de la utilidad y santidad de este Sacramento.—Exhortación á la juventud.

No sólo con la oración nos infunde Dios su gracia; hay otros medios muy especiales, por ritos externos instituídos por Cristo para nuestra salvación, que se llaman Sacramentos, por cuyo medio el hombre recibe creación, alimentos, medicinas y resurrección en el orden sobrenatural.

El apóstol San Juan nos ha de servir de guía para demostrar nuestro argumento. Dice que la gracia es un don que nos atrae al Padre. Ahora bien: con este atractivo el hombre recibe primeramente un completo perdón del pecado original y remisión de los pecados actuales y penas por ellos merecidas, y es el Bautismo. Después, cuando el pecador ya bautizado se humilla y llora en la con-

fesión sus propias culpas, encuentra en este atractivo el perdón de sus nuevas culpas con el Sacramento de la Penitencia. Graves y peligrosos combates se preparan al hombre contra su fe; pero el Padre le comunica fuerza de alma para sostenerse con el Sacramento de la Confirmación. Nuevas fuerzas encuentra el creyente en el celestial alimento del mismo Cuerpo de Cristo, cuando lo recibe en el Sacramento de la Eucaristía, como también con la Extremaunción en la postrera lucha de la vida. Los cónyuges y su prole son benditos con este atractivo del Padre, y con el mismo son consagrados los ministros del santuario. Luego por los siete Sacramentos se difunde la gracia en los creyentes y en la Iglesia.

Mas si con calma meditamos ahora en los inestimables beneficios de los Sacramentos, veremos que la vida natural del hombre tiene estrecha relación con la sobrenatural. Por lo tanto, entre el orden natural y el sobrenatural, no sólo no hay repugnancia, sino un admirable concierto y armonía. Creo que no es posible demostrar mejor semejante aserto que reproduciendo textualmente las palabras del egregio P. Alfonso Capecelatro.

El hombre nace á la vida natural, y apenas nacido, recibe el dulce nombre de hijo: tiene padres, á quienes se une en amor por la comunicación de la sangre y de la naturaleza, y después este amor se anticipa en él á la razón; de aquí que el niño primeramente ama, y después conoce; esto es, ama primero, y después sabe que debe amar, y comprende la razón de su amor. En la vida sobrenatural acontece lo propio. Jesucristo, por medio de su ministro, bautiza. Muerto con el Bautismo el hombre del pecado, nace el hombre sobrenatural, y mientras es hijo de Dios y de la Iglesia por la comunión de pensamientos y de afectos, se liga en amor con Dios y su Iglesia. También el amor, la gracia y el hábito de la fe, toman en él un carácter racional; por eso el niño bautizado, cuando apenas repara que piensa y que ama, por los grandes beneficios de Cristo siente amor á Dios, refiriendo sus primeros pensamientos al deber estricto que tiene de amarle. En la vida natural del hombre crece el niño por grados hasta que llega el día en que, terminada su infancia, tiene conciencia de sí, robusteciendo y comenzando una nueva

vida de razón y afecto. En la vida sobrenatural nace el hombre y lentamente llega á la adquisición del hábito de la gracia y de la vida según Cristo, comenzando á tener conciencia plena de su vida sobrenatural; y entonces, merced á la santa Confirmación, entra en el estadio de la vida religiosa, en que la fe y el amor crecen vigorosos en él, como la razón y el afecto en el hombre adulto. En la vida natural necesita el hombre alimento material é intelectual, casi exclusivamente en los primeros años; pero apenas alborea la razón, siente la necesidad de nutrir su entendimiento y su corazón por medio de la ciencia y el amor enderezados al bien. En la vida sobrenatural, Cristo, Sacramento encarástico, se da asimismo á los fieles, y se da como alimento de adultos en la fe, y como alimento que nutre en el amor y en la fe á los elegidos del santo convite. Bajo este aspecto, no tanto corresponde al manjar material del niño. cuanto al intelectual, en el que la vida del adulto se alimenta y se perfecciona en el alma. Pero la Eucaristía es el alimento más noble, substancial y duradero del hombre sobrenatural, como la sabiduría y amor rectos son el alimento más noble, substancial y duradero del hombre natural. En esta vida el hombre enferma; así que necesita medicinas, que, si á veces encuentra en la naturaleza, siempre son inciertas, empleando estudios y fatigas para conseguirlo. En lo sobrenatural, el fiel enferma por el pecado, pero se salva con la penitencia, la cual no se cumple sin trabajo, pena y dolor. Por lo tanto, para curar nuestras espirituales enfermedades con la penitencia, debemos recogernos dentro de nosotros mismos, estudiar atentamente la naturaleza de nuestros males, y con ayuda del sacerdote, verdadero médico del alma, conseguir la curación. Por último, en la vida natural muere el hombre; pero en la sobrenatural, Jesucristo, por medio de la Extremaunción, santifica nuestra muerte haciendo llevaderos y meritorios los sufrimientos.

Mas en tanto que en los cinco primeros Sacramentos la vida sobrenatural responde á la natural, armonizándose ambas, en los dos últimos, matrimonio y orden sacro, la relación es más admirable, viniendo á probar de otra manera la armonía de los bienes celestiales y terrenales. Jesucristo, autor de los Sacramentos, y por

tanto de la gracia—que nos da, nos merece y nace eficaz—bendice á unos en la santidad del matrimonio, y á otros bendice y consagra en la del orden. Pero sucede que en el matrimonio y en el orden se enlazan muchos fines temporales y naturales con los eternos y sobrenaturales, mediando la diferencia de que en el matrimonio precede el natural al sobrenatural, por razón del tiempo y fin próximo temporal, y en el orden precede el sobrenatural al temporal, por razón del tiempo y de su fin próximo.

El matrimonio, bendecido y santificado por Cristo con la virtud de su gracia, está ordenado al amor natural que une á los cónyuges, y los hace fecundos, pero á condición de que ese amor, sea conyugal ó doméstico, se dirija al sobrenatural, y que los hijos sean sobrenaturalmente educados para Dios. De esta manera se enlazan admirablemente ambos fines del matrimonio, tomando éste entre los católicos el doble carácter de contrato y de Sacramento; instituido natural y sobrenaturalmente, crea la familia natural y echa los gérmenes de la sobrenatural; cúmplase en la tierra con elementos terrenos, y se asemeja á un paraíso; de este modo se representa bien en la vida doméstica aquella bellísima armonía de la tierra y del cielo, la cual ha de reflejarse del matrimonio á la familia, de ésta á la ciudad, y de ésta á la nación. Véase por qué las uniones civiles, si han de representar esta unión enteramente cristiana de los dos órdenes, han de buscar su gran fundamento en el matrimonio sacramental, y el que, cuando por incredulidad, ira ó arrebató de pasiones, quiere separarlos, se ve obligado con inexorable lógica á separarlos en su raíz, inventando un matrimonio medio entre el natural y sacramental, llamado civil. Y véase también por qué el consorcio civil y eclesiástico prosperan ó se arruinan, según que sea más ó menos respetada la santidad del matrimonio y la nobleza de los fines sobrenaturales á que debe encaminarse. Así, la experiencia enseña que el amor natural entre los cónyuges, luego que se contamina, no se basta á sí mismo; cuando no se eleva á fines sobrenaturales cae por tierra, viviendo solamente mientras dura el ímpetu sensual de las pasiones. Comprendo que muchos se ríen hoy de la gracia sacramental del matrimonio, considerándole sutileza y pue-

ril invención de los sacerdotes. Pero es lo cierto que el matrimonio tiene con la gracia una garantía de duración, crea tal grado de afectos entre los cónyuges, que ningún otro en el mundo puede dar. Y como del árbol bueno nacen buenos frutos, y malos del malo, así del matrimonio cristiano surgen naciones cristianas, y del civil una especie de sociedad que—Dios no permita que se cumpla mi triste pronóstico—nos hará pagar con sangre y con ignominia nuestras locuras.

En el orden sagrado, Jesucristo bendice y consagra principalmente al hombre para que responda á fines sobrenaturales, por lo cual el sacerdote, obispo y pontífice, tienen como fin primero de su vida la consecución y difusión de los bienes sobrenaturales. Pues bien: á la manera que la bendición nupcial ordena al casado para el amor natural, así la sacerdotal ordena al ministro de Cristo para aquella dulcísima caridad sobrenatural que se difunde por la gracia del Espíritu Santo, y santifica las almas. Pero el fin sobrenatural del sacerdocio cristiano se une con el natural de beneficencia, es decir, de la caridad corporal, aunque subordinada en el sacerdote al primero. Por lo tanto, así la vida sacerdotal, como la conyugal, toda consiste en dos amores; y á la manera que el casado ordena el amor natural al sobrenatural, así el sacerdote une el amor sobrenatural, derivándose éste de aquél. La gracia sacramental del matrimonio es un amor sobrenatural, y la del orden sagrado es un amor sobrenatural que desciende al natural.

La gracia marital crea una familia según la naturaleza, por la que el amor de sí, que es egoísmo, merced al sacrificio se comunica en la consorte y en los hijos, elevándose después á Dios; la gracia sacerdotal crea una familia sobrenatural mucho más amplia, por la que el amor de sí, merced á un sacrificio nobilísimo, se difunde en cuanto es imagen de Dios, santificándolo en el alma y bendiciéndolo en el cuerpo. Por donde se desprende que sacerdocio y laicato por varios conceptos se unen, viviendo juntos de una misma vida. No es ya difícil conocer, por lo expuesto, la razón de supremacía que el sacerdocio tiene sobre el laicato: todo el poder sacerdotal consiste en que el sacerdocio católico pone como fin próximo de su vida la

difusión del amor sobrenatural en todo el universo, mientras el laicato cristiano tiene por fin próximo el amor natural, aunque dirigido al sobrenatural. Así el verdadero sacerdote de Cristo ama al alma, y con este amor socorre al cuerpo, dándole espirituales riquezas que refluyen al orden material; sana al alma de enfermedades morales, y socorre con la caridad, con la dulzura, con la mansedumbre, á los enfermos del cuerpo; santifica con la paciencia y fortalece el dolor, haciendo lo posible para calmarlo. En fin, el sacerdote católico es como un ángel de caridad consagrado á la vida sobrenatural, santificando, ennobleciendo y elevando con ella la natural á Dios.

Bien sé que algunos, que á sí mismos se llaman filósofos, cubiertos con el velo del racionalismo, no pueden entender cómo Cristo y la Iglesia se valgan de cosas tomadas de la naturaleza corpórea, para cosas espirituales y de un orden sobrenatural, como son los Sacramentos; pero sé también que conociendo Cristo, regenerador de todas las cosas del cielo y de la tierra, que á nosotros, formados de espíritu y materia, nos son útiles las imágenes sensibles para elevarnos con el pensamiento y el afecto al cielo y penetrar mejor las cosas que á él pertenecen, dispuso que por virtud de sus palabras y su bendición, el agua fuese instrumento para limpiar de la inmundicia del pecado; que el óleo fuese símbolo de fortaleza á los confirmados y de dulzura á los moribundos, y que el pan y el vino lo fuesen á la vez como alimento substancial del alma, que recibe el creyente.

Pero es tal su ceguedad, que, abusando de la ignorancia del pueblo, trabajan sin tregua por derramar en su alma sus perversas doctrinas, para separarlo del sacerdote, de la moral, de la religión y de Dios, y muy particularmente para alejarlo del Sacramento de la Penitencia. No me detengo en la exposición de lo que son tales doctrinas; hoy se multiplican los escritos de mala fe, donde se consignan extensamente, así como en periódicos satíricos y burlescos. No trato de responderles con razones serias, porque en ellos, panegiristas del racionalismo, la razón está perdida. Hablaré á los jóvenes cuyas costumbres, fe y razón todavía conservan su virtud

curativa, esperando mantenerlos firmemente en sus santos propósitos.

Y ¿cómo sostener que *la confesión sea una invención humana*? Si tal fuera, sería necesario suponer la existencia de un hombre eminentísimo, de extraordinaria autoridad y de inmenso poder, para imponer á trescientos millones de hombres, por espacio de diez y ocho siglos, instituciones por su naturaleza contrarias al orgullo y á todo vicio, y capaces de provocar la rebelión de la conciencia y la furia de las pasiones. Y ¿por qué la historia, que nos ha transmitido los nombres de aquellos egregios varones que han honrado á la humanidad con descubrimientos é invenciones, no ha podido descubrir todavía el autor de la confesion?

Pues para hacer odioso el sacerdocio han recurrido al ardid de atribuir á los sacerdotes una institución que manda al hombre descubrir á otro sus más humillantes culpas, sus más perversas intenciones, y cuanto el hombre procura ocultar hasta á sí mismo. Pero ¿qué hombre de buena fe no reconoce la malignidad de semejante suposición? No sólo puedo repetir lo dicho anteriormente, sino que añadiré dos consideraciones de gran peso, que desvanecerán cualquier duda que á cualquiera pudiera ocurrírsele. Es la primera, si es posible que un sacerdote quiera establecer una práctica que á él mismo hubiese sujetado á una penosa y humillante ley, puesto que en la Iglesia católica el sacerdote está sujeto á la confesión como el lego; y lo mismo el obispo; hasta el mismo Papa, al que Cristo confirió en la persona de San Pedro la plenitud de los poderes de absolver, está obligado á confesar, como hombre y cristiano, su enfermedad y debilidades. La segunda consideración debe tenerse muy en cuenta; y es, que si los sacerdotes hubiesen inventado la confesión, se habrían impuesto un enorme peso, que compromete á veces su misma vida. Si creo que el sacerdote es el ángel de la caridad y el ministro del perdón, que ha de llevar la paz al corazón y la bendición á los pecadores, debe en la confesión abrazar á los pobres, á los ignorantes, á los sujetos á malas costumbres, á los afligidos de enfermedades asquerosas, á los pestilentes y á los caídos en el último grado del envilecimiento humano.

Persuadámonos de una vez que la confesión sacramental es para el hombre caído el medio más natural de satisfacer las necesidades de su espíritu. El infeliz, cuyo corazón está destrozado por los remordimientos y rodeado de dificultades, decía De-Maistre, necesita de un amigo, de una persona de confianza que lo consuele y dirija. Es una verdad confirmada por la experiencia, que todos los pecadores que se confiesan debidamente, que habiendo perdido por el pecado la paz del alma, la recobran con la confesión.

Este Sacramento es el medio más á propósito para reconstituir al hombre culpable en sus condiciones naturales, como ser moral y social. El hombre, por naturaleza, tiende á la perfección, de la cual se aleja por la culpa, empeorando cada vez más sin la gracia, único medio de separarse. Ahora bien: con su humildad y arrepentimiento á los pies del ministro del Señor, siente que se verifica en él una viva transformación, que renueva su ser. Tanto es así, que mientras en las sagradas páginas encontramos escrito que por este medio se cambia en candor de paloma y blancura de nieve el alma ennegrecida por la culpa, el mismo Voltaire, para quien ningún dogma cristiano fué sagrado, hizo el elogio de la confesión, llamándola *el mayor ó mejor freno de los delitos*.

¡Oh! sí; la confesión es la muerte del vicio, la resurrección de la virtud y el medio más adecuado para restablecer al culpable á su natural, moral y social condición.

Queridísimos jóvenes, si los estudios han abierto á vuestro entendimiento el camino de lo verdadero, no prestéis atención á los que traten de arrancar de vuestro corazón todo medio de consuelos, correjidos, perfeccionaros y de procurar vuestra salvación. Las instituciones divinas son todas sumamente santificantes y os deben ser muy queridas, como precioso legado de nuestros sabios mayores. Los hombres de la duda, que se jactan de amigos y tutores del pueblo, son sus más fieros enemigos; porque trabajando por quitarles la fe, y con ella cuanto fortalece para el sacrificio, motivo para la abnegación, valor en la desgracia, procuran conducirlos á la desesperación en la miseria, al envilecimiento en el vicio, al crimen, á la esclavitud y á la muerte. Ellos preparan su

ruina; pero día llegará en que caiga la máscara de la hipocresía, de la mentira y del engaño, y entonces este pueblo seducido se levantará contra ellos y aplastará con el peso de su cólera á los traidores del hombre, á los parricidas de la nación. Tal vez en aquel día, vosotros, ilustrados en la fe y animados por la caridad, seáis los pacificadores de la lucha y la salvación de la patria.

ARTÍCULO 5.º

Las tres concupiscencias.

SUMARIO: El hombre antes del pecado.—Las tres concupiscencias.—La soberbia.—Sus males.—Qué sea la concupiscencia de los ojos.—De la concupiscencia de la carne y sus efectos.—Las tres palabras de Cristo y manera de combatir las tres concupiscencias.—Consejo á la juventud.

La juventud que se lanza al mundo para comenzar la vida de la sociedad, no prevé cuántos y cuán formidables enemigos le han de asaltar, estorbándole el camino de la perfección. El hombre fué criado por Dios en un estado de perfecta rectitud. Su razón era ilustrada con los rayos de la inteligencia divina: una paz inalterable reinaba en su corazón, y sus sentidos vivían también ordenados y sometidos á la razón. Esta rectitud del hombre consistía en la armonía perfecta de todos sus elementos esenciales y en el admirable concierto del orden de la naturaleza y la gracia. Pero el pecado destruyó esta armonía; y así como el pecado es desorden y alejamiento de Dios, del mismo modo en el momento que el primer padre se sustrajo al imperio de Dios, el cuerpo humano se sustrajo al del alma, y de aquí la lucha incesante entre la carne y el espíritu; lucha que pesa sobre la humanidad ha cerca de seis mil años.

El apóstol San Juan, discípulo amado de Jesús, ha trazado admirablemente el cuadro de los desórdenes producidos por esta lucha; y dirigiéndose á todos, á padres, hijos, ancianos y jóvenes, les dice: «No améis el mundo ni lo que hay en él, porque todo lo que hay en el mundo no es más que *concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida*. El mundo pasa

con sus concupiscencias, pero el que hace la voluntad de Dios vive eternamente.» Existen, por lo tanto, en nosotros tres concupiscencias, y en toda humanidad, teniendo en el mundo un reino y una gloria. Debemos, pues, estudiarlas para combatirlas eficazmente en nosotros y en el mundo.

Comencemos por *la soberbia de la vida*. Ella hace al hombre amante desordenado de su propia excelencia; es decir, el amarse á sí mismo más que á todas las cosas. Ser orgulloso, dice San Agustín, consiste en despreciar el bien y principio común, que es Dios, y tomarse á sí mismo como propio principio y propio Dios.

De aquí provienen todos los males; *initium omnis peccati est superbia*, es el origen de las grandes pasiones; estéril para el bien, fecunda para el error; inepta para crear, y apta para destruir. ¡Oh! la soberbia tiene su historia, pero historia sangrienta y llena de lágrimas. El fratricidio de Caín, las amenazas de Saúl contra David, la tiranía de Nerón, el odio contra la verdad, la guerra contra Dios, las rebeliones contra su Iglesia, son otros tantos hechos narrados en la historia del orgullo. Esta historia no ha cerrado aún sus páginas.

Vosotros, jóvenes, encontraréis lógico que os digan que entre el bien y el mal no hay más que diferencia de nombre; que lo inmutable es un contrasentido, y que lo que hoy es verdadero, será falso mañana. Oiréis moralistas que defiendan como santas á las pasiones; que tienen todos los instintos por legítimos, y miran como delito la represión. Veréis reformadores que sostengan que la desigualdad es una tiranía, la jerarquía un despotismo, la riqueza una usurpación, la propiedad un robo y el gobierno la anarquía. Leeréis en metafísicos que el paraíso es un mito, el infierno un espanto; que la miseria del pueblo es el verdadero infierno, y que el paraíso consiste en los placeres. Finalmente, hallaréis escrito en los que se dicen teólogos, que Dios es la naturaleza, y el universo, y la ley del mundo, y la humanidad, y hasta que *Dios es el mal*. Eso es lo que hoy escribe la historia del orgullo en sus anales. De esta suerte vemos rebelarse la soberbia á toda superioridad opuesta á la igualdad y dominadora de la inferioridad; y cuando oigo que

esta soberbia se llama el *progreso de la materia*, tiemblo por el siglo en que vivo, porque estoy casi seguro que la misma soberbia hará desviar á la sociedad de su fin natural, que es Dios, para precipitarla como vehículo que, desviado del camino, cae en los abismos.

Pero hay una segunda concupiscencia que es compañera de la soberbia y trabaja á la humanidad; esta es *la concupiscencia de los ojos*. Y la llama así el Apóstol, porque el ojo es el órgano más activo del conocimiento exterior, el más noble y perfecto; pero es también órgano que puede hacer brotar en nosotros el amor de los bienes materiales, adherirse á la tierra y despertar en los corazones la desmedida pasión de las riquezas, ó sea la codicia. No es que yo condene la tendencia á mejorar de condiciones económicas, y que se procuren por todos los modos, con trabajo y honradez, adquiriendo siempre dentro de los límites de la justicia; son desde luego bienes legítimos; pero no desconozco los males que de la codicia del dinero se derivan. Este inmoderado deseo es el padre de la usura, del juego, de las injusticias. Él pone obstáculos á la formación, mantenimiento y propagación de la familia; pues las disensiones, desdenes y celos que nacen de ella, destruyen el amor que mantenía unidos entre sí á los hermanos; y no pocas veces el deseo de aumentar el patrimonio impide contar con el número de hijos las bendiciones del cielo. Pero los males mayores son los sociales. La codicia suscita en las altas clases la opresión y abandono del pobre; engendra al mismo tiempo en los que no poseen, contra los que poseen, espantosos odios, prometiendo hacer expiar á los afortunados de la tierra lo que han llamado despotismo de la riqueza. Y esas inmorales faltas, aquellas locas especulaciones, estos misterios del comercio, aquella pérvida venalidad con que se venden los hombres, las instituciones y hasta las ideas de una mala impresión, ¿acaso no son funestos efectos de esta codicia?

Mas el joven encontrará en la tierra, teatro de pasiones tiránicas y sangrientas, una tercera concupiscencia, amiga de las otras dos, como enemiga de la dignidad moral del hombre: *la concupiscencia de la carne*. Qué sea esta concupiscencia, lo describe el libro de la

Sabiduría. ¡Oh! venid, amigos, venid todos á participar de la felicidad que el cielo nos ha preparado. Venid y gocemos de los bienes que hay en la tierra; pidamos placeres á toda criatura; bebamos vinos y llenémonos de perfumes; no dejemos pasar flor de primavera sin cogerla; coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado que nuestra voluntad no recorra; dejemos rastros de nuestros bailes; que ninguno de nosotros sea excluido de nuestros placeres, pues gozar, y gozar siempre, es la parte de nuestra herencia y de nuestro destino. Esta es la concupiscencia de la carne en sus más íntimas y palpables manifestaciones.

Al hablar de la vida de los sentidos, ya dijimos bastante acerca de los efectos que la concupiscencia de la carne produce en el hombre y en la sociedad. Sólo añadiremos que hoy el sensualismo ha penetrado en las ideas, en las artes, en la literatura, en la poesía y en el teatro, que debiera ser escuela de costumbres.

Rodeada la juventud de una atmósfera emponzoñada con los funestos vapores de las tres concupiscencias, ¿podrá encontrar fácil modo de recorrer el camino de su perfección? Mis queridos jóvenes, Cristo ha consignado á la humanidad redimida *tres palabras* para combatir estos tres enemigos de todo progreso social. Fijadlas en vuestros pensamientos, y conservaréis en el corazón la caridad, y marcharéis seguros á vuestro fin. Valor y resolución. Cristo ha prometido la bienaventuranza á la *mansedumbre* y á la *humildad de corazón*, y la juventud puede con la *humildad* combatir la *soberbia de la vida*. Cristo ha prometido la bienaventuranza á la *pobreza de corazón*, y la juventud, con el recto y honesto uso de los bienes de la tierra, puede oponerse á la *codicia*. Cristo ha prometido, en fin, la bienaventuranza á la *limpieza de corazón*, y la juventud, con la pureza de la vida, puede vencer el *sensualismo*. De esta manera, en la frente del joven vencedor de las tres concupiscencias brillará un rayo arrebatado á la belleza del cielo.

Ni la juventud se rebaja en su grado social porque practique la virtud. ¿Qué son nacimiento, fortuna, ingenio, delante de Dios, que dispensa los bienes y talentos? Nada, verdaderamente nada. La verdadera elevación no consiste, pues, en el ensalzamiento de

la naturaleza y jerarquía material y exterior de los seres, sino en la esencial y eterna del mérito y de la virtud. Cuanto más bajo es el lugar donde brilla la virtud, tanto mayor es su mérito. Porque la humildad no rechaza el enaltecimiento, antes bien lo produce. ¿Qué otra cosa, fuera de la virtud, constituye la jerarquía del mérito? Es dedicarse y sacrificarse todo él á los demás. Y ¿cómo podrá el hombre darse todo á los demás sin la abnegación de sí? ¿Puede sacrificarse sin que el primer sacrificio sea el del orgullo, que es egoísmo? Así como el egoísmo y la virtud son dos nombres entre sí contradictorios, del mismo modo lo es el orgullo con ella; de donde se desprende que virtud y humildad son una misma cosa, y que el abajarse equivale á la exaltación. Ved la razón por qué la doctrina católica ha demostrado el medio que guía al alma á su enaltecimiento, y recomendado siempre la humildad, que lo transporta á elevadas regiones, haciéndole reconocer un Dios por hermano y el cielo por patria.

Cuando vemos pasear por la calle de una ciudad cualquier joven hinchado de orgullo, instruido en las modernas escuelas de las que se ha lanzado la religión y hasta el nombre de Dios, apenas conocedor de un rasgo de nuestros clásicos, sumergido en lecturas superficiales de licenciosos periódicos, reir á la vista de hombres consumados en la virtud y en la ciencia, y despreciar con modos burlescos las canas y el sacerdocio, no hay que molestarse en pensar si en su mente se ha levantado un denso humo, semejante al del abismo que ofusca al sol. Yo, en mi ya larga vida, he visto que los hombres de verdadera ciencia son tanto más humildes cuanto más amplio se les presenta el horizonte de los misterios de la vida. En cambio, estos ingenios que se humillan tienen la pública estimación de su mérito, mientras que los hombres de buen sentido miran con ojos de compasión la nulidad del joven presuntuoso.

Con el recto uso de los bienes honestos, adquiridos con el estudio y el trabajo, la juventud debe combatir la avaricia, que es *la concupiscencia de los ojos*. Cristo ha prometido la bienaventuranza á la pobreza, que libra al corazón humano de afectos desordenados á los bienes de la tierra. Es cierto que la historia de la Iglesia nos

presenta hombres en los claustros, que, renunciando voluntariamente toda fortuna terrena, se consagran á Dios y de Él esperan el pan de cada día; pero en esto sólo obedecen á un consejo evangélico, mas no es esa la condición ordinaria de la vida humana destinada á desenvolverse en la sociedad. Á los de esta clase de vida se ha dicho: *Usad de este mundo como los que prescinden de él, porque la escena de este mundo es transitoria*. Lo que equivale á decir que los que hacen recto uso de los bienes del mundo se sirven de ellos como de paso, y cuando la necesidad obliga, siendo de igual manera sus afectos. Hemos sido criados para el cielo, y la juventud, para elevarse, necesita valor para reducir el amor hacia un centro divino. Si vuelve á la tierra, desciende, y el que desciende se envilece. Ya dijo el poeta: *Dios ha dado al hombre un semblante sublime y que mira al cielo*. Por eso el amor que vive se eleva, y con él cuanto existe en el hombre, no descendiendo á la tierra sino para difundirse como las aguas atraídas por el sol en plácida lluvia ó en benéfico rocío. Sí; entonces se encontrará preparado á vencer la concupiscencia de los ojos, y su corazón desprendido de los bienes terrenos; por el contrario, de estos bienes sacará medios de conservar el decoro de su vida, y al mismo tiempo de ayudar y socorrer la indigencia, sacrificándose por todos.

Aun hay otra concupiscencia que vencer: la del *sensualismo*. ¡Oh! prepárese la juventud á combatir un vicio que es enemigo de la vida y del bien, de la fuerza y de la gloria. Cristo promete también la bienaventuranza al vencedor. Mas ¿con qué armas ha de sostener la juventud tan terrible lucha? El Apóstol lo ha dicho: *Yo castigo mi cuerpo reduciéndolo á servidumbre*; y así lo consignó después á la juventud, diciendo: *Crucificad vuestra carne con sus concupiscencias*. Que no se espante la juventud á la palabra *mortificación*; yo creo que á la manera que el general que sitia una ciudad comienza por cortar las aguas y provisiones, así hemos de enfrenar nuestras pasiones y debilidades y nuestro enemigo doméstico, mortificando la carne con la sobriedad y el ayuno. Ejemplos de esta verdad hay en que debe inspirarse la juventud, no ya de hombres ancianos que con el hielo de la edad se han hecho impotentes para el mal, sino

de los que se hallan en el vigor de la vida. Hay un San Juan que se reclina en el pecho de su maestro; un San Pablo que con la mortificación implora la gracia, y un San Antonio que pasa en el desierto de Kolsim la primavera de los años. No; la juventud, llena de vida, amante de corazón y seducida por fantasmas, no puede purificarse sin la oración y la penitencia.

Siendo la pureza del alma y del cuerpo no solamente virtud mística y del claustro, sino también moral y social, debe hallarse en alto grado en el corazón de la juventud, alejarse de ocasiones peligrosas, renunciar á lecturas lascivas, evitar la compañía de libertinos y entregarse á la dirección de eclesiásticos sabios y celosos.

Tales hechos, ruina de la sociedad, presenta la historia, que con ellos bastaría para empeñar á la juventud á que guarde la pureza si no ha de hacerse reo de esos males, aflicción de las naciones y de la Iglesia. Uno solo basta. Fijaos, dice, en un hombre ardiente nacido en un rincón de Sajonia en el siglo xvi, capaz de avasallar con el amor como de sojuzgar con la doctrina. La Iglesia lo recibe del siglo, vistiéndolo con una capucha, en cilicio y ceniza. Él había experimentado el freno dichoso de la obediencia, la alegría de la humildad, los dulces consuelos de la penitencia. Este hombre era Lutero. Y ¿qué acaeció después que hubo abandonado el ejercicio de aquellas virtudes que pueden guardar la pureza de una carne rebelde al espíritu? No lo encontraréis ya entre los muros sagrados de su estancia cenobítica, sino en el lugar de una casa mundana, devorado por un fuego doméstico y al lado de una mujer; esto es, abarraganado. Sus palabras rompieron las puertas de los antiguos conventos de Alemania, turbaron la castidad secular del anciano y la más pura del joven, sacando fuera de su tumba todos los deseos de la carne.

Mis queridos jóvenes, vosotros estáis ahora haciendo la carrera de los estudios; pero recordad que la intemperancia y la impureza han hecho apostatar á los sabios. En el camino de vuestra vida os encontraréis acometidos de tres concupiscencias: ¿por dónde dirigirse? Dios os llamará, y también los hombres; seréis estimulados en vuestra conciencia; os asaltará el orgullo, la avaricia y los sentidos; pero

el cielo os atraerá hacia él, aunque la tierra haga esfuerzos por impedirlo. Desdichados vosotros y la patria si los atractivos de la tierra superan á los celestiales. Como Satanás precipitado de lo más alto de los cielos, os precipitaréis también de caída en caída. Entonces se verán en vosotros cumplidas las palabras de la Sagrada Escritura: *Vuestras costumbres se han corrompido, y habéis venido á ser abominables en vuestros estudios.* Preparaos, por lo tanto, á combatir con la humildad la soberbia de la vida; con el amor ordenado á las cosas de la tierra, luchad contra la codicia, y con la oración, mortificación y Sacramentos, aseguraréis la victoria sobre la concupiscencia de la carne. Entonces marcharéis libres de obstáculos por el sendero de la perfección, y el cielo y la tierra repetirán con alegría el himno ya escrito de la sabiduría. ¡Oh! ¡qué bella es la generación casta; pues conocida por Dios y los hombres, será su memoria imperecedera!

ARTÍCULO 6.º

La educación cristiana.

SUMARIO: Fin de la educación cristiana.—Debe tener la duración de la vida.—Tipo que ha de proponerse.—Esta educación está unida al progreso del hombre en la vida moral.—Ella ha formado los grandes caracteres.—Hace tranquilos los últimos días de la vida y dulce la muerte.—Un voto del autor

La vida humana es una educación continua, decía el sabio Degérando. Somos hijos de la tierra y del cielo; y si como hijos de la tierra nos fatigamos tanto para educarnos con incesante insistencia en artes que satisfagan nuestras necesidades intelectuales y materiales con los productos de la industria y de la ciencia, ¿seremos, pues indiferentes á los modos secretos del arte maravilloso que ha de formar al hombre en la virtud, elevándolo al grado mayor de su dignidad y haciéndolo rico en méritos para su mansión inmortal? La educación es tanto más laboriosa, cuanto más útil y real es su fin. Ahora bien: el fin de la educación cristiana consiste en ennoblecer el sentimiento humano, iluminar el entendimiento con la luz de la fe, dirigir y purificar la voluntad, formar la conciencia, for-

tificar el corazón y conducirlo como por la mano á la vida eterna. En una palabra, es fin de la educación cristiana hacer sentir al hombre que Dios es su único necesario, su única pasión, su suspiro y su bienaventuranza. No cabe, pues, para esta educación nada más útil y real; por lo mismo su trabajo es incesante y continuo, durando cuanto dura la vida del hombre.

No por esto es necesario que el tiempo de peregrinación de una criatura sea más ó menos largo. Escrito está que *el justo cuanto antes muera, antes descansa; porque no es sólo vejez venerable la de larga duración, ni la que se estima en el número de años, sino la canicie del hombre en sus sentimientos, y la vida sin mancha es vejez. Así el justo muerto condena á los impíos que viven, y su juventud, tan presto extinguida, condena la larga vida del pecador.* En cuyas palabras, dictadas por el Espíritu Santo, se manifiesta que, aun en pocos años, puede el hombre llegar á la perfección de la virtud.

Supongo que la juventud estudiosa que entra en el mundo estará ya preparada por medio de una cristiana educación. El padre que ha debido formar al hombre en su hijo, habrá sido dulce mediador que le habrá comunicado la verdad con el amor y preparado con la piedad y con la fe á mantener firme en su corazón la virtud, con la que ha de luchar un día contra el malo. ¡Oh jóvenes! seguid en la familia los senderos del bien; continuad con valor vuestra obra. El propio perfeccionamiento es carrera abierta á todos, no privilegio exclusivo de uno, pero abierto al humilde antes que al soberbio. Vuestra vida no ha de emplearse en lecturas viciosas, peligrosas diversiones, ni tampoco en estudios que ensoberbezcan la mente y no purifiquen el corazón. Pensad que seréis un día ciudadanos de una patria que quiere hijos honrados, útiles, religiosos y morales. La protección del cielo no ha de faltaros. Dios os concederá su gracia cuando la imploréis con ferviente oración.

Y al continuar la obra de la educación cristiana, que no desmienta el joven que pertenece á una familia cristiana; no quisiera que encontraseis solamente vuestros cuidados en los archivos domésticos que guardan los documentos de los antepasados, que dejan un rastro

en la historia: no os limitéis á contemplar sus efigies que despiertan ejemplos de laboriosos y útiles ciudadanos: todo eso os servirá para estimular el alma á virtudes civiles, ó para excitar el ingenio á aquellas artes que ennoblecen las costumbres. Quisiera que la perfección intelectual de la juventud fuese creciendo en grado igual á la moral. Para esto no hay otro medio que invitarla á que piense que antes de todos los antepasados está el padre del siglo futuro; antes de todos los hombres ilustres está el tipo y el ideal de la ciencia y de la virtud; y, por último, que antes de todos los hombres está el hombre Dios, Jesucristo, Señor Nuestro.

Aquí está el secreto de la verdadera educación humana: imprimir á Cristo en el entendimiento, formularlo en el corazón y reproducirlo en las acciones de la vida. El mismo Apóstol, que tanto se fatigaba por traer de nuevo á la fe á los Gálatas que se habían desviado de ella, decía: «Hijos míos, os llevo nuevamente en mi seno hasta que sea formado en vos Cristo.» Y por cierto que la imagen de Cristo se encuentra en cualquier familia cristiana. El joven que aspira á su perfección moral, no la quita de las paredes del hogar doméstico, sino la mira atentamente; contéplela, estúdiela mientras tenga vida, y encontrará en ella el tipo de su perfección y el ejemplo de la grandeza á que aspira. Sí; contéplela y pregúntela cada día, y sentirá que le responde con suaves palabras: «¡Mira cómo he sido humilde en la gruta de Belén, recostado en pobre cuna! Y siendo necesario que te humilles, quieres hacerte grande. ¡Mira cómo fui obediente y dócil en Nazaret! ¡Cómo afectuoso con Lázaro, indulgente con la Magdalena, amoroso con Juan y bueno hasta con Judas! ¡Cómo fui resignado en los ultrajes, paciente en los trabajos y sereno delante de la iniquidad! Yo amé á todos hasta el último instante; bendije á los que me crucificaban, y los perdoné en mi último suspiro. Sé como yo, amoroso y paciente; perdona como yo; y si un día, por salvar á tus hermanos, fuese menester sufrir, y sufrir hasta la muerte, recuerda, hijo, que por salvarte di yo la vida.»

Inspirada la juventud en tan sublime ejemplo, ¿no podrá conseguir aquellas pacíficas y modestas virtudes que hacen al hombre

amable á Dios y á los hombres? Pero es más. La imagen de Cristo en la familia es la única que puede formar los grandes caracteres.

Cuando el anciano rey David, profeta que había previsto la vida y muerte del Hijo de Dios, y poeta que cantó los combates y triunfos de la Iglesia, estaba para morir, llamó á Salomón, heredero de su trono, y le dijo estas palabras: *Entra en el camino de toda la tierra, anima tu valor y sé hombre.* Sí; David dijo á su sucesor, destinado á grandes cosas: «Sé hombre.» Estas son las palabras que yo repito hoy á la juventud. ¿De qué otro modo puede reconocerse al verdadero hombre, sino, como los antiguos romanos, llamándole *varón*? Por la grandeza de su carácter. Pero esta grandeza sólo puede venir de una educación cristiana, esto es, de una educación con Dios, que sólo puede dar generosidad, guía y longanimidad en el obrar, tres elementos de que constan los grandes caracteres.

En el libro III de los *Reyes* vemos escrito que Dios dió á Salomón una sabiduría que superaba á la de los orientales egipcios, y una *grandeza de corazón* inconmensurable como la arena de las orillas del mar. Mas ¿qué es esta grandeza de corazón, sino esa generosidad que se derrama fuera de nosotros sobre los demás? Sin generosidad no puede haber ni un alma grande ni una grande criatura. Pero no basta con esto.

Debiendo verificar nuestras acciones fuera de nosotros, es necesario un principio que nos dirija. Este principio sólo podemos encontrarlo en el cielo, mansión de la verdadera justicia, derecho y regla divina de todas las acciones del hombre. ¿Qué utilidad podría reportar para sí y para la patria en el concepto de grandes pensamientos y fines heroicos, si después se emplean medios indignos de su naturaleza? El hombre verdaderamente grande prefiere la muerte á los honores, á las riquezas, á la gloria adquirida con obras y palabras que la razón y la religión de consuno condenan.

Hase dicho que Alemania, en 1870, vió aplastada á Francia en los campos de batalla porque la primera había difundido la instrucción más que la segunda, lo cual es un error histórico. Francia había pensado instruir á las diversas clases de este país como Alemania; pero no supo hacerlo. El honorable Corcelly decía que la

instrucción, si no está unida con la educación moral y religiosa, no impide el aumento de los delitos y produce el enervamiento de la fuerza.

No fué, pues, la falta de instrucción lo que perdió á Francia en la guerra contra Alemania, después de la cual apareció la ferocidad de la *Commune*, haciendo correr la sangre de los ciudadanos por las calles de aquella populosa y floreciente capital; fué la falsa cultura, su civilización superficial, bastarda, corrompida. Las ideas falsas y erróneas doctrinas no pueden soportarse ó ser encerradas en una cárcel; pero sí se deben corregir oponiendo el antídoto de los buenos y saludables principios de una educación cristiana, difundida en todas las clases.

Para formar los grandes caracteres es necesario también el tercer elemento, la longanimidad en el obrar. «Mirad, dice el Apóstol, al autor y consumidor de la fe, el cual, proponiéndose la alegría, sufre las contradicciones de los pecados contra su propia persona, para que no desfallezcan perdiendo su alma. Así debéis gloriaros en las tribulaciones y réplicas; porque el sufrimiento engendra la paciencia, la paciencia produce la prueba, la prueba la esperanza, y la esperanza no se ve defraudada, porque tiene á Dios por autor.» El mismo sacrificio, decía Degerando, separa las almas vulgares de las grandes, las cuales lo abrazan con verdadera y pura alegría, para sembrar para sí una merced.

Grato me es dirigirme á la juventud estudiosa, y hacerle observar que el Cristianismo no es sólo un código redactado en artículos de ley como lo había sido el judaísmo en el Sinaí, sino que nos ha sido revelado de una manera viva en ejemplos y hechos de Cristo, alma grande y generosa que ha ofrecido al mundo el espectáculo de un gran carácter. Era infinito en su grandeza porque era Dios en la humanidad; pero era más grande como hombre. Los atenienses y romanos dejaron ejemplos de sacrificio, de generosidad sin igual, de expansión y de grandeza de alma para su patria; pero Cristo nos ha dejado un ejemplo de generosidad incomparable, viniendo al mundo para salvar á todas las generaciones humanas. Demostró al mundo que el principio que debía dirigir al hombre en sus obras

no era sólo el de la justicia, sino también el de la caridad. Os amaréis, decía, y todo será transformado por el amor. En las aguas saludables de la caridad todo debía purificarse. Y cuando se le vió sufrir y morir por los hombres en una cruz, la tierra debió reconocer un ejemplo de paciencia verdaderamente infinita. Preciso es confesarlo: Bruto, Casio, Aristides, Milciades y Cimón, podrán ser llamados grandes hombres en las escuelas, pero no en los templos; podrán ser grandes por la pluma de escritores elegantes, mas sin que puedan nunca llegar al heroísmo cristiano.

Por lo tanto, la vida del hombre cristiano debe ser una continua educación cristiana y una preparación para la muerte. Sólo con esta educación se halla presente el pensamiento de la muerte, que hace dulce y tranquila la muerte misma. Pues Cristo, cuya imagen adorna con su purificante belleza el santuario de la familia cristiana, ha dicho al hombre: «Vela y ora, porque no sabes la hora en que ha de venir el Hijo del hombre.» El hombre ha nacido para meditar continuamente en el día que ha de abandonar la tierra. Cada paso, cada instante, cada aliento de su boca, cada palpitación de su corazón, le recuerdan el deber de pensar en la muerte. La vida corre como un torrente; el pasado no es más que un sueño; lo presente huye para confundirse en el abismo del pasado; el porvenir será igual y desaparecerá de igual manera. Días, meses y años se suceden, y se alcanzan como las nubes y las olas. Unos momentos más, y todo se habrá consumado. La misma juventud no puede defenderse de los golpes de la muerte. Ahora bien: si la educación cristiana nos hace presente este pensamiento, nos pondrá en la mano el gran medio de obrar siempre con rectitud de fin, con caridad y justicia. Así, con vida tranquila y conciencia pura, llega el hombre al término de su peregrinación. Y llega el día de su partida; pero el racionalismo no lo hace adverso á Cristo y á la Iglesia; por eso no rechaza al sacerdocio como perturbador de sus últimos momentos. Lo invoca, lo desea, lo ama como consuelo de su agonía, y le pide como ministro de la misericordia divina, para purificarse con los Sacramentos. Oid, jóvenes, cómo describe un escritor francés un misterio que dejó en el hogar doméstico recuerdo imperecedero;

misterio que tiene lugar cuando Cristo Jesús, en su última visita, al encontrarse al hombre de educación religiosa que no puede dirigirse á él, lo signa con su última unción y lo dispone con el viático en su viaje á la eternidad. «¡Ah! cuando en las emociones religiosas que circundan el lecho de un cristiano que muere, la tristeza que causa ver á un hermano próximo á dejar para siempre el querido hogar paterno, se transforma en la alegría que Cristo infunde en los que quedan y en el que parte; cuando la familia y amigos, abatidos por el dolor y orando, lloran al hombre que está para salir de la tierra, veneran al cristiano que recibe á su Cristo; cuando se oye al sacerdote, ángel y guía del fiel á su partida del mundo, repetir aquellas palabras que sólo los verdaderos cristianos pueden oír sin desesperarse ni entristecerse: *Parte, alma cristiana, parte de este mundo*; cuando la vida se evapora, y el espíritu se ha separado del cuerpo santificado por Cristo, y todos los parientes y amigos, con una piedad y dolor mezclado de ternura, se inclinan á orar sobre su cadáver como en torno de un tabernáculo, ¡ah! ¡cómo expresar con palabras el afecto que despierta una educación en la que Cristo fué el principio y Cristo su complemento!» Yo hago votos para que las naciones vean en el porvenir, como vieron en el pasado, entrar en las familias y en la juventud aquella educación cristiana, que es la base del enaltecimiento social, y sin la que toda sociedad desciende y acaba.



CONCLUSIÓN

ÚLTIMA PALABRA Á LA JUVENTUD

Queridísimos jóvenes, oid todavía una palabra de un hombre que siempre os amó, como amó siempre á la religión y á la patria. El porvenir os aguarda, y tenéis que cumplir grandes deberes. Pero vivimos en un tiempo en que, como decía un ilustre italiano á Francia, todas las ideas están revueltas, olvidados los principios, la verdad vilipendiada, y todos los errores, extravagancias y locuras de la razón humana tienen lugar. Todo es verdadero menos la verdad; todo virtuoso menos la virtud; todo honrado menos el honor; las doctrinas espirituales y morales han perdido su importancia y precio; la duda ha venido á ser filosofía, como el egoísmo justicia, ley el interés, gobierno la anarquía, y el ateísmo religión. El Apóstol predijo tales días cuando decía á Timoteo que vendría un tiempo en que muchos no tolerarían su doctrina, tornando los oídos á la verdad convertida en fábula. Y el mismo Apóstol, escribiendo á los de Éfeso, les recomendaba lo que yo recomiendo ahora á la juventud, que no fuesen como niños vacilantes, dejándose llevar del viento de cualquier doctrina de los embaucadores y por la astucia de los hombres, que conducen al error.

¡Oh, jóvenes, estadme atentos! Creados perfectibles, ya sentís interiormente una fuerza que os obliga á elevaros en cualquier orden

de cosas hacia todo lo que haya de más elevado, bello y perfecto. En este impulso de vuestro espíritu, en esta irresistible tendencia, sed prudentes, porque en vuestra elevación puede caberos la suerte del fabuloso Ícaro. Pensad que los más honestos pensamientos, cuando exceden el límite de la prudencia, causan los mayores desastres.

Con el estudio debéis prepararos á elevaros para ser útiles á vuestra patria; mas para seguir por el verdadero camino, necesitáis luz y norma; los rayos de esta luz parten del seno de la religión de nuestros padres. Á qué conduce el saber, aun el más eminente, sin la religión, ha podido verlo Italia en algunas de sus glorias científicas y literarias, decía Gioberti. Y la Providencia, añadía, ha permitido los errores de sumos ingenios, como la ruina y calamidades de Estados muy florecientes, para llamar á los hombres á los verdaderos principios, y hacerles tocar con su mano en la perversidad de los efectos el vicio de las causas, reduciéndolos á aquella bienaventurada concordia de la ciudadanía y de la religión, de la divina y humana sabiduría, que es el soberano principio de su quietud y felicidad. Dichosos vosotros, jóvenes, y dichosa la nación, si vuestra inteligencia se halla siempre dirigida á estas verdades.

Pero no basta con el estudio para alcanzar el fin que os propongo. Sea que sirváis á vuestro país en la carrera de las letras ó de las artes, ya os decidáis por las ciencias llamadas por su fin sociales, vanos y hasta perjudiciales resultarán vuestros esfuerzos si no ligáis vuestros estudios á la moral y á la religión. Estad seguros, pues lo ha demostrado la razón y la historia, que el progreso literario, artístico y social, están mortalmente heridos, ó se resuelven contra los pueblos sin un progreso moral.

Contener las palabras en los límites de la verdad y del poder, fué siempre misión y oficio propio de las letras. Ellas están destinadas á glorificar las grandes ideas, á defender las nobles causas, á consolar las almas afligidas y los corazones trabajados por la desgracia, á condenar los vicios y á ensalzar la virtud. Pero cuando maneja la pluma un hombre inmoral, sea cualquiera su talento, es guiado por un genio maléfico, que insultará la verdad y la virtud

pervirtiendo los espíritus y los corazones con una apasionada elocuencia y entusiasmo satánico.

¿Qué son esos romances que corren en manos de la juventud, como el más agradable pasto del entendimiento y del corazón? Son libros en los cuales la sedición, el rapto, el adulterio y el suicidio trabajan las ideas, los pensamientos y la fantasía; destruyen todo sentimiento de lo verdadero, de lo justo, de lo bello, é insensiblemente hieren el corazón, cambiándolo de modo que cuanto hay de virtuoso desaparece con el funesto germen de voluntad torpe, de la duda y del escepticismo, que, gloriosos y triunfantes, se apoderaron de vosotros. Y con estos libros, ¿podrán los jóvenes alcanzar la moral, la generosidad y la filantropía? ¿Podrán acaso ordenar la mente é inflamar el corazón á nobles y generosos sentimientos? ¡Decadencia vil de las letras es ésta; encanto infame! ¡Oh! sí; yo quisiera que la juventud, con buenos y profundos estudios, se excitase á combatir esta indecente literatura, que contamina indignamente nuestras ciudades; quisiera que con ánimo viril y resuelto levantase la voz contra tan deplorable dirección de las letras; quisiera que se inspirase en la Biblia y el Dante, y que, elevándose á la contemplación de los grandes y sublimes pensamientos esparcidos en estos libros, se presentara después á la sociedad como Moisés bajando del Sinaí, coronado por los reflejos de una luz divina.

La moral y la religión deben colocarse al lado del arte, para que sea un elemento de progreso que impulse el ánimo á generosos hechos y creaciones sublimes. En toda obra maestra de arte debe verse un prodigio de amor. Ahora bien: la virtud es el orden en el amor, y lo bello el esplendor del orden. Porque el vicio, que es desorden en el amor, no puede unirse con el amor de lo bello, esplendor del orden. Por lo mismo el artista que no es virtuoso no puede obtener en sus trabajos la verdadera belleza. Verdad que confirma la historia del arte. Observad, jóvenes, las pinturas del Beato Angélico, y os convenceréis. Era hombre de santas costumbres; su alma, verdaderamente bella, se inspiraba en la belleza eterna, que es Dios. No quiero entristeceros indicando autores que con estatuas y pinturas expresan vivo é insultante el deleite, sin velo alguno; sólo os

diré que si os dirigís á la perfección del arte por medio de la perfección de la virtud, seréis restauradores del bien y precursores del verdadero progreso.

Mas si os consagraís al estudio de las ciencias sociales, que vuestro fin sea el conseguir la perfección progresiva de las constituciones, leyes y demás institutos que tienen la misión de dirigir y gobernar á los hombres en la sociedad. Pero debo advertiros que no caigáis en el error que es propio de la edad moderna. Las buenas instituciones sólo pueden ser consentidas por hombres buenos, ni las leyes buenas pueden ser formuladas por hombres inmorales. Las instituciones y las leyes no crean la perfección de los hombres, sino los hombres perfectos los que crean buenas leyes ó instituciones perfectas. Pensad, por lo tanto, en perfeccionaros, y luego entraréis en la sociedad con la palabra perfeccionadora de las leyes é instituciones. Y os perfeccionaréis con una educación cristiana; porque es verdad innegable que no se da educación sin moral, ni moral sin religión.

Mirad, jóvenes, qué bienes han producido tantos hombres caprichosos y racionalistas de nuestros tiempos. Han soñado reformas y nuevas reformas, y todo reformas, excepto la que únicamente prepara y lleva consigo todas las demás, es decir, *la reforma de sí*. Y bien: han precipitado á la sociedad en peligrosas revoluciones, que han de producir la ruina de las mismas instituciones. La reforma social sin la reforma de los hombres, es un sueño. Alejaos de la ambición, de la codicia, de la soberbia, celos, lujuria, y perfeccionaréis las instituciones y las leyes.

Y vosotros, ¡oh jóvenes! no seáis solamente ciudadanos de la tierra. Dios os ha creado para serlo un día del cielo. Por lo cual no debéis tender exclusivamente á la consecución de un fin temporal y social, sino también del sobrenatural y eterno.

No; el hombre no ha sido hecho para acabar en la nada y pasar algunos días en la tierra, miserable ludibrio, ora de vanagloria, ora de reales disgustos y acerbos dolores. Esto basta para que cada cual se considere á sí mismo y procure estimular sus inclinaciones y deseos infinitos. Los antiguos inventaron diversos sistemas, que pue-

den reducirse á uno solo: proponer al hombre como fin y destino del hombre. Lo mismo cabe decir de los modernos que establecen fuera de la religión teorías que llevan á la contradicción y á la duda. Cuando Borghi escribía: *Dios dijo al hombre: vuelve á mí cuando salgas del mundo*, tenía en la mente los dogmas y leyes de nuestro entendimiento, la moral y las leyes de nuestro corazón, reveladas por Dios. Sometiéndose á estas leyes, veremos que la tierra es lugar de combate; que el triunfo está en el cielo; que la tierra es lugar de trabajo, y el cielo de reposo; que la tierra es lugar de mérito, y el cielo de recompensa; que la tierra es lugar de destierro, y en el cielo encontraremos la verdadera patria.

Mis queridos jóvenes, afanaos por vuestra perfección moral, y preparaos para realizar la de la sociedad, pero mirando siempre á lo alto. Y vendrá el día en que, como dice el Apóstol, seréis consolados con aquellas palabras: *El Señor será con vosotros, y por siempre con vosotros.*



PLAN DE VIDA CRISTIANA PARA LOS JÓVENES

EVITA EL MAL Y PRACTICA EL BIEN

En estas pocas palabras tienes compendiado, amado joven, por boca del Espíritu Santo, el verdadero plan de una vida esencialmente cristiana. Comprende bien el significado de tan cortas palabras, cumple con lo que ellas te dicen, y te salvarás. Tú puedes ser *santo*, como lo podemos ser todos los hombres, como debemos trabajar todos los hombres por llegar á serlo; y esto, en verdad, ni es imposible, ni aun difícil. Puede uno santificarse en todos los estados, y apenas hay profesión en la que no pueda lograrse el mismo fin. No es necesario para ser *santo* dejar de vivir en sociedad, ni extenuarse con ayunos, cilicios y disciplinas, ni estar todo el día ocupándose en el rezo de oraciones vocales, ni renunciar al debido cuidado de conservar y acrecentar por medios lícitos la hacienda que Dios ha puesto en manos de cada uno, según la distribución de su altísima é inescrutable sabiduría. Basta para que cualquiera llegue á ser *santo*, esto es, á tener un puesto de eterna felicidad en la gloria viendo y amando á Dios para siempre, el que cumpla con esta máxima: *Evita el mal y practica el bien*. ¿No puedes tú hacerlo así? ¿No puedes evitar todos los pecados mortales? ¿No puedes hacer

muchas cosas buenas, que te sirvan de satisfacción por las pasadas culpas y de mérito para la gloria? «Quiero, me dices, pero no puedo: propongo y aun comienzo, mas luego se me olvida, y falto á mi propósito.» Á corregir en ti este defecto, nada extraño en un joven, van dirigidos estos consejos, que te doy por escrito para que puedas repasarlos ó traerlos á la memoria en todo tiempo: recíbelos con docilidad, y sé fiel en cumplirlos: son fáciles de ejecutar, y espero en Dios, cuya asistencia para escribirlos he implorado por la mediación de María Santísima, que serán provechosos para ti y para cuantos quieran servirse de ellos.

SÉ DEVOTÍSIMO DE MARÍA SANTÍSIMA

En la devoción á la Madre de Dios quiero basar, amado mío, todo el plan de tu vida cristiana, tu decisión por el bien y tu perseverancia en practicarlo. Y no dudes de la solidez de este cimiento. Todos los bienes poseerás con la devoción á la Virgen, y ninguno obtendrás sin ella. Ya sabes que te hablo de bienes espirituales, y entiende también que la devoción que pretendo inspirarte no es una devoción exterior y de ceremonia, sino la verdadera que nace del amor, y toda es amor. *Ama, pues, y ama tiernamente á la Madre de Jesús.* ¡Oh! ¡qué amable es la Virgen María! No encontrarás entre todas las criaturas quien más deba robarnos el corazón. Y si no me crees, dime, ¿quién se interesa más por ti? ¿quién te ha dispensado más favores? ¿quién siente más que ella tus males? ¿quién se halla más dispuesta que María á consolarte en tus penas? ¿á quién puedes acogerte con más seguridad en tus peligros? ¡Ah! tal vez no has experimentado la tierna solicitud de la Virgen María sino muy pocas veces, porque aun no la has invocado de todo tu corazón, con amor y confianza filial. Pero haz la prueba, y la experiencia propia te convencerá. No tienes madre en el mundo. ¡Ah! si fueras niño de pocos años y tuvieras madre, con ella te gozarías todo el día, descansarías en sus brazos, á ella pedirías cuanto quisieses, á ella llamarías en cualquier peligro y..... ¿quién lo ignora ó lo duda? la que te había dado el ser, más que tú mismo se gozaba y entretenía

contigo, y accedía gustosa á tus peticiones, no siendo nocivas, y te defendía y te acariciaba. Careces de este bien y de este consuelo temporal. Pero no te aflijas ni desmayes. Madre tienes, y Madre más amante que lo pudo ser la que te engendró para el mundo. Y ¿quién sabe ni puede explicar lo que te ama? Reflexiónalo bien. Te engendró espiritualmente en medio de los dolores más acerbos y angustiosos de su espíritu; te engendró por mandato de su Hijo verdadero, á quien había concebido milagrosamente en sus entrañas y amamantado con sus pechos virginales; te engendró por amor de Dios, quiero decir, porque amaba á Dios, y éste quería que ella te sirviese de Madre; porque amaba á Dios, y ella quería que tú le amases. Dime, te ruego, si puede haber persona humana en quien se reunan títulos más especiales para amarte. ¿Y serás tú (ni hombre alguno) capaz de no amar tiernísimamente á María Santísima?..... Ea; que sea ella desde este instante la que posea tu corazón como verdadera Madre, la que llene las ansias de tu espíritu, la que ocupe con más frecuencia tu imaginación, á la que saludes en toda hora, á la que invoques al entregarte al sueño, á la que primero te encomiendes al despertar.

Sí, amado mío, acostúmbrate á llamar á María Santísima: *Madre mía*, *Querida mía*, é invócala y saludala frecuentísimamente con tan dulces palabras. Cuando despiertes, di al punto, pidiéndole su bendición: *Dignaos, Madre mía, guardarme sin pecado en este día*. Durante tus ocupaciones, cualesquiera que ellas sean, procura acordarte de tan buena Madre, y dile unas veces con San Felipe Neri: *Mater mea, memento mei*; otras lo que sencilla y naturalmente ocurra á tu pensamiento.—Séante muy familiares las dos jaculatorias: *Á tu amparo y protección*, etc., y *Mi luz eres y mi guía*, etc. Yo mismo las he experimentado eficacísimas, y en mis tribulaciones y momentos de perplejidad ó de turbación por los diferentes acontecimientos de la vida, he tenido cien ocasiones de probar cuán pronta y dispuesta está la Madre amorosa de Jesús para socorrer ó tranquilizar al que la invoca en la aflicción confiando en su cariño y en su poder.—Jamás te entregues al sueño sin haber antes encomendado tu alma y tu cuerpo al cuidado de la Virgen María. ¡Son tan-

tos los peligros temporales y espirituales que nos rodean mientras dormimos, que necesitamos mucho entonces de los desvelos y solitud de nuestra tierna Madre!—Además, lleva siempre contigo alguna insignia de ser devoto suyo, como un escapulario ó medalla; y ten en tu habitación y en la cabecera de tu cama alguna imagen suya, á quien puedas dirigir fácilmente tu vista, y con esto saludarla y renovarle tus peticiones, aunque sea sólo con el corazón.—Reza diariamente el Rosario, esto es, los cinco dieces que se acostumbran por el común de los fieles, pero procurando acompañar la oración vocal con la memoria de los Misterios sagrados respectivos del día, ó cuando menos, poniendo todo el cuidado posible en decir de corazón lo mismo que dices de palabra. Si puede ser (que de ordinario sí se puede, cuando hay arreglo en una casa), reza el Rosario todos los días á la misma hora, porque es el medio mejor para que no lo omitas tan fácilmente, y procura que te acompañen los domésticos que de ti dependen. Es de grande utilidad la oración hecha en común; Dios y su Madre Santísima se agradan mucho de ella; el amo que ora en compañía de sus dependientes no puede menos de recordar que es *hermano* de ellos, y que quizá en la presencia de Dios vale menos que ellos; y los inferiores que á una con sus amos dirigen al Ser Supremo sus plegarias, se consuelan altamente al considerar que su estado de abatimiento y dependencia lo es sólo entre los hombres, mas que delante de Dios son iguales á los más poderosos de la tierra, y podrán obtener un puesto de gloria y de felicidad eterna, en que nada tendrán que envidiar ó apetecer. Esto es, y nada más, lo que encarecidamente te ruego practiques *diariamente y por regla general* en obsequio de la Santísima Virgen María. Ni puede ser menos, ni más fácil, y sin embargo es bastante para que obtengas la protección singular de la Madre de Jesús, si lo haces á impulsos de un verdadero amor. No está el mérito ni el valor de las obras en que sean muchas, sino en que sean buenas. Repara que te he dicho «diariamente y por regla general», porque hay días y ocasiones particulares en que debes honrar á la Virgen Santísima de un modo especial como ahora te explicaré.

OBSEQUIA SINGULARMENTE Á LA VIRGEN SANTÍSIMA EN LOS DÍAS
QUE LE ESTÁN CONSAGRADOS

Hay días que la Iglesia ó la piedad de los fieles ha dedicado de un modo especial al culto de la Santísima Virgen María. Tales son las festividades en que se celebran los principales sucesos de la vida, ó los misterios que en ella y por ella se dignó obrar nuestro amabilísimo Dios; el mes de Mayo, y los sábados. Decirte de cuántas maneras y por cuántos medios puedes obsequiar á tu buena Madre en semejantes días, no es propio de este escrito. Mucho verás en las vidas de los Santos, y un confesor prudente sabrá decirte lo que puedes practicar, atendida tu edad y las circunstancias varias en que te vayas encontrando, para tributar á la Virgen Madre los homenajes de tu gratitud en los días y tiempos que particularmente se le consagran. No obstante, sin consulta del confesor puedes en tales días hacer una visita á la Madre de Dios en cualquiera de sus iglesias ó imágenes, ó ante la misma que tengas en tu habitación, rezando allí, ó bien la Corona de las doce estrellas, ó bien la Letanía y una Salve. Puedes asimismo en estos días y tiempos hacer alguna limosna, privándote para ello de cualquier cosa de puro gusto, juntándose así la obra de caridad en el socorro del pobre con la obra de penitencia en abstenerse de lo que sólo servía para la vanidad ó el lujo. En las poblaciones crecidas, como Madrid y las capitales de provincia, apenas hay templo donde no se celebren funciones religiosas en las festividades de la Virgen, en el mes de Mayo y aun en los sábados: procura asistir á ellas siempre que no te lo impidan ocupaciones de obligación, y no dejes de inscribirte en alguna de las Congregaciones que tienen por objeto el venerar á la Virgen María. Es de mucha influencia el ejemplo, y con él debemos estimularnos mutuamente.

BUSCA EL AUXILIO DE LA VIRGEN EN TODO LANCE ESPECIAL.

Ya antes te he dicho, amado joven, que te fueran muy familiares las jaculatorias: *Á tu amparo y protección*, y *Mi luz eres y mi guía*, etc. Y aun te he animado con el argumento de mi propia experiencia, á que probaras por ti mismo la eficacia de semejante recurso en cualquier peligro en que te vieras. Al hablarte así me refería á esa multitud de acontecimientos desagradables y ocurrencias peligrosas que vienen á cada paso durante la vida á turbar nuestra tranquilidad y á introducir el desasosiego, convirtiendo la tierra en que vivimos en un verdadero valle de lágrimas. Como apenas hay día en que no nos sobrevenga alguno de estos fatales incidentes, ó nos amenace alguno de estos riesgos, conviene preveniros y armaros contra ellos con la fervorosa recitación de las jaculatorias indicadas.

Pero fuera de estos lances comunes y casi diarios, hay otros de gran transcendencia, de suma importancia, de una influencia muy notable, y que tal vez no se circunscriben á la vida presente, sino que se extienden á la eternidad. Ocupa el primer lugar entre estos sucesos el de *tomar estado*, porque de su acertada ó indiscreta elección depende en gran parte el estar dotado ó privado de las gracias y auxilios convenientes para el exacto cumplimiento de los deberes respectivos á cada uno de los estados. Este es, por lo tanto, un negocio para cuyo acierto no sólo debes consultar á tu confesor ó director espiritual y á las personas prudentes que conozcas se interesan por tu bien, sino encomendarlo muy de veras, con mucho fervor y por mucho tiempo, á la bienaventurada Virgen María. ¿Acaso te parece muy temprano para comenzar á pedirla que te ilustre y te guíe en este asunto?..... Yo no lo creo así, y por mi parte te aconsejo que ya desde ahora encomiendes á la Virgen Santísima el negocio altamente importante de la elección de tu estado. Mas no pienses quiero imponerte para ello el rezo diario de alguna oración que te sobrecargue, no: basta que apliques para este fin el Santo Rosario, que ya antes te he recomendado rezases cada día. Ahora,

sí; cuando ya por tu edad y otras circunstancias que irán viniendo, empieces á pensar positivamente en la clase de estado que has de abrazar, cómo ó con quién, etc., entonces conviene que hagas obsequios más particulares y determinados á tu piadosa Madre, por medio de novenas, ó de limosnas, ó de visitas á sus imágenes de más devoción tuya, no olvidando en medio de todo esto el purificar tu alma con el Sacramento santo de la Penitencia, y alimentarla con el Santísimo de la Eucaristía. Procura, cuanto esté de tu parte, que el acto de tomar estado se verifique en día consagrado á la Virgen, y, si puede ser, en algún altar suyo, y cuida asimismo todos los años, mientras vivieres, de ofrecerte de nuevo con todas tus cosas á tan buena Madre en semejante día, y recibir en él los Santos Sacramentos.

Si el estado que abrazares fuese el del matrimonio, y Dios te diere familia, haz que todos tus hijos, varones y hembras, lleven por segundo nombre el de María, y encarga á los padrinos que les des, que á continuación de que hayan recibido el Santo Bautismo, se los presenten y ofrezcan á la Madre amorosa de Jesús, para que ya desde entonces los reciba bajo su protección y les dispense todo su cariño.

De un modo análogo al que acabo de exponerte deberás proceder en todos los demás lances de la vida que sean de grave importancia ó transcendencia. Así que, ninguna de aquellas resoluciones que exijan el consejo de otra persona, deberás tomar sin que hayas antes solicitado por los medios arriba expuestos el favor y consejo de la Santísima Virgen. Igual debe ser tu conducta en las enfermedades graves tuyas, ó de las personas á quienes profeses particular cariño. Sólo te advierto en este punto que no seas fácil en hacer votos ó promesas que luego quizás no podrás cumplir, ó se te harán más dificultosas de realizar que en los momentos de aflicción y de angustia. En fin, encomienda siempre á la Virgen Santísima, con la confianza que lo hace un hijo á su madre, todo asunto grave, todo suceso de consecuencia, toda empresa de importancia, todo lo que por cualquier estilo te dé pena ó te produzca inquietud y cuidado. Y á proporción de la gravedad del asunto, sean así más particula-

res los obsequios que tributes á la Madre de Dios, como medios de conseguir lo que desees; más abundantes las limosnas, más fervorosas las oraciones, más repetidas tus demandas. Está seguro que si practicas lo que he dicho, tendrás mil ocasiones de reconocer y confesar la protección admirable de la soberana Virgen María, por las gracias que alcanzarás, por los males y calamidades de que te verás libre, por las victorias que reportarás de tus pasiones y por las virtudes que llegarás á poseer.

Sin embargo, aunque la devoción de la Virgen Santísima pueda y deba servirte de base para tener una vida verdaderamente cristiana, oye otras advertencias acerca de diferentes puntos, cuya observancia hará en ti más sólida la devoción á la Virgen, porque te convertirá en imitador de sus admirables acciones.

ORA, LEE Y MEDITA

No te arredre, amado joven, el epígrafe de este párrafo. No trato de imponerte ley alguna nueva, ni aun de aconsejarte cosa que no puedas fácilmente practicar. Te digo que *ores*; mas en esta palabra sólo quiero indicarte que comiences el día y lo termines con algunas oraciones ó súplicas dirigidas á Dios, á la Virgen y á los Santos de tu devoción, pronunciadas no sólo con los labios, sino con todo el afecto del alma. La oración consiste en esto: es el lenguaje del alma, por el cual ésta representa á Dios sus afectos, sus sentimientos, sus necesidades. Unas veces viene en su auxilio la lengua, y las palabras manifiestan lo que pasa en el interior del hombre; llámase entonces oración vocal: otras veces sólo el espíritu es quien alaba á Dios, ó le protesta su amor, ó llora los pecados cometidos, ó pide favor para no pecar, etc.; esta es la oración mental. Cuando sólo trabaja la lengua profiriendo palabras que no dicta ó no acompaña el corazón, no hay oración alguna: figúrate un hombre que soñando recita un trozo de cualquier autor, que ha tomado de memoria. Repito, pues, y entiéndelo cual conviene: *Ora*; esto es, cumple exactamente con atención y pausa tus acostumbradas devociones. Me preguntas: ¿cuáles han de ser éstas? Te respondo prontamente: las que has

aprendido á practicar en el colegio. Si á estas oraciones, á la Misa diaria y al Rosario quisieras añadir alguna otra, no te lo impediría, siempre que fuesen compatibles con el cumplimiento de tus obligaciones; porque no debes olvidar la célebre máxima de San Francisco de Sales: *La obligación es la principal devoción.*

Y á la verdad, si en lo que haces por obligación, sea estudiar, sea escribir, sea comer, porque Dios te ha sujetado á esta necesidad, sea divertirti honestamente, porque es indispensable el descanso; si en todo esto, repito, y en lo demás que practicares, guardas el orden y moderación correspondientes, y elevas de vez en cuando tu corazón á Dios, ofreciéndole todo tu amor, ¿no te parece que estás continuamente orando? ¡Oh! ¡cuántas almas se santifican y agradan muchísimo al Señor por este medio tan fácil y sencillo! Y en medio de las ocupaciones más comunes y ordinarias tienen la gran habilidad de mantener su corazón unido á Dios, y de inflamarle cada hora más en su amor purísimo. Procura tú, amado mío, imitarlas, santificando todas tus acciones con la memoria continua de que estás delante de Dios, y dirigiéndole á menudo algún afecto del corazón, y no te cargues de devociones que hayas de cumplir apresuradamente y te estorben el dar cumplimiento á las obligaciones de tu estado ó profesión. Es decirte en pocas palabras que no omitas las preces de mañana y noche, dichas de manera que sean verdadera oración, ni la Santa Misa, ni el Rosario, ni la presencia de Dios; y que todo lo que hagas sobre esto sea proporcionado al tiempo que te dejen libre las ocupaciones necesarias y atenciones indispensables de la posición que tengas en la sociedad.

Como el paseo es la diversión más inocente, más saludable y más propia de toda edad, es también la más común á toda clase de personas. Ahora bien: ¿quién nos impide, al tiempo de dar un paseo, el hacer una visita á Jesús Sacramentado ó á la Reina de los Ángeles? Ve aquí una costumbre que te aconsejo.

Tanto como oraciones vocales te aconsejo la *lectura diaria y detenida* de algún libro piadoso. Por eso al principio de este párrafo te he puesto aquellas palabras: *lee y medita.*

○ No puedes figurarte la utilidad espiritual que lleva consigo la

lectura atenta de un libro piadoso. Á la manera de una suave lluvia que se introduce hasta las entrañas de la tierra, el leer pausadamente y con reflexión una de las muchas obras devotas que los Santos y varones piadosos han trabajado para bien de las almas, predispone de un modo admirable el corazón á recibir las influencias de la gracia celestial. Yo quisiera que tú adoptases esta costumbre y dedicases cada día, á la hora que mejor te viniese, un solo cuarto de hora para leer en uno de semejantes libros. Mas habías de hacerlo sumamente despacio, de forma que te enterases muy por menor del contenido del libro, y no cuidando de si en el cuarto de hora habías leído una hoja ó solamente una cara. Quizá te suceda alguna vez, leyendo de este modo, que te sientas movido á repetir de todo corazón y con particular gusto alguna cláusula: hazlo entonces, cuantas veces sea necesario para satisfacer ese movimiento; y si con ocasión de tal lectura te ocurre decir alguna alabanza de Dios, ó admirarte de su paciencia en sufrirte, ó de su amor para con los hombres, ó de hacer algún acto de cualquiera virtud, suspende en buen hora la lectura y practica tales actos, porque ellos son el fruto principal de ella. Diremos en tal caso que has *leído, meditado y orado*. Tu confesor te propondrá el libro que para este objeto debas usar: por mi parte te indicaré *Oración y meditación* de Fr. Luis de Granada, ó el *Método práctico de hablar con Dios*. Durante la Cuaresma podrás dar la preferencia al *Dios inmortal padeciendo en carne mortal*.

EXAMINA TU CONCIENCIA CADA DÍA

Esta práctica, á todo joven, es de suma utilidad, á la par que facilísima. Medio cuarto de hora te basta para ella. Hé aquí cómo lo has de hacer: Te persignas; invocas al Espíritu Santo con la oración que ya sabes, y en seguida traes á tu memoria los puntos siguientes: si has cumplido, y cómo, en aquel día tus deberes religiosos; cómo has satisfecho á las obligaciones de tu estado y destino ó profesión; qué acciones, palabras ó pensamientos pecaminosos han ocurrido en el mismo día; si has omitido alguna obra buena que

hubieses podido ejecutar. Bien conoces tú con cuánta facilidad te responderá la conciencia á esas preguntas, que no abrazan ni el espacio de veinticuatro horas. Pues considera ahora las utilidades de este examen diario. Lo primero y principal, contribuye de una manera admirable á vivir siempre en gracia de Dios; porque si recuerdas que has caído en una culpa grave, ¿cómo, dime, amado mío, será posible que no se contriste al punto tu corazón, y no prepongas sinceramente la enmienda, y no trates de reconciliarte con Dios lo más pronto que puedas, recibiendo el Santo Sacramento de la Penitencia? Lo segundo, como aun de las faltas leves que conozcas haber cometido debes pedir perdón al Señor y ofrecerle el corregirte, con esta humildad y con estos propósitos crecerá en ti el amor de Dios y el odio al pecado, y se enervarán tus pasiones, y te harás más diligente para evitar los peligros de pecar, y más fervoroso en tus oraciones. ¡Oh, qué ejercicio tan útil para el alma, siendo en sí tan sencillo! Prácticalo y experimentarás sus saludables efectos.

RECIBE CON FRECUENCIA LOS SANTOS SACRAMENTOS.

Una persona que desea con sinceridad conseguir su eterna salvación, pone desde luego por su parte todos los medios conducentes á este fin. Y ninguno lo es tanto como mantenernos siempre en la gracia de Dios. Mas ¿cómo estar por mucho tiempo en gracia de Dios, sin confesarse á menudo con las debidas disposiciones? Las pasiones no nos abandonan mientras vivimos sobre la tierra, los malos ejemplos nos seducen, las costumbres antiguas nos arrastran, el enemigo de nuestras almas no duerme ni sosiega, dando siempre vueltas alrededor de nosotros para incitarnos á pecar. ¿Es fácil que salgamos victoriosos en esta continuada y repetida lucha con tan fuertes contrarios, si no nos reparamos frecuentemente de las heridas recibidas en otros ataques, si no renovamos á menudo los propósitos de resistir con valentía y firmeza en las nuevas acometidas, y si no nos hallamos fortificados con auxilios celestiales para el tiempo de la pelea? ¡Ah! créeme, amado joven: *Evita el mal*, esto es, los pecados mor-

tales, te dije desde el principio; y con esto y con hacer el bien que pudieses, te aseguré que podrías *ser santo*. Otra vez te lo digo: *Evita el mal*; mas para evitarlo, acude frecuentemente al Sacramento Santo de la Penitencia. Pero ¿qué quiere decir esta palabra *frecuentemente*? Siempre que te halles caído en pecado mortal. ¿No llamas al médico cuantas veces te sientes indispuerto corporalmente? ¿Y qué? ¿Es por ventura de mayor interés la salud del cuerpo que la del alma?—Pero un acto de contrición, me dices, basta para ponernos en gracia.—Muy bien, así es verdad; mas ¿puedes tú decirme cuándo has hecho un acto de contrición tan perfecto cual conviene, para haberte restituído á la amistad de Dios?.....—Sin embargo, continúas, es muy molesto para el confesor el haber de acudir diariamente á su presencia.—Si tu confesor es celoso, como debes procurar que lo sea, no le servirá ciertamente de molestia el que vayas á él, aunque sea todos los días, mientras haya en ti necesidad de desarraigar un vicio; antes te recibirá con aquella dulce amabilidad que la caridad de Dios inspira á sus fieles y diligentes ministros. Y cuando esta necesidad haya cesado, cuando el vicio que te dominaba y te hacía caer en graves culpas haya perdido ya su antigua influencia sobre tu corazón, claro está que entonces sólo habrás de acudir al confesor (en calidad de tal) en los días que él mismo te designe, atendidas todas las circunstancias que para este fin deben tenerse presentes, y que él sin duda tomará en consideración, si se halla dotado de la suficiente prudencia.

No obstante todo lo dicho, porque no carezcas de una regla general, te diré que ningún cristiano, si trata de salvarse y quiere conseguir la felicidad eterna, debe dilatar más de un mes el recibir la Confesión Sacramental. Esta sabes que es la práctica de nuestros colegios; práctica no como quiera dictada por un hombre particular, sino mandada observar en todos los colegios de las Escuelas Pías por el ilustre y Santo Fundador de tan piadoso instituto, José de Calasanz, varón recomendabilísimo y digno de todo respeto por su santidad, por su beneficencia y por su sabiduría. Conserva, pues, toda tu vida esta loable costumbre de confesar al menos mensual-mente, ya que tu devoción ú otras causas no te induzcan á recibir

más á menudo tan Santo Sacramento. Bien que, siendo ó aspirando á ser verdadero devoto de María Santísima, ¿cómo es posible que no purifiques tu alma con el Sacramento de la Penitencia en las solemnes festividades de aquella Virgen benditísima que no conoció en sí el pecado, y que de ninguna cosa cuidó tanto como de conservarse siempre exenta de toda culpa, aun la más ligera? Y siendo discípulo de las Escuelas Pías, y agradecido á la cristiana educación que en ellas has recibido, ¿cómo es posible que omitas el acercarte á la Sagrada Mesa en el aniversario de tu Bautismo, en el de tu primera Comunión y en la fiesta de San José de Calasanz?

Tú sabes que Dios te dispensó un beneficio singularísimo, que no dispensa en verdad á muchos millares de hombres, el día que te hizo miembro de la Iglesia y te puso en el número de sus hijos. En ese día fué cuando naciste para el cielo, y se te dió derecho á tener parte en la misma herencia de Jesucristo. Si celebramos, pues, con nuestros parientes y amigos el día en que nacimos para la tierra y comenzamos á participar de la triste herencia que Adán nos legó, las miserias digo, y los males sin cuento de la vida presente, ¿con cuánta mayor razón deberemos celebrar espiritual y religiosamente el día en que fuimos reengendrados por las aguas purificadoras del Bautismo, y ya como cristianos empezamos á ser participantes de todas las obras meritorias que se practican por los fieles, y aun de las virtudes de los Santos y merecimientos infinitos de nuestro divino Redentor.

Y ¿qué habremos de decir de aquel otro día, el más feliz de nuestra vida, el más glorioso y bonancible para el alma, en que por primera vez nos unimos con nuestro mismo Dios en el adorable Sacramento del Altar? Yo supongo que tú ni has olvidado tal día, ni eres capaz de olvidarle. Conservarás aún la cédula de tu primera Comunión, y siempre que la mires recordarás con placer aquel día en que tu alma se veía inundada de un gozo purísimo y satisfactorio, cual ningún otro de los que has experimentado ni probablemente experimentarás sobre la tierra. ¿Y qué? Al volver cada año ese día de tanta felicidad para ti, ese día que esperaste con tanta ansia, ese día que tan gratos recuerdos te dejó, ¿será posible que

no repitas el religioso acto que fué causa de tanta dicha, de tanto placer, de tan dulce memoria?.....

Pues vengamos al día de San José de Calasanz. Este Santo ha sido tu verdadero maestro; á este benéfico protector de la juventud, á este varón apostólico debes tú la cristiana educación que has recibido; él es quien por medio de sus hijos ha grabado en tu corazón los sanos principios de la moral evangélica; á él eres deudor del conocimiento que tienes y del aprecio que haces de la doctrina de Jesucristo; él es quien ahora mismo te habla y te instruye en este libro; tuyas son estas máximas que lees, suyos estos consejos que al presente recibes. ¿Hubieran existido sin él estas Escuelas de piedad, en las que al paso de ilustrarse los entendimientos humanos con los conocimientos literarios y científicos, se forman los corazones de la niñez con la persuasión de la virtud y las prácticas religiosas? Ciertamente que no, porque Calasanz y no otro era el destinado por la Divina Providencia para emprender y consumir una obra de tan útiles resultados. Luego si tú estimas en algo (que en mucho lo debes estimar) el haber tenido quien te enseñase desde tu infancia á temer á Dios y abstenerte de lo malo, ese á quien debes tan grande beneficio ha de ser siempre objeto de tu veneración y estímulo de tu piedad. Por esta razón San José de Calasanz debe ser por ti y por todos los discípulos de las Escuelas Pías honrado singularmente é invocado con particular confianza. Y como el mejor modo de imitar á los Santos es imitar sus virtudes y practicar lo que ellos enseñaron, ora de palabra, ora con su ejemplo, y San José de Calasanz desde niño frecuentaba tan á menudo los Santos Sacramentos, y de maestro exhortaba á lo mismo con tanta eficacia á sus discípulos, razón será que cuantos le conocéis por vuestro maestro, como fundador de las Escuelas en que os educásteis, le obsequiéis en su festividad é imploréis su protección, acercándoos con la mejor disposición posible á la Sagrada Mesa eucarística. Tal vez, amado mío, te parezca que me he alargado demasiado en la explicación de este consejo; pero el asunto requería sin duda todavía más. Te reduciré á pocas palabras lo que he dicho con tanta extensión. Deseo y te aconsejo: 1.º, que mientras tengas algún vicio ó pasión fuerte que

vencer, te confieses todas cuantas veces cayeres en culpa grave; 2.º, que por regla general y ordinaria confieses y (permitiéndotelo el confesor) comulgues todos los meses; 3.º, que hagas lo mismo en el aniversario de tu bautizo, en el de tu primera Comunión, en las festividades solemnes de la Virgen y en la de San José de Calasanz. El Santo de tu nombre y el Ángel de tu guarda son también acreedores á que los honres de igual modo; mas no quiero cargarte demasiado; sin embargo, no dejes de oír Misa á lo menos en semejantes días. Si una grave necesidad, si un asunto de consideración importante que hayas de tomar á tu cargo, si tu piedad ó devoción te impulsaren á recibir los Santos Sacramentos en alguna otra ocasión ó con mayor frecuencia, hazlo así en buen hora, procurando que sea con reverencia y devoción: no hay cosa más saludable y provechosa para el alma, ni remedio más eficaz contra todos los males de la vida.

MIRA Á TODOS LOS HOMBRES COMO VERDADEROS HERMANOS TUYOS.

Esta máxima, hermano mío, no es ya un consejo, es un precepto formal de Jesucristo; y á la verdad que teniendo este carácter, no parece debía figurar al lado de las otras máximas que vengo proponiéndote sólo como medios de que cumplas con más facilidad y mayor exactitud lo que Dios te ordena. Mas como, á pesar de lo conocido que es este principio de la universal fraternidad de los hombres, y de lo mucho que se publica que *todos somos hermanos*, hay tan pocos hombres que conformen á él sus obras, me ha parecido conveniente darle aquí cabida, para recordarte las aplicaciones inmediatas de este principio. Son tres las más obvias: *moderación en juzgar y censurar la conducta ajena; afabilidad y comedimiento con los domésticos; caridad y misericordia con el necesitado.*

Vamos por partes. *Moderación en juzgar y censurar la conducta ajena.* Se ha hecho de algún tiempo á esta hora tan frecuente, tan común, tan familiar el juzgar y criticar las operaciones de los demás, que apenas hay persona que no critique ni que esté exenta de que se la critique á ella misma. No se respeta autoridad, ni carác-

ter, ni edad, ni parentesco, ni la amistad misma. Se habla mal de los ministros del Santuario, y de los reyes, y de los ancianos, y de los padres, y de los parientes, y aun los que se titulan amigos publican el secreto confiado en el seno de la amistad, y con la salvaguardia de *No es por agraviarle, es amigo mío*, se añade un *pero*.... que le deja completamente desacreditado. ¿Qué es esto, amado joven? Que no nos miramos unos á otros como hermanos. Si nos mirásemos como tales, seríamos muy recatados en hablar de los defectos ajenos, aunque fuesen públicos; jamás hablaríamos de los secretos, y mucho menos tendríamos la loca osadía de juzgar las intenciones. Huye, pues, y evita la murmuración. Todo hombre es tu hermano: tú debes mirar con interés y sumo aprecio la buena forma de todo hombre. Así, te ruego que observes esta conducta acerca del hablar de otros, á saber: que ó *hables bien*, ó *calles*. Quizá alguna vez este sistema te haga pasar por un tanto ridículo; pero ¿qué importa, si de esta manera conservas tu alma libre de pecado,

á tu prójimo le eximes de la infamia que recaería sobre él con publicar tú sus faltas? Suelen decir los murmuradores, para excusar su crimen, que aquello que censuran es bastante sabido; mas ¿acaso la mayor ó menor publicidad que tenga un hecho nos constituye á todos jueces de él?..... ¿Queremos se proceda así con nosotros mismos? ¿Ó tal vez todas las acciones que nosotros ejecutamos carecen de vicios y defectos?..... Ordinariamente sucede que los más amigos de criticar tienen mucho que corregir y reprender en sí propios, y no pocas veces se hallan manchados con los mismos delitos que censuran en los demás. El hombre justo, ó no tiene ojos para ver los defectos que otros cometen, ó no tiene corazón sino para compadecerse de ellos y resolverse á evitarlos.

Procede tú de este modo, y no menos te honrarás á ti mismo que á los prójimos por cuyo honor te interesas. Cuando en otro veas algo reprehensible, toma nota de ello con el único fin de no incurrir tú en la misma falta, ó de corregírsela si puedes.

La segunda aplicación es: *Afabilidad y comedimiento con los domésticos*. Por más que prediquen algunos hombres la *igualdad*; por más esfuerzos que hagan para persuadir á los que no pensamos

como ellos, de que todos los hombres somos iguales, nunca podrán reducir á la práctica este principio, ni aun probar con solidez teóricamente semejante aserto. Dios crió al hombre para la sociedad; ó de otro modo, Dios determinó desde el principio del mundo que hubiese sociedad entre los hombres, y en consecuencia de esta su voluntad, y á fin de que la sociedad exista, forma á los hombres *desiguales* en los talentos, en las habilidades, en las fuerzas físicas, y dispone y ordena que naden unos en la abundancia y giman otros en la miseria. De esta suerte nos necesitamos todos, y todos mutuamente nos servimos. Si el pobre necesita al rico para que le dé de comer, el rico á su vez necesita al pobre para que le preste multitud de servicios que él mismo no puede hacerse, ni querría prestarle ningún otro rico como él. Así que es una verdad evidente y un hecho constante que *no somos iguales todos los hombres*; pero es indudable, es una verdad de fe que *todos somos hermanos*. Ahora bien: oye las consecuencias de estas dos verdades que te presento bajo un golpe de vista. Por efecto de la primera de ellas, Dios ha querido que tú seas superior á otros muchos hombres: tu nacimiento y tu educación te están llamando á mandar á otros; ya al presente, á pesar de tus pocos años, hay personas de mucha más edad que tú obligadas por la necesidad á servirte y obedecerte. ¿Las deberás tú acaso tratar, porque de ti reciben el pan que comen, con altanería, con arrogancia, con desprecio? Nada menos que eso, amado mío, tus criados, tus dependientes todos, por inferiores que aparezcan, son hermanos tuyos. No debes, en verdad, tratarlos con una franqueza y familiaridad que los haga atrevidos, ni dispensarles tanta confianza que vengán á constituirse en amos tuyos y á dominarte; pero de tener con los criados una prudente reserva y un aire de gravedad constante que jamás les permita tomarse libertades indebidas, á ejercer con ellos una especie de tiranía que los oprima y contriste, hay una notabilísima diferencia. El verdadero cristiano (cual quiero yo que tú seas, y trato de formarte con estas máximas) mira á todos sus domésticos y servidores como unos hermanos suyos, porque en realidad tienen el mismo padre común sobre la tierra, Adán, y el mismo Padre en los cielos, Dios, y como á hermanos su-

yos los ama. Los considera *desgraciados* por el mismo hecho de que se ven precisados á sujetarse á la voluntad ajena para ver de lograr el sustento indispensable, y como á desgraciados los compadece. Por esto les habla con afabilidad y cortesanía, y cuando se ve en la dura precisión de haberles de reprender alguna falta ó descuido, evita con todo cuidado el uso de palabras injuriosas, de expresiones denigrantes y de dictados afrentosos. Aun más: se interesa por su bien y toma parte en sus aflicciones ó enfermedades para aliviárselas del modo mejor posible. Ni para en esto: sabido es que un amo cristiano no puede en conciencia tolerar en sus sirvientes aquellos vicios que ofenden á nuestra santa religión, tales como la blasfemia, la obscenidad, la indiferencia religiosa y otros semejantes. Pues bien; cuando un amo como el que te voy describiendo tiene la desgracia de admitir entre sus domésticos á uno contagiado con vicios tan abominables, emplea primeramente con él una caritativa prudencia, advirtiéndole la necesidad y precisión de corregir aquellos desmanes; y cuando esto no alcanza, lo despide, sí, pero con modos suaves y palabras dulces, manifestándole sencillamente que á causa de aquellos defectos de que no se corrige, no puede permanecer en su casa. Tal es, amado joven, la conducta que tú deberás observar con tus criados cuando llegues á la edad y á la posición en que dependan de ti otros hombres. Esto es lo que he querido decirte con aquellas palabras: afabilidad y comedimiento con los domésticos.

Vamos al último punto. *Misericordia y caridad con los necesitados*. Cuán recomendada está la práctica de la caridad para con nuestros prójimos en el Santo Evangelio, no lo ignoras tú, amado mío, ni puede ignorarlo ninguno que haya recibido una educación cristiana. Sin embargo, son muchos los cristianos que con varios pretextos se desentienden de practicar las obras de caridad, y son muchos también los que las practican por vanidad ó por compromiso, es decir, por cumplir con otras personas á quienes se proponen no disgustar ó desagradar. Los primeros, esto es, los que se olvidan de ejercitar las obras de caridad con pretextos frívolos, oirán en el día del juicio con terror aquella triste sentencia: *Apartaos de mí, malditos, porque tuve hambre y no me disteis de comer*, etc.; y los se-

gundos, á saber, los que obraron por vanidad ó por compromiso, escucharán también con grave sentimiento: *Ya recibisteis la recompensa*. ¿Qué se ha de hacer, pues, amado mío? Lo que Jesucristo nos dice: *dar limosna de manera que no sepa nuestra mano izquierda lo que ejecuta la derecha*. Da limosna te digo, sí; da limosna, sé caritativo, comparte tu pan con el hambriento, acoge en tu casa al necesitado y que carece de domicilio, cubre al que ves privado de vestido, y no mires con desdén tu propia carne. Sí, sí, amado joven; á sí propio se desprecia y desprecia á Jesucristo quien desprecia al pobre, porque no deja el menesteroso, aunque esté cubierto de andrajos, de ser un hermano tuyo é hijo de Dios, y redimido con la sangre preciosa de Jesús. Ahora, no des limosna sólo porque te vean, ó por librarte de la importunidad del pobre, ó por ganarte fama de benéfico, ó por complacer á una persona que te pide para sus pobres. Si sólo estas causas te mueven á dar limosna, pierdes el mérito de ella, porque no la das por Dios, y no siendo su Majestad el principio de ella, tampoco será su recompensa. Mas si proponiéndote tú el agradar á Dios, y sólo á Él, te ven otros y te alaban, da tú igualmente gloria á Dios, que te ha inspirado aquella caridad y que permite sirva de edificación.

Y quiero recordarte que la limosna puede hacerse de muchas maneras; pues, como sabes, son catorce las obras de misericordia, lo cual conviene no olvides, porque hay cristianos que se creen exentos de dar limosna á causa de no tener lo suficiente para distribuir socorros en metálico, sin acordarse que aun sin este material alivio pueden ser caritativos y limosneros en alto grado, ejercitando cualquiera de aquellas otras obras de misericordia que están al alcance de todos, y que los pordioseros mismos pueden practicar. Pero tal vez desees tú que yo te dé una regla general que te sirva de norma en este punto, á fin de ejercitar la caridad con los pobres sin tropezar en el escollo de la indiscreción. Voy á satisfacer tu deseo.

En dos cosas puede consistir la indiscreción respecto de la limosna, á saber: en las personas á quienes se da, y en la cantidad que se da. Acerca de lo primero toca más bien á la autoridad civil que al simple particular el averiguar la necesidad verdadera ó fic-

ticia de los que piden, sea públicamente, sea en secreto como vergonzantes, y los abusos que en esta parte se cometen deben ser objeto de la vigilancia política. Por lo mismo, mientras no te conste, ó al menos tengas un fundado motivo para creer que tal ó cual persona pide limosna sólo por holgazanería y vicio, socórrela según puedas: en nombre de Dios te pide, á Jesucristo representa, y haciendo tú la limosna como debes, por amor de Dios, nada pierdes aunque el socorrido por ti sea un verdadero malvado. Por lo que mira á la cantidad: en tanto que no tienes obligaciones ningunas, abre la mano con generosidad, y no temas depositar tu dinero en la del pobre, porque debes estar seguro que de la suya pasa á la de Dios, y que este Señor te retribuirá con ganancias. Sin embargo, no pienses quiero privarte de todo, y que nada emplees en un honesto y lícito desahogo, en una diversión inocente y no peligrosa, ó en obsequiar á un compañero ó amigo, de quien á la vez recibes obsequios. ¿No puedes consagrar una parte del dinero que en eso empleas para aliviar á una familia desgraciada, que quizá carece hasta de lo más necesario para la vida? ¿No hay otros jóvenes de tu misma clase y calidad que saben cercenar un tanto de sus gustos y entretenimientos, á fin de gozar la indecible satisfacción que produce al espíritu el ejercicio de la caridad? Porque, no lo dudes, amado mío, el corazón recto percibe un placer singular cuando se ejercitan actos de caridad y misericordia, no queriendo Dios dilatar la paga, y dándonos ya en este mundo alguna parte de ella por medio de esa alegría que difunde en el corazón caritativo. He aquí lo que te aconsejo practiques hasta que llegues á contraer obligaciones que exijan de ti un particular cuidado de tu hacienda.

Cuando sea llegado este caso, ten presente y sigue la regla que da San Agustín: «Haz cuenta, dice este Santo, que tienes un hijo más, y lo que con arreglo á tus bienes y posición habías de gastar con ese hijo, dedícalo á obras de caridad.» Este proceder de ninguna manera arruinará tu casa, antes bien la consolidará y traerá á ella multitud de bienes. No la arruinará, porque tus limosnas estarán siempre en proporción con tu hacienda; la consolidará y acrecerá, porque es *bienaventurado aquel que se ocupa del necesitado y del*

pobre; Dios le librará de males en el día de la aflicción, y le hará prosperar sobre la tierra, y no le entregará en manos de sus enemigos.

He concluido. Recibe, amado mío, estos consejos como la prueba más cierta del verdadero amor que según Dios te profeso, y no olvides entretanto en tus oraciones y obras buenas á quien diariamente se acuerda de ti y de todos los jóvenes que la Divina Providencia encomendó por algún tiempo á su dirección y cuidado.



MÁXIMAS IMPORTANTES

QUE DEBE TENER PRESENTES UN JOVEN PARA EVITAR MUCHOS MALES.

Nada de importancia hagas sin consejo de un hombre prudente y franco.

Mira bien con quién te acompañas. Las malas compañías desacreditan al hombre más honrado, y lo que es peor, le corrompen y le pervierten.

Más vale estar solo que mal acompañado.

Menor daño te harán los malos aborreciéndote, que juntándose contigo.

No tengas por verdadero amigo al que tema contristarte diciéndote la verdad ó advirtiéndote de alguna falta.

No te fies del que se ría mucho contigo y te alabe cuanto hagas.

No tomes por modelo á otros hombres para lo que tú has de hacer, sino obra siempre según la ley, aunque seas tú solo á observarla.

Sospecha y guárdate del amigo que no quiere sepan tus padres ó mayores lo que haces en su compañía.

No te comprometas á custodiar prendas ó papeles que otro quiera confiarte, sin estar bien asegurado de su honrada y legítima procedencia.

Guárdate de escribir papel alguno, aunque sea por diversión, con caracteres desconocidos: lo que no quieras que otro sepa, ni lo escribas ni lo digas.

Los libros suplen á los compañeros y amigos. Por esta razón hay que escogerlos con tanto cuidado como á aquéllos.

Hay libros en que, á pretexto de corregir abusos, se zahiere á las personas é instituciones más respetables. Arroja de ti semejantes libros; el veneno que encierran no se descubre, pero causa la muerte de las almas.

Lo menos malo que tienen las novelas es el ser historias fabulosas en el todo, ó en los accidentes; guárdate de leer alguna sin estar asegurado de que nada malo contiene, y que esto te lo diga tu confesor.

Casi todos los incrédulos lo son, ó por haber sido deshonestos desde su juventud, ó por haberse dado á lecturas perniciosas, que no creían tales y que tomaban por pasatiempo.

El amor y las novelas han conducido á muchos al suicidio.

Ten distribuido tu tiempo metódicamente, y siempre hallarás tiempo para todo.

Gasta siempre menos de lo que ganes: así te librarás de acreedores, y tendrás ahorros para una época desgraciada.

Si juegas, sea moderadamente y sólo por divertirte, nunca con el fin de ganar: jugadores y ladrones suelen tener mal fin.

No firmes papel alguno en blanco, ni escrito que no hayas leído por ti mismo.

El que habla mal del ausente en tu presencia, hará lo mismo de ti cuando no estés delante.

Sé cortés aun con aquellos que no lo son contigo debiendo serlo; una cortesía de más no puede dañarnos, y sí en gran manera una de menos.

Cuando llegues á edad de elegir estado, si ha de ser el del matrimonio, no te llamen la atención los bienes de fortuna, ni la belleza del cuerpo, ni la nobleza de la sangre, todo lo cual puede hallarse en una persona de corazón villano; mira más bien á la solidez de los principios por que se gobierna la persona que eliges, á la rei-

giosidad de sus sentimientos, á los deseos y aspiraciones de su corazón. No tomes mujer para quien necesites buscar casa, sino una que se acomode á vivir donde venga mejor para ti.

Mira en todo á Dios para complacerle; jamás olvides que estás en su presencia, y que te ha de tomar estrecha cuenta de todo.

El tiempo pasa, y con él los bienes y los males de esta vida: la eternidad es siempre la misma; no hay en ella mudanza ni alternativa; en ella hemos de ser siempre felices ó siempre desgraciados; mas la eternidad depende de la muerte, y la muerte es de ordinario según ha sido la vida.

Vive, pues, amado mío, con temor de Dios, y serás dichoso en tu muerte, dichoso en la eternidad.

A. M. P. I.



LA PLEGARIA DE LA JUVENTUD

Escucha la plegaria,
Virgen bendita,
De un joven que en amarte
Pone su dicha;
Porque no en balde
Me dice Jesucristo
Que eres mi Madre.

¡Son tantos los peligros
Que me rodean!.....
¡Mi voluntad tan débil!.....
¡Tal mi flaqueza!.....
Que sin tu amparo,
¿Qué fuera de este joven
Que te ama tanto?

Por Dios, Madre del alma,
No me abandones
De tantos enemigos
A los furores.
¿Quién, Madre tierna,

Velará por tu hijo,
Si tú no velas?

Á tu Jesús querido
Di, Madre mía,
Pues querrá, si tú quieres,
Que me bendiga;
Y de seguro
Seré yo el más dichoso
De todo el mundo.

¡Ay! dile que me libre
De los errores
Que cunden por desgracia
Entre los hombres;
Y á tantos, tantos
Jóvenes inexpertos
Cubren de fango.

Que me preserve siempre,
Madre adorada,
Del vicio que halagando
Todo lo mancha;
Y al joven torna
De precioso diamante
En vil escoria.

No consientas que el fruto
De tus desvelos,
Que crió con suspiros
Tu amante pecho,
Victima sea
Del infame verdugo
Que le atormenta.

Que aquel que redimiste
En el Calvario
Con la sangre del Hijo
Tres veces Santo,
Con mengua lleve
Un estigma afrentoso
Sobre su frente.

Descanso en tu cariño,
Virgen amable:
Y ¿cómo no, si eres
De Dios la Madre?
Madre del alma,
En ti se cifra el logro
De mi esperanza.

Escucha la plegaria,
Virgen bendita,
Del joven que en amarte
Pone su dicha;
Porque no en balde
Jesucristo me dijo
Que eres mi Madre.



À SAN JOSÉ DE CALASANZ

CORO.

*Padre y mentor de la infancia,
De atribulados consuelo,
Gran Calasanz, desde el cielo
Dispénsanos tu favor.*

Honor de la Iberia,
Dé stirpe gloriosa,
Peralta dichosa
Te viera nacer;
Y el Cinca sus ondas
De gozo encrespando,
Ventura anunciando,
Se oyó al mar correr.

De bellas acciones
Que encantan al cielo
Fué bello modelo
Tu edad infantil:
Tan gratos perfumes
Brillante, graciosa,
No exhala la rosa
Temprana de Abril.

Amor y hermosura
Te abrieron sus brazos,
Impuros sus lazos
Supiste romper;

Triunfante en la liza,
El suelo edetano
Dió palma á tu mano,
Diadema á tu sien.

Doblega á tu celo
Su frente riscalda,
Pirene, nublosa
Mansión del error;
Intrépido avanzas,
Siguiéndole en guerra,
Ilustras la tierra,
Benéfico sol.

Acentos divinos
Las auras agitan
Que á Roma te incitan
Veloz á partir:
¡La mar espumosa
Cuál vuelas surcando,
Del cielo anhelando
Los votos cumplir!

De Rómulo el pueblo
Su gloria te llama,
Su padre te aclama
La tierna niñez;
Piedad en su pecho,
Doctrina instalando,
Fabricas en blando
Panal rica miel.

Tu voz poderosa,
Tesoro de vida,
Al muerto convida
La tumba á dejar;
Magnífica obrando
Tu diestra portentosa,
Los rayos, los vientos
Sabrá encadenar.



INDICE DE MATERIAS.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.....	11
Prefacio.....	13

CAPÍTULO PRIMERO.

COMO DEBE PREPARARSE EL JOVEN PARA VIVIR EN EL MUNDO.

La juventud es la edad de la inexperiencia.—Necesidad que tiene el joven de recurrir á Dios.—Debe implorar su ayuda en los estudios.—Imitar á Cristo.—Habituarle á la vigilancia sobre sí mismo y á la vida austera.....

17

CAPÍTULO II.

PELIGROS QUE ENCUENTRA EL JOVEN EN SUS RELACIONES CON EL MUNDO

La confianza en las propias fuerzas produce funestas consecuencias en la juventud.—El mundo retrae al joven poco á poco del bien.—Artes del mundo para llevar al joven al mal.—Los apóstoles de la independencia.—Los placeres sensuales son otro peligro para la juventud.—Consejo á los jóvenes.....

CAPÍTULO III.

DEBERES DE LOS JÓVENES PARA CON DIOS.

Páginas.

ART. 1.º <i>El culto interno.</i> —División de los deberes del joven.—El primero es la adoración de Dios.—Máximas del racionalismo.—Cómo debe entenderse que el mundo fué hecho de la nada.—Dios espíritu pudo criar la materia.—El mundo no es efecto del acaso.—El mundo no es eterno —Excitación al joven á conservar el Credo católico.....	25
ART. 2.º <i>El culto externo.</i> —Razones para adorar á Dios también con el cuerpo.—Respuesta del joven á los que sólo admiten el culto interno.—El cristianismo nos hace sensible á Dios.—Invitación al joven para recordar los días de su inocencia.—No se pierda esta memoria, y no se tema el ser motejado.—Respeto al clero.—Ejemplo de Cristo.—Consecuencia de la falta de respeto á Dios y á la Iglesia.....	30
ART. 3.º <i>El racionalismo y la fe en el misterio.</i> —Prepárese el joven á fortificar su corazón contra las doctrinas racionalistas.—Sin lo sobrenatural no se pueden explicar los fenómenos del orden físico ni los del orden moral.—El racionalismo hace esclavos del pensamiento.—Los misterios no son la negación del sentido común.—No están en lucha con la ciencia moderna.....	34
ART. 4.º <i>Los milagros.</i> —El racionalismo niega los milagros.—Opinión de Rousseau.—Razón y prueba de los milagros.—Refutación de la duda acerca de si son hechos milagrosos los que registra la historia de la Iglesia.—Invitación á los jóvenes á permanecer firmes en sus creencias...	36
ART. 5.º <i>De la Magia, Magnetismo y Espiritismo.</i> —Todos los hechos prodigiosos no son milagros.—Principios para combatir los hechos prodigiosos de la Magia, del Magnetismo animal y del Espiritismo.—Causas á las cuales pueden atribuirse los hechos que parecen prodigiosos á la muchedumbre.—No pueden ser causas físicas.—No las almas de los muertos.—No los ángeles buenos, sino los espíritus malignos.—Invitación á los jóvenes para que se atengan á la razón y á la fe.....	38

CAPÍTULO IV.

DEBERES DEL JOVEN PARA CONSIGO MISMO.

ART. 1.º <i>a del alma á su perfección.</i> —La naturaleza humana.—Nuestro espíritu debe subir de virtud en virtud	
--	--

para conseguir su perfección.—Esto no se puede alcanzar sin el auxilio divino.—Para alcanzar este auxilio debemos emplear la oración y el trabajo.—Remedio contra las caídas.....	47
ART. 2.º <i>El sentimiento de la propia dignidad</i> .—Del sentimiento de la propia dignidad.—Es necesaria la conducta exterior para conservarle.—Las amistades.—Las lecturas.—Las diversiones.....	50
ART. 3.º <i>El ejercicio de la virtud</i> .—La justicia.—La prudencia.—De qué manera degenera ésta en vicio.—La templanza.—Los ayunos de la Iglesia.—La pureza cristiana.—El sensualismo.—La fortaleza.....	54
ART. 4.º <i>El suicidio</i> .—Instinto de la propia conservación.—Éste se opone al suicidio.—Indiferencia en las creencias religiosas.—Consecuencias del suicidio.—Suicidio indirecto.—Pensamientos de Rousseau y de Napoleón I.....	59

CAPÍTULO V.

DEBERES DEL JOVEN PARA CON SUS SEMEJANTES.

ART. 1.º <i>La palabra</i> .—La palabra es un don de Dios.—Su destino.—Bienes de la palabra.—Males que hoy causa.—Discursos obscenos y la blasfemia.—Un llamamiento á la juventud.....	65
ART. 2.º <i>El duelo</i> .—La ley de la justicia prohíbe matar.—La legítima defensa es un derecho.—El duelo no puede considerarse como defensa legítima.—Facilidad con que se lleva á cabo.—Causas ridículas que lo provocan.—Razones para oponerse.—Recomendación á la juventud.—Pensamiento de Rousseau.....	67
ART. 3.º <i>La caridad</i> .—Palabras de San Juan.—El paganismo no sintió su influencia.—Nuestros tiempos la han olvidado.—Exhortación á la juventud para que excite la memoria con las obras.—La caridad debe gobernar la tierra.....	69
ART. 4.º <i>El respeto</i> .—El respeto se deriva de la caridad.—Dios es la causa del respeto debido á las cosas creadas.—Hemos perdido su imagen sobre los hombres y cosas.—A la presente joven generación corresponde restaurarlo.—Cómo debe cumplirse con este deber.....	72
ART. 5.º <i>La obediencia</i> .—El sentimiento del respeto es la razón de la obediencia.—Daños que han reportado los apóstoles de la independencia á	

ia sociedad moderna.—La naturaleza enseña al hombre la obediencia.—
La obediencia es la ley de nuestra vida.—Es el perfeccionamiento de
la voluntad.—El ejemplo de Cristo.—Exhortación á los jóvenes..... 75

CAPÍTULO VI.

MEDIOS PARA EL PERFECCIONAMIENTO DE LA JUVENTUD.

- ART. 1.º *Las tres vidas.*—Cuáles sean las tres vidas del hombre.—La de
los sentidos degrada la inteligencia.—Corrompe el corazón.—Arruina
el cuerpo.—La vida de la razón es imperfecta.—Es limitada en la inte-
ligencia.—Limitada en la potencia de obrar.—El hombre encuentra el
verdadero bien en la vida sobrenatural..... 79
- ART. 2.º *La autoridad es la ley.*—No se trata de exponer una teoría de la
ley.—Dos cosas importantes se han establecido.—Distinción entre el
poder espiritual y temporal.—Deberán ayudarse recíprocamente.—Tris-
tes efectos de su colisión.—Libertad de conciencia.—Las leyes de las
dos autoridades deben observarse.—Cómo la observancia de la ley sea
un medio de perfeccionamiento moral..... 82
- ART. 3.º *La razón y la gracia.*—Poder de la razón.—Tiene sus límites.—
Puede errar.—Las pasiones la ciegan.—Necesita de una luz superior.—
Esta luz es la gracia.—Sus efectos en el espíritu del hombre.—Es un
don que ha de pedirse con la oración.—Condiciones de esta oración.... 86
- ART. 4.º *Los Sacramentos.*—La gracia no proviene sólo de la oración.—
Hay otro medio eficaz: los Sacramentos.—Su íntima relación con la
vida natural del hombre.—Por qué se administran con símbolos y co-
sas corpóreas.—Desprecio que de ellos hace el racionalista, y cómo in-
tenta alejar del Sacramento de la Penitencia á los creyentes.—Razón
de la utilidad y santidad de este Sacramento.—Exhortación á la ju-
ventud..... 90
- ART. 5.º *Las tres concupiscencias.*—El hombre antes del pecado.—Las
tres concupiscencias.—La soberbia.—Sus males.—Qué sea la concupis-
cencia de los ojos.—De la concupiscencia de la carne y sus efectos.—
Las tres palabras de Cristo y manera de combatir las tres concupiscen-
cias.—Consejo á la juventud 98
- ART. 6.º *La educación cristiana.*—Fin de la educación cristiana.—Debe
tener la duración de la vida.—Tipo que ha de proponerse.—Esta edu-
cación está unida al progreso del hombre en la vida moral.—Ella ha

formado los grandes caracteres. —Hace tranquilos los últimos días de la vida y dulce la muerte.—Un voto del autor.....	105
<i>Conclusión.</i> —Última palabra á la juventud.....	113
APÉNDICE.—Plan de vida cristiana para los jóvenes.....	119
Máximas importantes	141
Plegaria de la juventud.....	145
Á San José de Calasanz.....	149



